

REVISTA CONTEMPORÁNEA





# REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO III—IV—TOMO XVIII

NOVIEMBRE—DICIEMBRE 1878



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO  
PARIS, 19, RUE PROVENCE

BUENOS-AIRES  
*Jacobsen et Saederstedt*

HABANA  
*A. Chao y Compañía.*

VENEZUELA  
*J. M. Larrazabal.*



MADRID: 1878

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64





## LA CRÍTICA BÍBLICA EN ALEMANIA.

(Conclusion.)

### III.

**E**s preciso ir á buscar en los escritos de M. Ewald un conjunto de consideraciones críticas acerca de la formacion de la literatura sagrada de la antigua alianza. No puedo trazar de ellos más que el sumario ; pero bastará , lo espero , para dar una idea del talento y la riqueza de los trabajos bíblicos de este sabio orientalista.

Acaso no hay pueblo alguno de la antigüedad en el que se haya escrito tanto como en el hebreo. Es un hecho de que la misma Biblia da pruebas : habla frecuentemente de obras que no han llegado hasta nosotros, de colecciones de poesías, de crónicas, de libros de historia natural, etc. Sábese, por otra parte, que en ninguna nacion inspiró á tantos poetas la poesía lírica. A consecuencia de la organizacion particular de este pueblo, la palabra en la vida pública tenía vasto campo y considerable influencia; todos sus asuntos religiosos, morales y políticos dirigíanlos á menudo, y siempre los discutían los Profetas, cuya mision era la de recordar incesantemente á la multitud las leyes del Eterno.



Por lo general, despues de dirigir al pueblo sus exhortaciones, las escribían. En fin, desde el reinado de David, los historiógrafos de la córte estaban encargados de llevar un diario de los principales acontecimientos. Todas estas circunstancias mantenían entre los hijos de Jacob la costumbre de escribir y no sorprende saber que tenían gran número de libros.

Nos quedan, sin embargo, pocos escritos de la antigua Israel. Algunos, por confesion propia, no son más que extractos de obras más extensas; otros se presentan con el carácter de compilaciones; otros son antologías poéticas, coleccion de cantos pertenecientes á casi todas las épocas de la historia de aquel pueblo. Todo parece concordarse para hacernos ver en los libros del Antiguo Testamento restos abreviados, en su mayor parte, de la rica literatura hebrea. Este hecho abre un vasto campo á la crítica dándola, por decirlo así, el hilo conductor que debe guiarla.

No se puede dudar que el Pentateuco y el libro de Josué contienen en general los más antiguos documentos escritos de la nacion hebrea. Pero, por otra parte, es incontestable que estos libros no se remontan en su forma actual á la atrasada antigüedad que se les atribuye. Las cuatro partes primeras del Pentateuco y el libro de Josué se formaron con fragmentos diversos y tradiciones antiguas, reunidos sucesivamente por diferentes escritores. No han salido de una sola mano: redactados en varias veces, llevan la huella de las edades diferentes de los que en ellos escribieron. El sabio y sutil análisis de monsieur Ewald creyó poder distinguir estas huellas y por ellas venir á probar cinco redacciones diferentes y sucesivas por que estos libros tuvieron que pasar para revestir su forma definitiva.

El Deuteronomio no se remonta más allá del siglo vii ántes de la era cristiana. El espíritu mucho menos antiguo, bajo el cual se explana en él la ley mosaica, el tono oral del libro tan diferente del de las otras partes del Pentateuco, el título de Hombre de Dios bajo el cual se designa en él á Moisés por vez primera, y que pertenece á una época lejana de aquella en que vivió el legislador, y en fin, una multitud de rasgos de detalle suponen una existencia distante de la nacion hebrea y



tiempos muy diferentes de los que vieron á los hebreos establecerse en la Tierra Santa. Este libro puede ser, segun M. Ewald, obra de un piadoso hijo de Jacob que, despues de la ruina del reino de Israel y en el momento en que el de Judá, despues de la muerte de Ezequías, estaba á su vez amenazado de una próxima disolucion, trató de realzar la autoridad de la ley, única salvacion del pueblo, presentándola á este efecto, en lo que aún tenía de aplicable bajo la forma de un discurso imitado de los de los profetas y puesto en boca del mismo legislador (1).

Los libros que contienen la historia de los reyes fueron tambien resultado de varias redacciones sucesivas; pero las cosas pasaron de un modo distinto sólo para los cuatro primeros libros del Pentateuco y el de Josué. Los primeros documentos que se incluyeron en la obra fueron, sin duda alguna, los diarios de los historiógrafos. A estas actas oficiales uniéronse tradiciones, en las cuales la poesía popular conservó el recuerdo de los grandes acontecimientos nacionales. Es probable que el reinado de David fuera el primero que atrajo la atencion de algun piadoso israelita: debió encontrar imitadores, y otros emprendieron la tarea de añadir á estos primeros relatos la narracion de los reinados de los descendientes del gran rey. Sea lo que de ello fuere, hubo, á no dudar, diferentes redacciones, y escritores que procuraron componer cuadros más ó ménos completos de la historia de su nacion. De estos escritores, los unos se propusieron únicamente trazar un simple relato de los acontecimientos anteriores, una especie de crónica nacional, miéntras que otros, colocándose bajo el concepto particular de los Profetas, presentaron la historia del pasado en sus relaciones con la teocracia, y dieron á sus composiciones color religioso más pronunciado. Las obras de unos y otros perecieron; pero los libros de Samuel y de los Reyes se compusieron con fragmentos sacados de unos y otros: M. Ewald cree tambien poder distinguir estos fragmentos de orígenes diversos, y restituir á cada uno de ellos la categoría á que pertenece. Sin

---

(1) Los capítulos XXXII y XXXIII son de otra mano y debieron escribirse bajo el reinado de Josías.



sospechar de lo hábil y seguro de su crítica, difícilmente puede admitirse que sea posible, á dos mil años de distancia, alcanzar este grado de precision, y parece que bien podemos contentarnos con el resultado general de que estos libros son producto de recomposiciones, acaso repetidas varias veces, con escritos anteriores. Segun las observaciones de M. Ewald, el conjunto de estas redacciones empezó poco despues de Salomon, acaso bajo el reinado de Asa, y se terminó en la segunda mitad del destierro de Babilonia.

Las Crónicas y los libros de Nehemías y de Esdras se compusieron, las primeras, sobre documentos análogos á los que sirvieron para las primeras redacciones de los libros precedentes, y los dos últimos sobre memorias y trozos conservados acaso en el templo. El redactor de estos cuatro libros, ó por lo ménos el de los dos últimos, no pudo ser más que un levita: se delata en los numerosos detalles que se complace en dar acerca del culto, y principalmente en la parte que era de atribucion especial de los sacerdotes de esta clase, siendo muy sóbrio en otros asuntos más importantes. Los libros de Nehemías y de Esdras recibieron la forma bajo la cual han llegado hasta nosotros, próximamente en la época de Alejandro de Macedonia. Comparaciones ingeniosas de varios pasajes de estos escritos ponen los hechos asentados fuera de toda duda.

Los libros poéticos y los proféticos del Antiguo Testamento, por los cuales la admiracion de M. Ewald llega hasta el entusiasmo, son, con raras excepciones, antologías y colecciones de trozos escogidos. En los ciento cincuenta cantos que componen el libro de los Salmos, los hay de todas épocas, desde Moisés hasta los tiempos que siguieron la vuelta de la cautividad de Babilonia. Los que llevan de un modo más visible la huella de una poesía elevada, pertenecen en general á las edades atrasadas y á los siglos de David y Salomon, época que fué la más brillante de la lengua y literatura hebrea. La decadencia se deja sentir en los que son posteriores al destierro; excepto un corto número, no ofrecen más que ideas comunes é imitaciones de las antiguas poesías: la inspiracion que falta se reemplaza con la dificultad vencida y formas arbitrarias y sin valor: tales son los salmos alfabéticos, cuyas primeras palabras



de cada versículo reproducen la continuacion del alfabeto. La coleccion actual de los ciento cincuenta salmos es bastante posterior á la vuelta del destierro; pero no se esperó á esta época para reunir las poesías de diferentes autores. Salomon hizo probablemente reunir las de su padre, y acaso esta coleccion es la que se designa en Josué y en el segundo libro de Samuel titulado *Libro del Justo*.

El libro de los Proverbios se compone de cinco colecciones por lo ménos de poesías gnómicas de autores y edades diferentes. El último colector ha facilitado los trabajos de la crítica, dejando subsistir los títulos de las colecciones particulares que reunió, contentándose con hacerlas ir precedidas de una corta introduccion (Cap. I, 2-8). El más antiguo de estos relatos (Cap. X-XXII) pertenece sin duda á los mejores tiempos de la literatura hebrea. El último, que solo consta del capítulo XXXI, parece ser posterior al destierro.

El Eclesiastes (*Kohelet*) es de época más reciente aún. M. Ewald, de acuerdo con de Wette y la mayor parte de los críticos restantes, coloca la composicion hácia el término de la dominacion de los persas. Este libro no carece de arte y talento; pero lleva el sello de aquel desaliento y aquella laxitud intelectual, que son síntomas característicos de la decrepitud de una nacion.

El poema de Job, una de las obras más bellas y elevadas de la literatura hebrea, no puede ser muy posterior á Isaías; debe pertenecer á la época del reinado de Manasés. M. Ewald atribuye los dos pasajes de los capítulos XXXII-XXXVIII y de los capítulos XL, 15-XLI, 26 á un judío refugiado en Egipto, que uno á dos siglos despues de la fecha de composicion del poema los intercalaría con intencion de completarlo, ó por lo ménos de llenar lo que le parecieron vacíos. La crítica del sabio profesor de Goettingue paréceme aquí singularmente aventurada. La única razon que da en favor de una interpolacion, es que estos dos pasajes interrumpen la marcha del poema. ¿No pudiera ser este defecto, caso de existir, culpa del autor? *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

El libro de Job y el Cántico de los Cánticos convencieron á M. Ewald de que la poesía dramática no fué extraña á los



hebreos. De igual manera, dice, que Platon no hubiera escrito nunca sus diálogos filosóficos si primero no hubiese sido poeta dramático, así el poema de Job no hubiera podido producirse en Israel si desde mucho tiempo ántes el drama verdadero no se ensayara y ejecutara (1). ¿Qué vale esta conjetura, pues no otra cosa es? No es el momento de saberlo; pero convenía hacer mencion de ella, añadiendo que es contraria á todo cuanto de cierto se creía saber acerca del genio hebreo, y que no resta ningun hecho, ninguna alusion que parezca darle verosimilitud.

Los Profetas, que ocupan un espacio tan considerable en la historia del pueblo hebreo, y que constituían ante el poder real y á menudo en oposicion con él, un poder moral tan extraordinario, no se estudiaron nunca con tanta persistencia ni con tanto amor, puesto que ya nos es forzoso decirlo. La obra de M. Ewald acerca de los Profetas, merecería por sí sola un exámen detallado: en este rápido boceto no puedo detenerme más que en algunos aspectos generales y en los resultados más salientes.

No todos los escritos de aquellos grandes hombres, inspirados á la vez en el amor de la ley de Dios y en el amor de la patria, que en la teocracia hebrea se fundían en un mismo sentimiento, llegaron hasta nosotros. Y entre los que nos quedan es muy difícil juzgar. M. Ewald tomó la historia como hilo conductor y buscó, con asombrosa paciencia y con toda la delicadeza de análisis que le es proverbial, el lazo que une cada fragmento de los libros proféticos al acontecimiento con que se relaciona, y por el cual se compuso: inmenso trabajo de reconstruccion histórica que ha podido perderse indudablemente á veces en medio del detalle infinito de la investigacion, pero que, en conjunto, dió nueva luz acerca de la vida del pueblo judío y que ha probado que el único método conveniente en tal materia es esclarecer á la historia con la profecía y á la profecía con la historia.

Segun M. Ewald, y ésta es una de sus más ingeniosas con-

---

(1) *Historia del pueblo de Israel*, 2.<sup>a</sup> edicion, tomo III, página 655; compárese con las páginas 458 á 460.



jeturas, ciertas profecías fueron recompuestas por profetas posteriores, con el designio de aplicarlas á la situacion religiosa y política de su tiempo. Si esta opinion se asienta alguna vez sobre bases sólidas, abrirá nuevo campo para la explicacion de ciertos pasajes proféticos, cuya relacion á un acontecimiento determinado no siempre es clara. Sea lo que de ello fuere, M. Ewald coloca en esta categoría el fragmento que nos queda de Abdías, fragmento que se corregiría despues de la toma de Jerusalem, y algunos pasajes de Jeremías que tambien tuvieron análogas recomposiciones.

Ya la crítica había procurado demostrar que los libros que llevan los nombres de Jeremías, Esaías y Ezequiel, no son en absoluto originales de estos profetas. M. Ewald dedujo los mismos resultados. Segun él, profetas posteriores intercalaron fragmentos más ó ménos extensos en los escritos de los profetas que les precedieron. Así es como los capítulos L y LI de Jeremías son de época posterior á la de este hombre de Dios y pertenecen á un profeta desconocido que vivía en la Tierra Santa cuando el sitio de Babilonia por Ciro. El libro que lleva el nombre de Esaías es el que tiene mayor número de trozos de autores diferentes. A decir verdad, puede considerársele como una antología profética, en la cual lo que es de mano de Esaías no ocupa acaso el mayor espacio (1). Si nos ilustramos en el sabio análisis de M. Ewald, el hijo de Amós no fué autor de los treinta y nueve primeros capítulos, y aún deben quitársele los capítulos XV, XVI y XVII que pertenecerán á un profeta del reinado de Israel, y algunos cortos fragmentos tales como en el capítulo V, versículos 53-58, que serán de mano desconocida. A partir del capítulo XL no se tendrá, por lo que asegura M. Ewald (de acuerdo en este punto con gran número de críticos), más que una coleccion de fragmentos varios, entre los cuales deben distinguirse sobre todo los magníficos capítulos XL-XLVIII, obra de un gran profeta desconocido que, despues de la ruina de Jerusalem, buscaría refugio en Egipto.

---

(1) El sabio hebraista Gesenius dejó ya sentado este hecho en su comentario á Esaías.



Acaso fuera difícil probar al eminente profesor de Goettins que no hubo profecías recompuestas, y que á veces los profetas de las edades posteriores no quisieron dar mayor autoridad á sus palabras, poniéndolas bajo el patrocinio de nombres venerados (1). Pero es probable que otras causas contribuyeran tambien á esta confusion de obras de escritores diferentes. Puede creerse que cuando se reunieron los escritos de los profetas, se atribuyera á los que eran más célebres trozos de autores desconocidos, ó cuyos nombres se olvidaron, segun las analogías que se vieran entre el estilo de estos fragmentos anónimos y el estilo de Esaías, Jeremías ó Ezequiel.

Ya he hecho observar que desde ántes de la ruina de Jerusalem se habían formado colecciones de salmos y de proverbios; sin duda alguna tambien, los cinco libros del Pentateuco se reunieron á la par. Despues de la vuelta de la cautividad, cuando se restableció el pueblo lo mejor que pudo sobre sus antiguas bases, se continuó este trabajo con más inteligencia, pretende M. Ewald, y en todo caso con el celo entero que por lo comun sigue á una restauracion nacional. Lo que parece indudable, es que hubo, á partir de este momento, una tendencia muy marcada á recogerlos restos de la literatura nacional. Durante mucho tiempo debieron hacerse colecciones de este género, hasta el momento bastante indeciso en que prevaleció el que nosotros conocemos y que forma el Antiguo Testamento.

#### IV.

Los trabajos críticos más atrevidos y mejor continuados acerca de los libros que componen el Nuevo Testamento se deben á un grupo de teólogos á cuyo frente marcha M. Baur, y que se designa con el nombre de escuela de Tubingue (2)

---

(1) La insistencia con que el autor de los capítulos L y LI de Jeremías da este fragmento por obra de aquel profeta, parece probarlo de un modo decisivo.

(2) Despues de M. Baur, deben citarse M. Schwegler y M. Zeller. Vienen despues MM. Kostlin, Planck y Georgio. Pueden tambien mirarse como pertenecientes á esta escuela MM. Hilgenfeld, A. Ritschl y Volkmar,



Que se admiren ó que se deploren los resultados á que esta escuela ha llegado, resultados que seducen por su union y conjunto, no ménos que por su novedad y á veces por su rareza, conviene hacer justicia á la erudicion y al tacto histórico de sus jefes y de la mayor parte de sus miembros, y reconocer que ha producido una sensacion profunda en el mundo teológico é impreso un notable impulso á los estudios bíblicos.

Su método, sin ser muy diferente en principio del de los críticos anteriores, tiene, sin embargo, algo más preciso y mejor definido. Importa formarse de él una idea exacta. Considerando los libros del Nuevo Testamento como trozos históricos del movimiento de las ideas cristianas en el primer momento de su propaganda (1), la escuela de Tubingue les exige que den testimonio del estado de los espíritus, ora de los que los escribieron, ó ya de aquellos á quienes iban dirigidos, é iniciándonos en la historia de su tiempo, que nos hagan conocer por sí mismos en qué momento, con qué objeto y por qué autores se compusieron. Fuera extraviarse en una falsa direccion suponer que estos libros se escribieron, como los modernos, para un público indeterminado y más ó ménos desconocido, con un fin de instruccion general y para todos los hombres en cuyas manos cayesen. Sin duda todos los cristianos encontraban á la vez instruccion y edificacion en la lectura de estos escritos; pero en el principio se compusieron para ciertas necesidades del momento y con un intento especial. La enseñanza cristiana general se daba por medio de la predicacion en los orígenes del Cristianismo. No hay una sola parte del Nuevo Testamento que no sea un escrito de circunstancia (2). Síguese de aquí que cada libro lleva el sello de los

---

M. Ritschl se separa, sin embargo, de un modo considerable en la segunda edicion de su obra acerca de *El Orígen de la antigua Iglesia católica*. Bonn, 1857.

(1) La escuela de Tubingue une á los escritos del Nuevo Testamento otros que no han recibido cánon, pero que son, en su concepto, de la misma época, y que, en todo caso, gozaron de gran consideracion en la Iglesia primitiva. Tales son el *Pastor* de Hermas, las *Homilías* de San Clemente, las *Constituciones apostólicas*, etc.

(2) Los escritores sagrados no se dirigieron al principio á todo el mundo ni á todos los cristianos al mismo tiempo. San Pablo declara por



acontecimientos que lo inspiraron. El trabajo de la crítica es recoger estos rasgos característicos, comprenderlos bien y servirse de ellos para hacer la historia de las ideas y escritos que las exponen. Esta es la misión que se impuso la escuela de Tubingue.

El punto de partida de todas sus investigaciones se encuentra en cuatro epístolas de San Pablo, cuya autenticidad es incontestable. Son la Epístola á los Romanos, las dos á los Corintios y la que dirigió á los Gálatos. Estos escritos van á hacer nos penetrar en los tiempos apostólicos. Nos muestran un hecho muy notable, y es que los primeros predicadores del Evangelio estaban muy léjos de entenderse acerca del carácter mismo del cristianismo y que estaban divididos en la más importante de todas las cuestiones. San Pablo se queja con amargura de los falsos hermanos que quieren obligarle á sufrir el yugo de la ley (1); cuenta que ha resistido á la faz de San Pedro que pretendía obligar los cristianos salidos del seno del paganismo á judaizar (2). Sabe que se quiere rebajar su ministerio (3), y que dirigen contra él estos ataques los apóstoles que en otro tiempo le tendieron la mano en señal de asociación (4). Pero declara que le importan poco los títulos de discípulos inmediatos de Jesucristo, de que se vanaglorían y que hacen valer contra él (5).

Habiase, pues, entablado una lucha entre San Pablo de una parte, y San Pedro, San Juan y Santiago de la otra, y la causa de esta división, cuya profundidad y gravedad prueban la vivacidad de las frases de San Pablo, nos la revelan las cuatro epístolas que acabo de citar.

San Pedro, San Juan y Santiago y en general con ellos los apóstoles que vivieron cerca de Jesucristo, permanecieron fieles al culto de sus padres. No veían en la nueva fe más que un

---

sí mismo que tiene por principio no escribir más que á las iglesias que él fundó, ó aquellas con las cuales tuvo ya relaciones.

(1) Gálatas. II, 3-5.

(2) Idem, II, 11-14.

(3) Romanos I, 1-5: XI, 13: I Corintios, IX, 1 y 2: Gálatas I, II, 8.

(4) Gálatas, II, 9.

(5) Idem, II, 6-7.



desarrollo del moiseísmo, un cumplimiento perfecto y una completa realización de la antigua religión del pueblo elegido (1). Su cristianismo, fuertemente impregnado de judaísmo, no añadía á la antigua ley más que el artículo de fe adicional de que Jesucristo era el Mesías anunciado por los Profetas. Conservaba las ceremonias judaicas, la circuncisión, la observación de los sábados y de las nuevas lunas, el régimen dietético, y todas las demás prescripciones legales del Pentateuco. Destinado á los hijos de Israel, dirigíase á ellos solos, y si, por excepción, abría sus brazos á los paganos, era á condición de que convirtiéndose en cristianos, entrarían al mismo tiempo en la familia de Jacob y se limitarían á las obligaciones impuestas á sus miembros.

Otra es la idea que San Pablo se forma del Cristianismo. No es, en su opinión, un judaísmo modificado ó completado, es una religión nueva, una religión universal, que llama á sí á todos los hombres sin distinción de nacionalidad. Salió indudablemente del seno del judaísmo; pero rompió los estrechos límites en que, por sabia gracia de la Providencia, el conocimiento del verdadero Dios se vió limitado, elevándose por encima de la particularización antigua, que es propia de los judíos como de los demás pueblos de la antigüedad, se dirige á todos los hombres y no ve ya en ellos más que lo que á todos hace hijos de Dios. Desde este punto de consideración universalizador, Jesucristo no es ni un profeta simplemente, ni siquiera el más grande de los profetas; es la gran virtud de Dios, su manifestación en medio de los hombres, y su obra, lejos de ser una reforma del judaísmo, es una creación espiritual nueva, que absorbe y hace desaparecer todas las distinciones de pueblos y razas, de cultos nacionales y de prescripciones legales. No le habéis á San Pablo de la necesidad y del mérito de la observancia de las ordenanzas de Moisés: el hombre se justifica por la fe en Jesucristo, y todo lo demás desaparece ante esta gran doctrina.

---

(1) Jesucristo reprocha á sus discípulos el no comprender perfectamente sus enseñanzas. Mateo, XVI, 9-12-23: Lucas, XVIII, 34: Juan XVI, 12 y 13.



Tales son los dos partidos, uno frente á otro: se trata de saber si el Cristianismo se convertirá en la religion universal de todos los hombres, como quiere San Pablo, ó si permaneciendo como privilegio de los judíos, no será más que una secta nueva, ó todo lo más, una forma más perfecta del judaismo, como pretenden los apóstoles que aún eran judíos.

El universalismo de San Pablo, rechazado como una novedad peligrosa por todos los judæo-cristianos, se vió atacado sin compasion en multitud de escritos, de los que sólo uno tuvo un sitio en el Cánón del Nuevo Testamento (1). Es este la Epístola que lleva el nombre del apóstol Santiago. No es de este apóstol, segun M. Schwegler: no hay en ella, en efecto, el sello de su carácter, tal como lo da á conocer un fragmento de Hegesippo conservado por Eusebio (2), y hasta en algunos rasgos puede indicar que no es anterior al siglo II.

Pero es lo cierto que es obra de un judío y que en ella se opondrá á la doctrina pauliniana de la justificacion por la fe, la necesidad y el mérito de las obras, tema favorito de los judæo-cristianos (3).

El punto objetivo de San Pablo se encuentra, no sólo en las cuatro Epístolas que M. Baur no niega á este apóstol y de que ya hemos hablado, sino que tambien en otros escritos que no pertenecían, segun la escuela de Tubingue, más que al siglo II de la era cristiana. Entre estos escritos debemos citar la primera Epístola, que se atribuye á San Pedro, y que, segun M. Baur, es obra de un pauliniano, á quien sin duda pareció chusco poner la apología del paulinismo en boca del apóstol que fué constantemente hostil á esta tendencia. Por oposicion á las pretensiones de los judaicos, que miraban siempre á los hijos de Israel como al pueblo elegido, los paganos convertidos al Cristianismo se llaman en ella raza escogida, nacion santa, el pueblo conquistado por Dios: ántes no eran el pueblo de Dios; pero lo son ahora (4). La mision de los Profetas de la

(1) Entre los que no entraron en el Cánón, debe citarse el *Pastor* de Hermas, las *Clementinas* y las *Constituciones apostólicas*.

(2) En su *Historia Eclesiástica*, libro IV, cap. XXIII.

(3) Santiago, II, 14, 17-26.

(4) Primera epístola de San Pedro, II, 9 y 10.



antigua alianza se considera inferior al de los predicadores del Evangelio: aquellos Profetas predecían el advenimiento del Mesías y el reinado de la gracia; pero no fué para ellos mismos, fué para los que escuchasen la predicacion del Evangelio, que eran los dispensadores de la obra de Dios (1). En fin, la salvacion se adquiere, no por las obras, sino por la fe, y la santificacion viene del Espíritu-Santo (2).

Hubo tentativas de conciliacion entre ambos partidos; pero los judaicos fueron extraños á ellas: las hicieron los paulinianos, que trataron de reconciliarse con los judæo-cristianos por medio de algunas concesiones. Esta tendencia se ve en el Evangelio de San Lúcas y en los Actos de los Apóstoles.

El autor del tercer Evangelio parece indicar el designio con que escribe al anunciar en su prólogo que el orden seguido en los numerosos Evangelios que existían ya no le parece el mejor, y que había emprendido la tarea de presentar de una manera más conveniente los acontecimientos que pasaron en la fundacion del Cristianismo. La tradicion reconoció el paulinismo como carácter predominante de este Evangelio, contando que fué escrito bajo la inspiracion de San Pablo, y por decirlo así, bajo su dictado. Es cierto que hay en él una tendencia pauliniana; pero es imposible admitir que San Pablo tuviera parte alguna en su composicion, por la sencilla razon de que es muy posterior á este Apóstol. M. Schwegler quiso darle un origen que es difícil admitir, aunque su hipótesis no carece de ingenio ni de alguna verosimilitud. Hasta ahora habíase considerado el Evangelio de Márcos como una copia mutilada del de Lúcas. Según M. Schwegler, hubiera sucedido precisamente lo contrario. El Evangelio de Márcos es anterior al de Lúcas y está escrito bajo un aspecto exclusivamente pauliniano, aún cuando la escuela de Tubingue lo considere excesivamente exagerado. Más tarde, cuando en el sentimiento de este exceso sintióse la necesidad de acercarse al partido contrario, dispuesto sin duda á ciertas concesiones, un escritor insertó en este Evangelio pasajes tomados á los evangelios judai-

(1) Primera epístola de San Pedro, I, 10-12.

(2) Idem, I, 2-9.



zantes, y debilitando así su color primitivo, le dió un carácter mixto, en el cual, no obstante, el paulinismo predomina aún. Se comprende, dice M. Schwegeler, por qué el que recompuso aquel escrito tomó el nombre de San Lucas, que se conoció como discípulo de San Pablo.

En los Actos de los Apóstoles se reconoce fácilmente la intención de poner en relieve las relaciones que unieron á San Pedro y San Pablo, realzando no obstante el ministerio de este último.

No se puede dudar que los Evangelios más antiguos están henchidos de un color judaizante muy pronunciado. El Cristianismo lo predicaron primero á los judíos los Apóstoles que estaban ligados al culto mosaico. El relato de la vida de Jesucristo, y la exposicion de sus enseñanzas dirigidas primero á los hijos de Israel, debía necesariamente tener por fin único probarles que Jesucristo era el Mesías anunciado y prometido por Moisés y los Profetas. Estos Evangelios no se incluyeron en el Cánón : han desaparecido desde hace mucho tiempo : algunos de ellos los conocemos únicamente por su título. Pero su tendencia general se halla hasta cierto grado en el de San Mateo. La tradicion parece acorde en considerarle como escrito primitivamente en hebreo, y dedicado, por tanto, á los judíos.

Se ha discutido largamente acerca del idioma original y del modo que se tradujo del hebreo al griego. M. Schwegeler ve en él una recomposicion del Evangelio de los hebreos, Evangelio completamente judaizante, que sólo conocemos por lo que de él nos dicen los Padres de la Iglesia: El Evangelio de San Mateo es, segun esta crítica, el Evangelio de los hebreos, cuyo espíritu demasiado judaizante se debilitó; como el Evangelio de Lucas es, segun este sistema, el Evangelio de Marcos, cuyo excesivo paulinismo se atenuó. Estos son dos hechos paralelos. Así las dos corrientes conservan aún su carácter; pero se las ve acercarse y pronto confundirán sus aguas en un mismo lecho.

El Evangelio de San Marcos es de dudoso aspecto : la escuela de Tubingue no está unánime acerca de su edad, ni de su naturaleza, ni de su autor. M. Baur lo cree posterior al de San



Lúcas : le parece escrito sin ningun interes de partido y con el intento único de relatar los hechos evangélicos. M. Schwegler, estando de acuerdo con M. Baur acerca de la edad de este Evangelio, lo considera como obra de un partidario de San Pedro que sintiendo ante los nuevos peligros que amenazaban á la Iglesia, peligros cuyo origen se va á ver, la necesidad de una inteligencia cordial entre ambos partidos aún divididos, da un paso hácia la conciliacion y evita con deliberado propósito en su narracion toda expresion que pudiera herir á uno ú otro concepto dogmático. En esta opinion, el Evangelio de San Márcos pertenece al momento de que voy á hablar y representa en el campo judaizante el mismo órden de ideas de que las Epístolas á Timoteo y á Tito son expresion en el campo pauliniano.

Hasta ahora hemos visto el paulinismo ocupado únicamente en combatir el judæo-cristianismo ó en atraerle hácia sí por medio de algunas concesiones más aparentes que reales. Las epístolas pastorales nos presentan un órden de ideas distinto, y no obstante son incontestablemente obra de los discípulos de San Pablo. No se trata ya de rechazar herejías, de establecer y defender doctrinas ortodoxas, de sostener y salvar la unidad eclesiástica. ¡Cuántas palabras nuevas y cuántas cosas desconocidas! Cómo este partido tan entero en sus opiniones, tan penetrado de la verdad y del valor de su concepto cristiano, tan intratable en su universalismo religioso, llega hasta dar tan grande importancia á la unidad y al organismo eclesiástico, y proclama la bondad de la ley para los que de ella hacen un uso legítimo (1), y su conformidad con el glorioso Evangelio de Dios (2) en recomendar á sus adherentes que eviten las disputas acerca de la ley, disputas inútiles y vanas (3), exhortándoles á ser ricos en buenas obras, á fin de reunir para el porvenir un tesoro colocado á buen rédito y de obtener la vida eterna (4). Todos estos cambios tienen su razon en un

---

(1) I, Timoteo, I, 8.

(2) Idem, I, 11.

(3) Tito, III, 9.

(4) I, Timoteo, VI, 18 y 19.



gran hecho que acababa de producirse y que amenazaba igualmente á todas las fracciones de la Iglesia cristiana.

Al principio del reinado de Adriano, las sectas gnósticas, principalmente las de Valentin y de Marcion, saliendo de la oscuridad en cuyo seno nacieron y se desarrollaron, colocáronse frente á los paulinianos y petrinianos como la verdadera Iglesia cristiana, y reivindicaron para sí el conocimiento positivo de la doctrina de Jesucristo. Estas pretensiones fueron un rayo para el paulinismo, á quien el partido contrario acusó de ser padre del gnoso. El reproche era indudablemente injusto; pero Marcion se daba por discípulo fiel de San Pablo, y tenía con él más de un principio comun; sólo que desfiguraba la doctrina del Apóstol de los gentiles con absurdas exageraciones y con la mezcla de algunos filosofemas orientales. El partido pauliniano no quiso ser responsable de los errores gnósticos; los reprobó y combatió, acercándose al mismo tiempo á la fraccion de la Iglesia cuyas miras rechazó hasta entónces, proclamó la necesidad de la union de todos los cristianos y la necesidad de una organizacion eclesiástica fuerte y homogénea para resistir al enemigo comun. Bajo esta impresion se escribieron las epístolas pastorales. Por su parte, el partido judaizante se reconcilió con los paulinianos, y respondiendo á sus concesiones con otras más amplias, reconoció que San Pablo no tenía nada de comun con los herejes que abusaban de su nombre y que no se podía hacérsele solidario de sus errores. La segunda Epístola de San Pedro es la expresion de estos sentimientos nuevos del antiguo partido judaizante.

Desde este momento la Iglesia católica se constituyó, al ménos en Occidente; sin duda que se desarrollará más aún, pero la base está puesta y en adelante dos cosas la preocuparán casi exclusivamente, la unidad de la doctrina y la organizacion eclesiástica.

El movimiento que acabo de describir fué propio del Occidente; tuvo á Roma por centro; allí al ménos vinieron á converger y de allí partieron todas las causas de agitacion desde que la ruina de Jerusalem obligaron á los Apóstoles á dispersarse á lo léjos. ¿Qué pasaba entre tanto en Oriente y qué fué



del cristianismo en el Asia Menor? Aquí también el concepto universalista del Cristianismo y su concepto judaizante, se vieron frente á frente y produjeron hondas divisiones. Pero la cuestión, aunque tuvo el mismo fondo, no se discutió de la misma manera y en el mismo terreno. En Occidente se estableció la discusión en seguida por el aspecto práctico del punto controvertido. El Cristianismo no necesita la ley de Moisés, puesto que basta la fe para justificarse, decían los paulinianos; el Cristianismo es privilegio del pueblo elegido, sostenían los judaizantes; quien quiera gozar de sus beneficios debe entrar en el seno del judaísmo y observar su ley. Se trataba para unos y otros del gobierno de las almas; era la única manera de tratar la cuestión de la naturaleza del Cristianismo que podía convenir al espíritu práctico y gubernamental de Roma. Y cuando los dos partidos se reconciliaron al fin sobre el terreno de la organización eclesiástica, fué éste también un resultado del genio romano, más propio á los negocios políticos que á las ideas abstractas. De otro modo aconteció en el Asia Menor. El genio expeculativo de la Grecia no se había extinguido; la filosofía conservó alguna vida, y cuando la cuestión religiosa fué á conmover los ánimos, se apoderaron de ella y la debatieron con arreglo á la metafísica. También hubo allí judæo-cristianos y cristianos universalistas; pero ni unos ni otros se colocaron en el mismo terreno que los partidos cristianos correspondientes del Occidente. Los universalistas se preocupan ménos de la doctrina práctica y antropológica de la justificación por la fe, que de la doctrina expeculativa de la naturaleza de Jesucristo. Los judæo-cristianos, aún cuando hablan del régimen dietético ordenado por Moisés, y de las demás prescripciones legales, hacen de su observancia cierta disciplina ascética (1), completamente extraña á los judaizantes de Roma (2). Todo toma aquí un aspecto místico, una forma metafísica, de que no hay huellas en el movimiento occidental. Así en la misma aurora del Cristianismo se dibuja esta di-

---

(1) Colosios, II, 21 y 22.

(2) Los cristianos judaizantes del Asia Menor recuerdan á los esenios y los de Occidente á los fariseos.



ferencia de tendencias dogmáticas, que separará más tarde tan profundamente á los Padres de la Iglesia de Oriente, los Clemente de Alejandría, los Orígenes, los Gregorio de Nacianceno, de los Padres de la Iglesia latina, de los Tertuliano, de los Ciprianos y de los Lactancio.

La Epístola de San Pablo á los Gálatos, que pertenece al principio del movimiento cristiano del Asia Menor, nos enseña que las iglesias de aquel país estaban destrozadas por las mismas divisiones que las de Roma y Corinto. Sus miras universalistas tuvieron allí por adversario á San Juan. El Apocalipsis, obra de este Apóstol, es judaizante, tanto por sus tendencias dogmáticas, como por su forma que pertenece á la literatura judía. En este escrito, el Cristianismo se representa como el verdadero judaismo. Los verdaderos judíos son los que reconocen en Jesucristo al Mesías. Jerusalem es cierto que será castigada por haber desconocido á Cristo y haberlo hecho morir; pero su templo será siempre el templo de Dios. El Cristianismo y el judaismo, unidos en su comun oposicion al paganismo, tienen uno y otro á la vez por símbolo la mujer descrita en el capítulo XII. Las ideas apocalípticas se implantaron profundamente en el Asia Menor; introdujeron el quiliasmo entre los cristianos y dieron origen al montanismo (1), que puede considerarse como la expresion exagerada del judæo-cristianismo oriental, como el gnosticismo de Marcion lo fué de la tendencia pauliniana.

El concepto judaizante del Cristianismo se combatió en el Asia Menor por la doctrina de la naturaleza de Jesucristo. El paulinismo, ya lo he hecho notar, no consideraba al Salvador de los hombres ni como un profeta ni como el más grande de los profetas, sino como una manifestacion particular y superior de la Divinidad (2). La obra del Mesías era, por consiguiente, mucho más elevada que la de Moisés y de los profetas de la antigua alianza; ésta es la idea que se desarrolla en la Epístola á los Hebreos (3). Epístola que es del fin del primer

(1) Débense á M. Baur y á M. Schweigler trabajos muy notables acerca de esta secta cristiana.

(2) Hebreos, I, 1-14; III, 3-6; IV, 14 y 15; V, 5-11; VIII, 6-13.

(3) Hebreos, VIII, 6 y 7.



siglo. Jesucristo se pinta aquí como el mediador de una alianza nueva entre Dios y los hombres; la primera alianza era defectuosa, la segunda es perfecta (1), aquélla no era más que la sombra y la figura de ésta; ha envejecido y debe finalizar (2), y los cristianos sólo deben tener fijos los ojos en Jesucristo, jefe y consumidor de la fe.

Esta cristología es todavía más pronunciada en la Epístola á los Colosios, que es del principio del siglo II. Jesucristo es aquí la imagen de Dios invisible; es el Creador de todo cuanto existe, del cielo, de la tierra, de lo que es visible y de lo que no lo es (3), en todas partes es el primero (4), en él mora corporalmente la plenitud de la Divinidad (5). ¿Por qué, pues, habiendo muerto con Jesucristo las groseras prescripciones del mundo, habían de sufrir los cristianos que se les impusiera la observancia de los sábados y nuevas lunas, cosas todas que fueron únicamente la sombra de la religion verdadera y que se anularon con la muerte del Señor? (6). El mismo espíritu se ve en la Epístola á los de Éfeso, que en opinion de la escuela de Tubingue, sólo es una recomposicion de la de los Colosios.

Hasta ahora la palabra *Logos* no se ha pronunciado; pero si la palabra no está en las Epístolas á los Hebreos, á los Colosios y á los de Éfeso, existe, no obstante, el objeto. Porque no se le llame Verbo, Jesucristo no deja de estar representado con todos los atributos propios al Verbo. La teoría aparece en toda su perfeccion en el Evangelio de San Juan, punto culminante del movimiento religioso de las iglesias cristianas del Asia Menor. Se tiene aquí, no la historia de la persona de Jesucristo, como en los otros tres Evangelios, sino más bien la del Verbo encarnado. Esto es lo que distingue el escrito que lleva el nombre de San Juan de los de Mateo, Márcos y Lucas. El Verbo se considera como el punto central, tanto del

---

(1) Hebreos, IX, 9, 23; X, 1.

(2) Idem, VIII, 13.

(3) Colosios, I, 15-17.

(4) Idem, I, 18.

(5) Idem, II, 9.

(6) Idem, II, 13-20.



judaismo como del Cristianismo, y bajo este concepto puede verse en este Evangelio una solución conciliadora de todas las oposiciones precedentes. Hacia el Verbo vuelven los patriarcas los ojos; hacia él dirige Moisés á su pueblo con sus instituciones (1), y es, por consiguiente, el fin de la antigua alianza y el fundador de la nueva.

Si este Evangelio es la última palabra de las discusiones teológicas de las iglesias del Asia Menor, no puede ser obra del apóstol San Juan, por tardía que la tradición coloque la fecha de su composición. La escuela de Tubingue lo atribuye á un escritor perteneciente al partido opuesto á aquel que contaba á San Juan en sus filas. Dejo á un lado todas las pruebas de detalle sobre las que esta opinión descansa, el carácter anti-judaizante de este escrito, las tendencias montanistas que en él se descubren, las expresiones gnósticas con que en él se reviste la cristología. No llamaré la atención más que hacia el hecho siguiente: según la escuela de Tubingue el punto de vista general de este Evangelio indica que no se remonta más allá de la mitad del siglo II. Ya no se trata en él de combatir el judaismo; nada de comun con él tiene el Cristianismo, y su separación es un hecho consumado. Cuando Jesucristo habla en él á los judíos de la ley de Moisés la llama, no la ley, como en los sinópticos, sino «vuestra ley,» es decir, la ley que es particular de los judíos y nada más: esto supone evidentemente que han pasado muchos años desde el momento en que San Pablo desplegaba tanta energía para libertar al Cristianismo del yugo del moiseísmo, y hasta desde aquel en que el autor de la Epístola á los Hebreos trataba de espiritualizar la ley judía, para acercarla á la fe cristiana.

M. Schwegler cree poder fijar con certeza la fecha de este Evangelio. Coloca su composición en medio del siglo II, al principio de las discusiones sobre la Pascua, que dividieron entonces á la Iglesia cristiana; se apoya entre otras cosas en su silencio acerca del establecimiento de la Cena y en la fecha que da á la muerte de Jesucristo (2).

(1) San Juan, V, 46; VIII, 56; XII, 41.

(2) Jesucristo fué crucificado el 14 Nisan, el mismo día de Pascua, según este Evangelio y sólo al día siguiente, 15 Nisan, según los otros.



Si este escrito no es de San Juan, ¿por qué se le atribuye? Siéntese uno inclinado á replicar en seguida que San Juan se consideró como el apóstol del Asia Menor, y ningun nombre era más adecuado que el suyo para revestir el libro de grande autoridad. M. Schwegler no se satisface con esta explicacion. Suponiendo al autor de este libro profundas miras, le achaca el designio, meditado y resuelto, de haber querido ligar su obra al Apocalipsis, y dar su concepto del Cristianismo para el desarrollo legítimo de lo que es propio á la revelacion de San Juan. Este propósito debe sorprendernos ménos cuanto que, segun M. Schwegler, el Apocalipsis es en realidad la raíz de que salió el cuarto Evangelio, en el cual están las ideas juanistas en su forma concreta, miéntras que en el otro sólo figuran abstractas. ¿Cómo, pues, conciliar esta explicacion con lo que la misma crítica dice de las diferencias que separan el particularismo judaizante de San Juan y la teología mística de este Evangelio? No lo sé, pero puede creerse que de este modo quiso razonar semejanzas incontestables, que unidas á diferencias no ménos evidentes se encuentran en ambos libros.

Una crítica bíblica tan atrevida, pretendiendo en nombre de la historia revisar la tradicion, ha levantado naturalmente la oposicion más ardiente. Compondríase una voluminosa biblioteca sólo con los escritos en que se la combate desde hace diez años. Inútil fuera recordar aquí las mil hipótesis más ó ménos afortunadas con que se ha intentado, ó salvar la tradicion, ó explicarla en un sentido ménos radical. Bástame hacer notar que sobre los dos puntos de las Epístolas pastorales y el Evangelio de San Juan, ha girado lo más vivo de la discusion. Estos dos puntos son, en efecto, las partes más vulnerables del sistema. Dos teólogos, M. Bleek y M. Reuss, deben distinguirse en medio de la multitud de adversarios de la escuela de Tubingue. M. Bleek está entre los discípulos de Schleiermacher, y es el que con más pureza ha conservado el espíritu crítico de su maestro. Ha defendido con talento la causa de la autenticidad del Evangelio de San Juan, y entre los numerosos argumentos que hace valer, demuestra cuán difícil sería si este Evangelio no se hubiera compuesto en la mitad del siglo II, explicar cómo adquirió una autoridad incontestable en



medio de todos los partidos que entónces dividían la Iglesia. Hay en esto una dificultad real, que la escuela de Tubingue debiera tener en cuenta, aunque sea ménos considerable de lo que pudiera creerse en principio.

M. Reuss ha consagrado á la misma cuestion una Memoria muy interesante, en la cual considera el Evangelio de San Juan bajo otro aspecto. Segun él, este Evangelio no es una historia de la vida y enseñanzas de Jesucristo, por el estilo de los escritos de Mateo, Márcos y Lúcas, sino un verdadero tratado de teología, destinado á exponer la fe cristiana, de que Jesucristo es punto central, y á dar á conocer la oposicion que desde sus primeros pasos por el mundo encontró la verdad religiosa que en él y por él se manifiesta. No puede negarse que esta manera de apreciar el cuarto Evangelio hace desaparecer numerosas dificultades; pero pregúntase si la distincion que admite M. Reuss entre este Evangelio y los otros tres es tan real como se pretende probar. Mejor resultado obtuvo al restablecer la autenticidad de las Epístolas de San Pablo ó las de Éfeso á los Colosios y á los Filipos. Por lo demas, su *Historia de los escritos sagrados del Nuevo Testamento* (1) es una de las mejores obras que pueden consultarse en tan arduas cuestiones, y en todo caso, la única en que la crítica bíblica se sacrifica ménos al espíritu de partido y á las opiniones preconcebidas.

## V.

En el somero cuadro que acabo de desarrollar, no me he propuesto otro fin que señalar la existencia y dar una idea general de un conjunto de trabajos poco conocidos entre nosotros, y dignos, no obstante, de la atencion del que mira con algun interes las cosas religiosas. No emprenderé la tarea de dar mi opinion acerca de las investigaciones cuyos rasgos más salientes he indicado, pasando en silencio las pruebas, con frecuencia muy complejas, que les dan fuerza. Presentaré únicamente al concluir algunas reflexiones, no acerca de su im-

---

(1) Sobre todo, la segunda edicion, que es de 1853.



portancia, pues es harto evidente, sino de su inevitable necesidad en el estado actual de los ánimos.

Es posible que las personas completamente extrañas á la crítica histórica y poco acostumbradas á la independendencia de la ciencia alemana, experimenten alguna sorpresa, acaso algun temor, al contemplar estas audaces pesquisas que van á escudriñar sin el menor escrúpulo los fundamentos de la religion cristiana. El teólogo se nos representa, por lo general, como un hombre encargado por su vocacion de defender la tradicion religiosa por lo ménos, y aquí se le ve dirigir su erudicion, aparentemente contra lo que está en el deber de sostener. ¿Esos imprudentes mineros derrumbarán, por acaso, el edificio, bajo el especioso pretexto de comprobar la solidez de sus bases?

Pudiera replicar que cuanto más importante es una institucion, cuanto más considerable, tanto más necesario es saber á qué atenerse respecto á sus orígenes. Pudiera añadir tambien que la verdad nada tiene que temer de las investigaciones humanas, y que el error únicamente es vulnerable á sus ataques. Pero es probable que consideraciones tan generales no aparezcan como una justificacion sólida de la crítica bíblica. Muchas personas lloran aún la ruina de instituciones por largo tiempo respetadas, que perecieron por haberlas examinado desde muy cerca. Prefiero considerar la cuestion en sí misma y analizar, sin prevencion, cuáles son los peligros de la crítica aplicada á los libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

Pueril fuera negar que ha derribado ya más de un concepto teológico. Ya no se permite hoy, despues de todos los trabajos sérios que se han hecho acerca de la historia del texto, acerca de la del Cánon y la naturaleza de cada escrito bíblico en particular, sostener aún la teoría de la inspiracion absoluta, tal como se enseñó en el siglo xvii en la iglesia luterana. Los Stahl y los Hengstenberg se cansan en vano queriendo remontar la corriente á su origen. La individualidad de cada escritor sagrado se ve demasiado en lo que escribió, para que de hoy en adelante pueda considerarse en él un instrumento pasivo é inconsciente del Espíritu-Santo. El conjunto de lo que se llama la ortodoxia en las Iglesias protestantes sentirá el rechazo de la



ruina de su doctrina de la inspiracion absoluta. Acaso aún el método de autoridad que hasta hoy reinó generalmente en la teología podrá verse desterrado por la crítica que evidentemente da acerca de los libros sagrados una idea algo distinta de la que se tenía y que les quita, por decirlo así, su autoridad. Pero la teología no es ni la religion ni el Cristianismo : no es más que una ciencia, y como todas las ciencias, como la filosofía que es su contraria, se somete á todos los movimientos de extension ó aminoramiento de la inteligencia humana. La crítica bíblica no sería temible cuando se demostrara que no hay mejores conceptos del Cristianismo que los que hemos recibido hasta ahora, ó que el Cristianismo es únicamente un sistema teológico que no puede cambiar más que á condicion de pervertirse. El que por el contrario lo considera como un principio de vida capaz de desarrollo y de formas diversas, no verá en estas investigaciones más que medios útiles de penetrar más profundamente en su verdadera inteligencia.

Puede irse más léjos todavía. Suponed, hipótesis extrema, que la crítica bíblica no deje á los libros sagrados más que esa autoridad moral que los escritos de Platon tienen para los platónicos, y los de cualquier otro jefe de escuela filosófica para los discípulos que marchan sobre sus huellas ; pues bien, aún entónces, no se podrá admitir que el Cristianismo en sus elementos propios y fundamentales, se viera deshecho por la borrasca : su espíritu estaría siempre en sus libros de cualquier modo que se le considerase, y de buen ó mal grado se haría valer como la más pura expresion del sentimiento religioso. Si ya no se imponía como un yugo á las almas, en nombre de la autoridad reinaría aún libremente por el consentimiento de la razon humana. Es además opinion errónea hacer depender la religion cristiana tan sólo de los libros del Nuevo Testamento. Contribuyen ciertamente á su sostenimiento, á su propaganda y á su pureza ; pero había una Iglesia cristiana ántes de que se escribieran las Epístolas y los Evangelios y pasó mucho tiempo ántes de que estos libros se difundieran fuera de las iglesias particulares, á las que se dirigían en un principio, y mucho más áun, ántes de que se reunieran y coleccionaran tal como hoy los tenemos. Lessing ha hecho notar que la



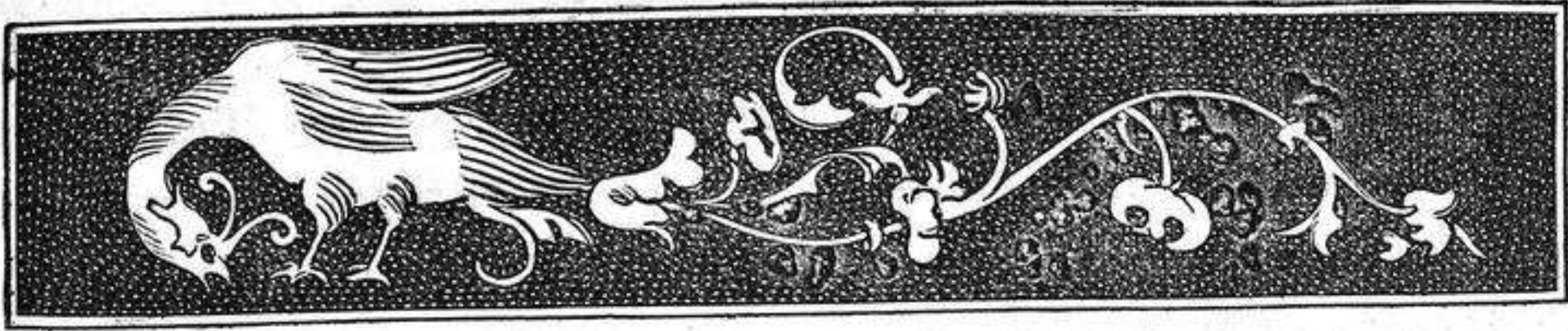
Iglesia cristiana no salió de los escritos del Nuevo Testamento, y que por el contrario estos libros fueron los que salieron de la Iglesia. El cristianismo es un hecho de la humanidad; difícil sería imaginar un cambio tan radical, tan profundo en la raza humana, para poder despojarla de él.

Por último, considérese que hay investigaciones á las que el espíritu humano no puede renunciar una vez entabladas : la crítica bíblica se encuentra precisamente en este caso. Partidarios ó enemigos, es preciso, por más que hagamos, que marche hasta encontrar una solución definitiva, ó hasta tanto que la libertad del espíritu se vea ahogada de nuevo por otra barbarie. No es posible dudar que más de un sabio aplicado á la crítica de los libros sagrados, echó de ménos á veces el candor de la fe sencilla é ignorante. ¡Sentimientos superfluos! Ya no le es posible recoger la pacífica fe del carbonario, ni los brillantes y hermosos años de su juventud. La única fe sólida á que se le permite aspirar en adelante, es la que salga ilesa del desarrollo de la ciencia.

MIGUEL NICOLAS.







# LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS  
DE SANTO TOMAS

## III.

CONSIDERACION DE LA BELLEZA CON RELACION Á LAS FACULTADES  
COGNOSCITIVAS.

### SUMARIO.

La primera condicion de la Belleza es la visibilidad, aunque remota.—  
2. Corolarios.—3. Segunda condicion es la proporcion del objeto con el órgano.—4. Proporciones del color, límpido, múltiple, armónico.—  
5. Proporciones de las líneas, regularidad, variedad, unidad ó *simetría*.—  
6. Tercera condicion, la *vida*.—7. Epílogo de cuanto queda dicho de lo Bello con relacion á la vista.—8. Su fundamento en la teoría escolástica.—9. Lo Bello con relacion al sensorio interno y la fantasía.—10. Se encuentra, bajo el anterior aspecto, en el completo conocimiento mediante la asociacion de todas las sensaciones.—11. Estas sensaciones suministran materia al entendimiento.—12. El fundamento, pues, de toda Belleza es la *verdad*.—13. La verdad como fundamento de la Belleza debe ser ordenadamente manifestada por todos los grados del conocimiento.—14. El órden nace de la causa ordenadora y del fin.—15. Fin es la operacion y, por consiguiente, el conocimiento intelectual.—16. El conocimiento intelectual tiende al Sér como Bien y como Verdad.—17. La Belleza, pues, no es de suyo principio filosófico de recta operacion.—18. Parangon entre tal doctrina y el utilitarismo.—19. Dificultad de conocer de antemano la Belleza plena, como asimismo la plena utilidad.—20. Conclusion y primera ley estética de la verdad.—21. La verdad necesita una cosa sensible.—22. Esta lo son para nosotros las inteligencias incorpóreas.—23. Armonía que debe existir entre lo sensible y lo inteligible.—24. Observaciones especiales acerca de las representaciones sensibles: el ojo.—25. El oido y su triple representacion.—26. El sonido sin la palabra representa oscuramente el concepto y claramente las proporciones.—27. La belleza debe juntar ambos medios.—28. El sensorio interno debe asociar todas las sensaciones.—29. Para ello se ayuda de la fantasía.—30. Esta representa el concepto.—31. Lo dicho puede aplicarse al Creador, que habla en la naturaleza, y al artista, que habla en su artefacto.—32. Fórmula estética con respecto á las facultades.—33. Artes *mecánicas y liberales*.—34. Tres grados de estas últimas.—35. Epílogo.



A PRIMERA CONDICION DE LA BELLEZA ES LA VISIBILIDAD, AUNQUE REMOTA.—El título sólo que encabeza este tercer párrafo ya dice suficientemente que aquí hablamos de la belleza en cuanto por el hombre es conocida. Si hablásemos de la Belleza en absoluto, desde luego diríamos que en sustancia lo Bello era el mismo Dios,

*Mundum mente gerens pulchrum, pulcherrimus Ipse,*



ni habría por qué hablar de facultad, porque lo Bello sería acto puro y el que lo contemplase inteligencia pura. Mas precisamente porque hablamos á la humana usanza debemos considerar la Belleza tal cual se presenta al hombre, y, puesto que todas nuestras operaciones cognoscitivas nacen de la sensacion, el análisis de los juicios acerca de lo Bello nos obliga á investigar, ántes que nada, aquella Belleza visible que, como se dijo en el párrafo anterior, produce el reposo del ojo.

Ahora bien; la primera condicion que tal reposo exige es, que cada cual deba colocarse en el punto de conjuncion existente entre el órgano y el objeto que le es propio, la cual conjuncion la obtiene el ojo por medio de la luz que por su accion hace visibles los objetos. La manifestacion del objeto es, pues, naturalmente la primera condicion de la Belleza, así como lo es tambien de la vista. Esta condicion corresponde á la razon final porque la Providencia dotó á los animales de órganos sensorios, cuyo fin no fué precisamente causar en ellos placer, aunque éste acompañe muchas veces á la funcion, sino ponerlos en estado de poder obrar *ab intrinseco*, presentándoles interiormente el objeto de la operacion. Debiendo el animal moverse por sí mismo hácia los objetos destinados á su sustento, estando obligado á buscar los medios de operacion, á escoger los oportunos y á rechazar los ineptos, menester era que el principio operativo, es decir, el principio vital, se hallase en relacion con aquellos objetos áun ántes de determinar el propio movimiento, y por esto precisamente fué establecida esta relacion por la Providencia, creadora y conservadora, por medio de las sensaciones que producen de un modo vital en el que siente aquellas formas que materialmente se encuentran en los objetos sensibles. Esta comunicacion, pues, es la que manifiesta lo sensible al sér sensitivo y, advertido así éste de la presencia del objeto, puede determinarse *ab intrinseco* á volver hácia él sus fuerzas locomotivas.

La manifestacion del objeto, pues, es el primer fin que se propuso la Providencia al dotar al animal de sensacion, y cuanto más clara sea esta manifestacion y más á propósito para transferir perfectamente al sér sensitivo la forma sensible, tanto



más responderá á las ideas del Creador, y por consiguiente atraerá á la facultad á que repose en el objeto dado.

2. COROLARIOS.—De todo lo hasta aquí dicho resulta: 1.º La razon por que las otras sensaciones más confusas, segun en otra parte demostramos, y más materiales no son aptas para suministrar la idea de la Belleza, por no poder manifestarnos las propiedades y las proporciones de su objeto tan clara y plenamente como nos las representa la vista. 2.º Como, si bien hablando en general, la luz es el medio de manifestacion respecto á la pupila, todavía no todos sus grados son igualmente suficientes para producir en el acto el apetecido reposo, sino sólo aquel grado que produce perfecta manifestacion por las justas proporciones con el poder de la pupila, que si es escasa la luz no llega á discernir los objetos, y si superabundante, hace se resienta el nervio.

3. SEGUNDA CONDICION ES LA PROPORCION DEL OBJETO CON EL ÓRGANO.—Presupuesta esta primera condicion, veamos ahora cuáles son los objetos en que, segun la naturaleza que le es propia, podrá reposar la vista. Estos, como observarán nuestros lectores, se reducen á dos, el *espacio* y el *color*, ó, por reducirlos á una sola fórmula, el *espacio coloreado*. El colorido es el objeto más propio del órgano de la vision; pero, como no podría ejercer accion alguna sobre este órgano sin hallarse extendido en superficie, tambien ésta en cuanto tiene color se convierte en objeto de la vista.

Dos son, pues, á más de la luz, los elementos que pueden constituir la Belleza respecto al órgano externo, el *tono*, como suele decirse, del color, y las líneas de la figura que ésta ocupa en el espacio.

4. PROPORCIONES DEL COLOR, LÍMPIDO, MÚLTIPLE, ARMÓNICO.—Por lo tanto, ¿cuáles serán las condiciones que estos elementos exigen para que el ojo repose materialmente en ellos? Y empezando por el primero, ¿cuál es entre los colores el más bello? Varios son los gustos en las diferentes personas, segun los varios templos de las órganos; mas, sin embargo, puede decirse en general: primero, que el color agrada al ojo cuando es límpido ó se presenta libre de toda suciedad, siendo por consiguiente apto para producir una sensacion *sui generis* y clara-



mente discernible de toda otra tinta especial. En segundo lugar, supuesta tal limpidez en el color, se ocurre preguntar: ¿hay algún color más bello que otro? Si la naturaleza ha formado el ojo con aptitud para percibir todos los colores, tanto más satisfecho quedará naturalmente el ojo cuanto mayor sea el número y limpieza de las tintas que aquél pueda contemplar. Y, en efecto, ley es de armonía pictórica distribuir en cuanto sea posible en el cuadro todos los tonos de las tintas, con el fin de apagar este natural apetito de la vista, y, puesto que el punto principal en que ésta ejerce su virtud es el llamado *eje visual*, ó sea la línea que perpendicularmente baja sobre la pupila, ley es también en la distribución de las tintas recoger en dicho punto las más vivas, haciendo que después vayan perdiendo gradualmente la fuerza á medida que se van alejando del respectivo centro.

Pero, así como todo tiende en la naturaleza á la unidad, así también la misma variedad de las tintas llega de esta suerte en modo más agradable al ojo cuando pueda pasarse de una á otra de aquellas sin rotura ó corte que interrumpa crudamente una sensación ántes de llegar á la siguiente. Esto lo obtiene la naturaleza en el armónico color de la atmósfera, que viste todos los objetos visibles con tono armónico, y sugiere á los pintores el fundamento de su armonía y perspectiva aérea.

5. PROPORCIONES DE LAS LÍNEAS, REGULARIDAD, VARIEDAD, UNIDAD Ó SIMETRÍA.—Las líneas finalmente descritas en el espacio por los diferentes colores, materialmente consideradas, pueden tener entre sí ciertas proporciones que den al ojo un reposo mayor, y esto suele principalmente ser resultado de la regularidad y variedad juntas en la unidad. La explicación y prueba de esta proposición aparecería muy evidente, si en este lugar diésemos de antemano la debida explicación de la relación existente entre el sentido y la inteligencia; mas, no queriendo entrar por ahora en esta materia, y contentos con presuponer como conocida la naturaleza mixta del compuesto humano y en las operaciones de las facultades humanas la armonía establecida por la providencia del Creador, que de todas ellas quiso fluir en el hombre la operación humana, que es *una* como su sér, podemos inferir que, áun prescindiendo de



las ideas inteligibles que la acompañan, las proporciones de las líneas entrañan para con la facultad visiva razones diversas para que esta encuentre en ellas tanto mayor reposo, cuanto mayor sea su conformidad con el orden universal. Ahora bien; este orden resulta precisamente de la regularidad de las partes, á lo cual se debe que cada una de ellas presente la idea de la inteligencia creadora, así como tambien de la variedad en que todo apetito apaga su sed, y por último, de la unidad, merced á la cual, acomodándose á la unidad del que las contempla, representan la unidad de su principio. Por consiguiente, estas tres condiciones suministran ese elemento de la Belleza, á que solemos dar el nombre de *simetría*, y en el que naturalmente debe reposar la vista. De todo lo cual tenemos prueba en el caleidoscopio, que en los caprichosos y variadísimos juegos de sus rosetones tanto deleite proporciona al ojo, mientras aquellos poco ó nada hablan á la inteligencia. Otra prueba podremos tambien obtener de lo dicho en la gracia de los contornos diseñados por mano experta, y en los rasgos y perfiles del calígrafo en que tanto deleite encuentra el ojo que los contempla.

6. TERCERA CONDICION, LA VIDA. — A estos primeros elementos, que podríamos conocer con el nombre de extáticos, se junta un tercer elemento dinámico, de cuya existencia podría sernos buen testigo, á causa de la sucesiva comparecencia de los diferentes colores, la vista de quien quiera que pudiese apreciar la duracion del tiempo, como de la simultánea aparicion se deduce la extension del espacio. Ahora bien; no hay duda ser dado deducir de aquí que tambien la sucesion de los colores tiene sus leyes estéticas, porque no otra cosa nos dice ese desarrollo gradual que la Providencia da á la luz, tanto al amanecer y anochecer, como en otras alteraciones luminosas análogas que observamos en la atmósfera, esa siniestra impresion que produce en el ojo la sucesion de colores poco armónicos entre sí, y esa impresion, en fin, ora agradable, ora desagradable, que nos permite distinguir los movimientos airosos y ágiles de los groseros y materiales. Todo el conjunto de propiedades dinámicas que se nos alcanza distinguir en el movimiento de los objetos visibles, se reduce, en suma, á los elemen-



tos extáticos dotados de luz, color y líneas, y embellecidos por un principio que nos atreveríamos á llamar casi vital, y que se nos representa en el movimiento. Mas siendo esta vitalidad un acto, y siendo el acto perfeccion de toda potencia, natural es que la vista llegue á tomar placer, tanto por la tendencia general que todo lo creado tiene á vivir, cuanto por la alternativa de sensaciones experimentadas por el órgano sensorio.

El apetito de estas fibras queda satisfecho por la sucesion de grados de luz y por la variedad de colores, que no es otra cosa que armonía sucesiva de colorido, y no ménos tambien por la elegancia de movimientos que en sustancia no son sino proporcion sucesiva de líneas.

7. EPÍLOGO DE CUANTO QUEDA DICHO DE LO BELLO CON RELACION A LA VISTA.—De cuanto queda dicho habremos, pues, de deducir ser elementos de la Belleza visible, la limpieza, variedad y armonía de las tintas, así como la regularidad, variedad y armonía de las líneas, á lo que debe añadirse como condicion que el todo debe estar esclarecido por grado de luz tal, que mientras sirve á la pupila no la ofenda, y se nos presente además vivificado por el elemento dinámico que recrea las fibras, produciendo en ordenadas proporciones y precisas conmociones las necesarias alternativas.

8. SU FUNDAMENTO EN LA TEORÍA ESCOLÁSTICA.—Todas estas consecuencias estéticas tienen, como se ve, su fundamento en algunos pocos principios universalísimos de la antigua filosofía y antropología, y bueno será que los reduzcamos á las breves fórmulas siguientes:

Bello es lo que agrada con sólo ser visto ó conocido.

Placer es el reposo que una facultad sensitiva encuentra en su propio objeto.

Toda facultad reposa tanto más en el objeto cuanto más conforme lo encuentra con su naturaleza.

La facultad sensitiva se halla encarnada en el órgano y para sentir necesita la integridad de éste.

Así, pues, tanto esta integridad como, por consiguiente, el moderado-uso de estimulantes es necesario para que pueda la facultad hallar reposo en el objeto.



9. LO BELLO CON RELACION AL SENSORIO INTERNO Y LA FANTASÍA.—Empero el ojo no es más que uno de los principios del conocimiento humano á que debe por lo tanto servir, y la manifestacion del mundo externo, destinada por la Providencia á abrir campo á todas nuestras operaciones, debe pasar al hombre interno y remontarse hasta la alta cima de la inteligencia, á fin de que ésta pueda regular en lo exterior nuestras operaciones. El paso desde los sentidos á dicha facultad se hace mediante el sentido interno y fantasía en que, bajo formas más inmateriales se reúnen, digámoslo así, las sensaciones externas.

10. SE ENCUENTRA BAJO EL ANTERIOR ASPECTO, EN EL COMPLETO CONOCIMIENTO MEDIANTE LA ASOCIACION DE TODAS LAS SENSACIONES.—A más, pues, del entendimiento, hay en el hombre interior otras dos facultades visivas cuyas tendencias debemos indagar para conocer el objeto y el reposo, y sacar á continuacion de uno y otro la idea de la correspondiente belleza. La primera entre estas facultades es ese sensorio interno en que se unen todas las sensaciones para que pueda el hombre juzgar bajo todos los aspectos á un mismo objeto, y la segunda reproduce y variamente combina las imágenes obtenidas por medio de los sentidos suministrando á la inteligencia materia de donde, con la actividad que le es propia, extrae la inteligencia los más sublimes y abstractos conceptos.

11. ESTAS SENSACIONES SUMINISTRAN MATERIA AL ENTENDIMIENTO.—Ahora bien; asociando las sobredichas dos facultades á la Belleza visible de los colores y de las líneas todo lo que de agradable ó de desagradable encierran las otras sensaciones, suministran al hombre contemplador nuevos elementos de Belleza, y hacen que en la imagen coloreada vea mucho más que luz, colores y líneas. Por esto en las purpurinas tintas de la rosa y en las que deja entrever el albérchigo entre las vellosidades que cubren su superficie, creemos percibir el olor y sabor que el órgano de la vista no sabría por sí sólo encontrar en la representacion de ambos objetos; por esto nos parece sentir el gruñir del enfurecido mastin que vemos pintado, é imaginamos que salen palabras de la boca de la persona cuyo retrato tenemos delante; y fijos en él los ojos, sentimos el mur-



mullo del céfiro que juega entre los pliegues de las vestiduras, y á la inclinada actitud de toda la figura atribuimos, sin darnos de ello cuenta, la idea del movimiento sucesivo, siempre que el lienzo ó el mármol nos presenta al mismo tiempo la variedad de las impresiones sensibles y la sucesion de lo pasado, lo presente y lo futuro. Inútil es decir cuántas creces toma en tales casos á causa del complejo de conceptos, esa belleza visible que tan poco hablaba al hombre en el primer grado del respectivo sensorio. Es, sin embargo, harto importante, y de suma importancia á nuestro objeto, indagar cuáles sean las causas que tanto acrecen el placer que experimentan nuestros ojos. Mas no podremos entender esto completamente sin considerar estas facultades en relacion con aquel último término del conocimiento intelectual á que se ordena, en cuanto es sensitivo, todo hombre.

12. EL FUNDAMENTO, PUES, DE TODA BELLEZA ES LA VERDAD.— Recuerde en este punto el lector, la doctrina en otra parte expuesta, acerca del natural procedimiento de esta facultad, la más sublime entre las que el hombre posee.

La humana inteligencia no es en el acto de su creacion dotada, como la angélica, de todas las nociones que le son necesarias, sino que poco á poco debe, digámoslo así, sacarlas por sí misma del mundo visible presentado por los sentidos. Ni basta, tampoco, que éstos sus ministros le hayan, si nos es lícito hablar así, aparejado por primera vez, el plato en que encuentra el sustanciosísimo manjar de la Verdad, de la Palabra eterna, sino que siempre que necesita despertar en sí misma, alguna de estas verdades abstractas, tiene que pedir á la fantasía alguna de esas imágenes en que se halla estampada la idea del Creador, y en que, una vez iluminada por la potencia intelectual, pueda aquella reverberar. Así, por vía de ejemplo, al ver el niño á la madre dividir una manzana para dar parte de ella al otro hijo que la mira atentamente, cae aquel en la cuenta, que la mitad que le cupo en suerte, es menor que todo el codiciado fruto, deduciendo así la idea general, de que el todo es mayor que la parte, pudiendo en adelante suministrarle este principio una premisa que llegue á convertirse en fuente de innumerables consecuencias. Para deducirlas, sin embar-



go, es evidentemente necesario que tengamos ante los ojos de la inteligencia, el principio que la inunda con su luz. ¿Y cómo haremos para renovar el concepto de aquel principio? Miles son los caminos que para ello tenemos delante, puesto que cada Todo se nos presenta mayor que cada una de sus partes, y, aunque no nos fijemos en la imagen de la fantasía, tenemos á nuestra disposición el signo de la palabra, tanto hablada como escrita. Por otra parte, á todo objeto acompaña una idea inteligible, de suerte que acertadamente podemos aplicar al orden natural con que se manifiesta lo verdadero, aquellas palabras que el texto evangélico dice del Verbo encarnado: *Sine parabolis non loquebatur eis*, porque jamás habla la Verdad sin hacer sensible por medio de algún signo sus enseñanzas. Por la misma razón esa Iglesia divina constituida por el Verbo encarnado en maestra de lo Verdadero, al enseñar cualquier verdad para uso de los entendimientos, suele también encarnarla en mil signos sensibles de imágenes sagradas, de colores simbólicos, de misteriosas arquitecturas, de instituciones sociales, de formas sacramentales, etc., signos todos que, hiriendo exteriormente los sentidos, perpetuamente recuerdan las verdades enseñadas y forman, según la observación del ilustre Newman, en el católico, esa vida habitual de fe que viene á ser como la atmósfera que respiramos, de donde los protestantes, faltos como están de signos exteriores, al entrar en los días festivos en sus templos apenas conservan lánguida reminiscencia de las palabras ó institución de la cena sagrada.

Si tal es la naturaleza de la más noble entre las facultades humanas, fácilmente comprenderá el lector cuánta parte tendrá aquélla para formar, unida á las facultades inferiores, el sentimiento de la Belleza. Pero para comprender más íntimamente las razones de todo esto, preciso es que volvamos nuestra vista á los principios ántes establecidos.

13. LA VERDAD COMO FUNDAMENTO DE LA BELLEZA DEBE SER ORDENADAMENTE MANIFESTADA POR TODOS LOS GRADOS DEL CONOCIMIENTO.—Dijimos que Bello es *lo que agrada á la vista*; que el placer consiste en el reposo de la respectiva facultad; que ésta reposa cuando llega al objeto apropiado á su naturaleza; que las múltiples facultades tienden de suyo en el hom-



bre á producir la *única* operacion humana. Ahora bien; de todos estos principios fácil nos será ante todo inferir que los cuatro grados de potencia visiva inclinan á ésta por naturaleza tambien á producir un conocimiento único, ó sea la manifestacion del objeto visible. De aquí, pues, se infiere que tanto mayor será el reposo, ó sea el placer del que contempla, cuanto más conspiren dichos cuatro grados de potencia visiva á manifestar el objeto, y cuanto más proporcionado sea este objeto en todas sus partes á la potencia visiva.

Por consiguiente, si llegamos á explicar las leyes segun las cuales se obra esa conspiracion de las cuatro potencias para manifestar el objeto, y las que hacen que el objeto aparezca más agradable á la intuicion, podremos desde luego decir que hemos podido determinar filosóficamente los verdaderos principios de la Belleza.

Veamos, pues, en primer lugar, cuál sea la ley que puede determinar la unidad de operaciones en los cuatro grados de la potencia visiva.

14. EL ÓRDEN NACE DE LA CAUSA ORDENADORA Y DEL FIN.—Ley universal es de la naturaleza que en el obrar de muchos agentes dependa la unidad de accion, de la unidad de motor y de la unidad de fin. Así se explica tambien la unidad social que depende de una autoridad única dedicada con afan á proporcionar el bien público. En nuestro caso, el motor inmediato es la persona humana, y el director de la operacion natural será el Criador de la naturaleza. Aquí, pues, conspiran perfectamente la causa primera y la segunda para producir la unidad de obra. Mas ¿con qué fin fué dotado el hombre de este cuádruple grado de vista? Poco ántes lo hemos indicado al hablar en general de todo sér sensitivo; el animal debe recibir de los sentidos la manifestacion del mundo externo, á fin de que pueda determinarse á escoger y aferrar, por decirlo así, los objetos de sus operaciones. Así, pues, la operacion es el último fin de las cuatro sobredichas intuiciones, que, entónces serán perfectas, cuando de suyo guíen al hombre á escoger lo mejor.

15. FIN ES LA OPERACION, Y, POR CONSIGUIENTE, EL CONOCIMIENTO INTELECTIVO.—Ahora bien, lector querido, ¿cuál es la facultad del hombre destinada á escoger? ¿Debemos juzgar en esta



operacion segun los caprichos de la fantasía, ó por el contentamiento material de los sentidos externos? Clara es la respuesta que habremos de dar á estas preguntas; porque si el hombre quiere obrar como tal, debe guiarse por la razon, segun los principios de la inteligencia, que, siendo por ende guía de nuestro obrar, ha de ser tambien perfeccion del conocer. Por consiguiente, todas las restantes facultades visivas han sido destinadas á producir perfecta inteligencia, ó sea perfecto conocimiento de lo verdadero, ó, por decirlo mejor, del Sér, estando destinados á este fin todos los signos sensibles y todas las imágenes de la fantasía. Así que cuanto más claro presenten estos medios el conocimiento de lo que se trate, y más eficaces sean para producir la operacion, tanto más propios serán de la naturaleza del hombre y conformes con el intento del Creador, causando de esta suerte tanto mayor placer en las facultades operadoras y en el hombre operante.

De todo esto se deduce, que la primera condicion de la Belleza es la relacion del signo sensible con una verdad inteligible, quitada la cual, el deleite que puede extraerse de los signos, por bellós que estos en sí sean, quedaría, al ménos en cuanto se refiere la Belleza al hombre contemplador, dimidiada, y áun nos atreveríamos á decir aniquilada, ya que la facultad que podemos llamar específica del hombre, la inteligencia, no puede hallar pasto más que en la verdad, ó sea en el Sér, que es propiamente su término, el objeto contemplado por la inteligencia.

Por esto se ve que la belleza tiene propiamente su primera *quiddidad*, en la inteligencia, bien que cronológicamente hablando, empieza á manifestarse, como otra cualquiera idea del entendimiento, por medio de la sensacion, la cual proporciona la materia, miéntras que pronunciar el juicio «tal cosa es bella», es acto que no puede dimanar sino del sér intelectual, único capaz de conocer las relaciones del signo sensible con el objeto inteligible.

16. EL CONOCIMIENTO INTELECTIVO TIENDE AL SÉR COMO BIEN Y COMO VERDAD.—Este objeto que, considerado absolutamente en sí, se llama *Sér*, toma el nombre de *Verdadero* ó *Verdad* cuando lo consideramos relativamente á la inteligencia cog-



noscitiva: de aquí que la fórmula: *Conocer lo verdadero*: equivale propiamente á esta otra: *Conocer con verdad el Sér*, ó sea á formar en la mente juicio recto del *Sér*. Empero ¿siempre satisface éste á la facultad cognoscitiva? Para satisfacer á esta pregunta hay que tener presente que existen séres imperfectos que dejan algo que desear á la tendencia de quien los mira, y por lo tanto no la satisfacen plenamente; que existen otros tambien que positivamente repugnan á la facultad cognoscitiva, siendo positivamente diformes; y otros, en fin, que la satisfacen con toda la posible plenitud, los cuales constituyen lo Bello.

*Conocer*, pues, *lo Bello* es lo mismo que conocer el sér proporcionado á la facultad cognoscitiva, que cumple con su oficio en modo conducente al fin de la naturaleza, cuando incita á obrar. Así, pues, cuando esta facultad produce cabal conocimiento del Sér mostrándolo bello y moviendo hácia él la voluntad, el *Sér* toma el nombre de *Bien* considerado relativamente á la voluntad, ó sea á la tendencia de la razon. De donde, la fórmula: *Tender al Bien*: equivale á esta otra: *Tender al Sér en cuanto es término de nuestro movimiento racional y meta del movimiento estético*.

De estas observaciones se ve cuán sábiamente hizo resaltar Ozanam el mérito de Alighieri, cuando dijo *que en su obra á aquellas tres armonías, á saber: de los pensamientos con los pensamientos, de los pensamientos con las palabras, y de las palabras entre sí, añade otras dos, ó sea del pensamiento con lo que es, ó lo que es lo mismo, con la verdad, y de la palabra con lo que debe ser, ó lo que es lo mismo, con la moralidad*. A cuyo propósito añadiremos lo que rectamente deduce con el mencionado poeta y filósofo, el ilustre Piancini: *La moralidad es la belleza de la filosofía y resulta del orden de la virtud* (1).

La razon de todo esto puede entenderse de lo hasta aquí dicho; porque si las facultades cognoscitivas hallasen *naturalmente* completa satisfaccion en el objeto inmoral, se resentirían de desórden tal en las proporciones que sería contrario á

---

(1) Piancini, *Nuovi saggi filosofici*, pág. 217 y siguientes.



su naturaleza. Luego lo bello, aunque de suyo sea fin de las facultades cognoscitivas, ulteriormente está destinado á impulsarnos á obrar; así que aun tratándose del arte, dícense bellas aquellas obras en que de lo Bello contemplado nace la conmocion de afecto que nos arrebatá.

17. LA BELLEZA, PUES, NO ES DE SUYO PRINCIPIO FILOSÓFICO DE RECTA OPERACION.—Mas no por esto nos adheriremos á la insensata y peligrosa opinion del esclarecido Venancio, en otra parte por nosotros censurada, segun la cual el único principio de amor, y por consiguiente de toda recta operacion, es la belleza. No siendo ciertamente lo bello otra cosa que aquel bien en que reposan las facultades cognoscitivas, podrá quizas parecer ser una é idéntica cosa establecer por principio de recta operacion á lo Bello ó al Bien. Empero, si se reflexiona que lo Bello es en realidad *un* Bien; pero no *el* Bien; que es bien de las facultades cognoscitivas, pero no de las apetitivas; que, por consiguiente, satisface á las primeras, pero no es para las segundas sino mero indicio ó excitamento, por no ofrecer bien que á ellas sea proporcionado; se comprenderá que, filosóficamente hablando, la fórmula es imperfecta y desordenada, ya que el filósofo no debe explicar únicamente por medio de los efectos ó indicios las cosas cuyas causas puede hallar ó cuya naturaleza le es dado explicar.

Todo el mundo sabe además cuán imperfecta es la ciencia *à posteriori*, siempre que *à priori* obtenerse pueda. Así que dar á la belleza por indicio del bien, ó lo que es lo mismo, el efecto de reposo, de satisfaccion que el Sér produce en quien lo contempla, es lo mismo que introducir en la moral una doctrina análoga á la de los utilitarios, y no ménos sino más peligrosa que aquélla.

18. PARANGON ENTRE TAL DOCTRINA Y EL UTILITARISMO.—Tambien lo útil es producto del bien, y de aquí el aforismo epicúreo: *Utilitas justis prope mater et aequi*: puede tomarse en significado tan irracional como inicuo.

Por esto todo aquél que quiera filosofar rectamente no debe decir: *Tal accion es justa, porque es útil; sino debe ser útil, porque es justa.* ¿Y por qué? Porque la verdadera causa de ser



justa no es la utilidad, sino el orden conforme á naturaleza, de manera que el filósofo que busca las causas verdaderas de las cosas, recurre al orden, no á la utilidad para conocer la justicia. De aquí nace tambien la seguridad de nuestra doctrina cuando se la reduce á la práctica. Los que racionando con los secuaces del utilitarismo infieren la honestidad de las acciones, de la utilidad, son con suma facilidad impelidos á juzgar recta toda accion, cualquiera que ella sea, siempre que en ella hallen utilidad, siendo imposible, como es, á la limitacion de nuestra mente humana seguir toda la cadena de consecuencias prácticas de una accion inmoral, para ver en último término la consecuencia nociva. Por el contrario, quien busca en el orden las causas de lo honesto, no há menester de ir recorriendo todos los eslabones de esa indefinida cadena de posibles futuros, teniendo delante de sus ojos la íntima causa de lo honesto, ó sean las justas relaciones de la accion con el orden establecido por el Criador.

19. DIFICULTAD DE CONOCER DE ANTEMANO LA BELLEZA PLENA COMO ASIMISMO LA PLENA UTILIDAD.—El mismo peligro puede verse en el principio que establece ser la belleza la única causa de amor, y por consiguiente, el justo principio de las acciones morales; porque, aunque es verdad que un entendimiento capaz de abrazar todo el complejo de las relaciones de orden que juntan en un gran todo al mundo material y moral, columbra en la subordinacion de éste á aquél la inmensa belleza en que reposa la mirada intelectual, así como en cada violacion del orden, una deformidad que lo disgusta sin embargo, éste, su disgusto, ¿es acaso la causa íntima de ser desordenada la violacion de que se trata? Y el ser respetable, inviolable, el orden contrario, ¿depende por ventura de que nos agrade? No, ciertamente; la inviolabilidad del orden tiene por base la voluntad y mente del Eterno, y la Belleza es efecto, consecuencia, del orden, no causa. Si teneis á esta belleza como fundamento de la honestidad, tampoco debeis extrañar que cualquier estúpido se valga de la embriaguez de su estupidez para justificar todos y cada uno de los excesos de su pasion. La teoría, pues, de que hablamos, ni es filosófica, al contemplar las causas, ni moral, cuando se la reduce á la práctica.



20. CONCLUSION Y PRIMERA LEY ESTÉTICA DE LA VERDAD.—Deduzcamos de lo dicho que el verdadero principio de recta operacion es el sér en cuanto bueno. Mas para que éste pueda incitar á obrar rectamente, debe conocerse de antemano cuál es ó sea en *verdad*, mediante el entendimiento, ayudado de otras facultades cognoscitivas. Cuando éstas conocen lo *verdadero*, reposan en tal cognicion por estar en ella su término, y el *placer* que entónces, por decirlo así, gustan, añade á lo *verdadero* el nombre de *bello*, que, bajo tal aspecto, á algunos ha parecido norma de operacion.

Con todo, quien agudamente discurra comprenderá la inexactitud de tal concepto, siendo evidente que el reposo que las facultades cognoscitivas encuentran en el objeto, puede simplemente significar la armonía general de aquél con la naturaleza de las facultades, miéntras que la recta operacion requiere siempre justa proporcion con el individuo y con todas sus condiciones personales. A la manera, pues, que existen ciertas acciones morales que la razon juzga como rectas en sí, mas no operables por este ó aquel sujeto, así tambien el sentimiento estético de que forma parte la razon, puede reposar en lo Bello dado, sin que por esto pueda servirse de ello como regla de operacion, hasta que llegue á tomar asimismo la forma del Bien. En suma, aunque pueda lo Bello llegar al concepto de lo Bueno, considerado por otra parte solamente como Bello significa la complacencia del contemplador, pero no la regla que debe guiar nuestras obras.

Este triple respecto bajo el cual debemos considerar al Sér y que es tan importante no sólo por su verdad intrínseca, sino tambien por las aplicaciones prácticas que entraña, merece asimismo especial atencion de parte de nuestros lectores por la importancia que igualmente tiene en la teoría de lo *Sublime*, de la *Belleza* y de la *Gracia*, materias de que dentro de poco habremos de ocuparnos al tratar del objeto en que puede encontrarse la Belleza.

Ved aquí ahora la primera ley estética que resulta de la naturaleza humana: «Para el hombre no puede ser bello lo que »no representa una Verdad ó un Sér, y cuanto más noble sea »el Sér representado, y más completo y claro el modo de re-



»presentarlo, tanto mayor es la Belleza en el objeto representativo.»

21. LA VERDAD HÁ MENESTER DE UNA COSA SENSIBLE.—Y obsérvese que de la misma naturaleza del hombre resulta tan patente la necesidad de un signo como la necesidad de una verdad. Puesto que ya hemos visto no ser posible, en el estado presente del hombre, acto alguno del entendimiento, si la fantasía no le suministra ó una imágen ó un signo, vese bien á las claras no ser posible concebir la belleza de los objetos puramente intelectuales, miéntras que el hombre permanezca en la presente vida. Enhorabuena podremos, por lo tanto, investigar, prescindiendo de la fantasía, lo que es Bello para el ojo, lo que es Bello para la fantasía, prescindiendo del entendimiento; pero considerar la Belleza del entendimiento sin signo alguno sensible, es tan imposible como lo es contemplar sin signo alguno una verdad.

22. ESTA NECESIDAD SE ENTIENDE CON RESPECTO Á NOSOTROS, INTELIGENCIAS UNIDAS AL CUERPO.—Con lo dicho puede responderse á un cuesito ó dificultad, que quizas alguno podría poner en este punto.

En efecto: ¿no dijimos poco há que Bello es lo que agrada á la vista, y que el entendimiento no puede hallar reposo sino en lo verdadero? Luego prescindiendo de todo signo, en lo verdadero debe hallarse Belleza. Tan justa es esta consecuencia, que no podemos negarla absolutamente, siendo ella la que inspiró á Sócrates aquellas tan hermosas palabras registradas en el Fedon por su discípulo: «Miéntras vivimos en este cuerpo no obtendremos jamás cumplidamente aquellas verdades por que tanto suspiramos... Mas, una vez salidos y libres de los engaños del mundo, conoceremos de lleno toda manera de pureza é integridad, que no es otra cosa quizas que la misma verdad.»

Empero, esta belleza de la verdad infinita que en la otra vida enamorará las inteligencias de los bienaventurados, al presente es incomprendible al hombre, porque, como hemos dicho, lo verdadero no es contemplable sin signo alguno. Por lo cual, ni nos parece cierto que no se dé belleza en lo puramente inteligible, como afirman algunos, ni por otra parte, vemos



cómo puede separarse en el hombre esta belleza de las imágenes ó signos con que se representa.

A esto precisamente aludía quizás Platon cuando, no para definir, segun creemos, la Belleza, sino sólo para asignar uno de sus caracteres, afirmaba ser aquélla el *esplendor de la verdad*, viendo, sin duda, que sin verdad no se da belleza, aunque la belleza corpórea no sea la verdad.

23. ARMONÍA NECESARIA ENTRE LO SENSIBLE Y LO INTELIGIBLE.— En esta vida, pues, toda belleza debe necesariamente entrañar los dos mencionados elementos, verdad representada, y signo ó imagen representativa. Representar esta verdad con claridad para mover al hombre á obrar rectamente, ved ahí el fin á que se endereza y de que debe recibir unidad el cuádruple acto de la potencia visiva.

24. OBSERVACIONES ESPECIALES ACERCA DE LAS REPRESENTACIONES SENSIBLES: EL OJO.—Veamos ahora de qué modo podrá este cuádruple acto obtener aquellas dos dotes, claridad y eficacia en la representacion del Sér, considerando parte por parte la funcion ejercida por los sentidos externos, por el sentido interno y por la fantasía, para tornar más límpida y operativa la inteligencia de lo verdadero.

Empecemos, por lo tanto, por observar la diversa manera observada en sus funciones respectivas por los sentidos estéticos.

El ojo, como vemos, es el órgano más propio para descubrir lo que llamamos *Belleza*, y si analizamos sus operaciones, hallaremos en ellas cuatro elementos de Belleza, ó sea claridad, tintas, proporcion de líneas, expresion *de vida*.

25. EL OIDO Y SU TRIPLE REPRESENTACION.—Hagamos ahora análisis semejante del modo en que, mediante el oido, podemos contemplar una belleza cualquiera en los sonidos, lo que equivale á estudiar de qué suerte pueden representar los sonidos un objeto visible. Para ello observad que el sonido puede presentarse, ó en forma de palabra representando así algun objeto á la inteligencia, ó en forma de énfasis, juntando asimismo la expresion á la palabra, ó en forma, en fin, de música que, como es sabido, por tres vías procede á la creacion de la belleza, á saber: pasando por el sentido externo, pasando por



el sentido interno, y pasando por la facultad intelectual. Si el sonido se detuviese puramente en el sentido externo, el sonido debería con más razón llamarse *dulce* que *bello* (1). Ni toma tampoco nombre de *bello* sino cuando, juntándose á él la reflexión lo transforma en conocimiento objetivo, según acontece en quien afina un instrumento ó en quien compara entre sí los sonidos de instrumentos diversos. Pero mucho mejor se aplica la idea de Belleza al sonido cuando, pasando de lo exterior al interior, é imitando, ora el acento del énfasis, ora ciertos sonos naturales, lleva á la fantasía imágenes ó representa hechos análogos.

Por lo que al entendimiento atañe, las proporciones tanto aritméticas como rítmicas de sonidos simultáneos ó sucesivos, representan números más ó menos coordinados y consiguientemente más ó menos satisfactorios para la natural tendencia que la razón tiene hácia el orden. De todos estos modos puede el sonido manifestar la Belleza, á no ser que debamos exceptuar aquella simple impresión orgánica con que el sonido halaga al tímpano. Existe, sin embargo, gran diversidad en el modo con que una verdad ó belleza dada se representa en estas tres maneras de sonidos; porque el sonido articulado en palabras es muy á propósito para pintar al entendimiento y á la fantasía cuanto nos viniese en talante, representando para ello al vivo cualquier imagen por vía de descripción y cualquier conmoción de afecto reproduciendo el lenguaje que de aquélla fuere propio. El acento enfático, por el contrario, y el sonido musical, pueden muy bien añadir eficacia á la palabra cuando á ella se unen; pero uno y otro por sí solos no pueden reproducir más que un sentimiento confuso de aquellas afeciones que con sonidos tales suele el hombre significar, y que, asociadas en el sensorio comun á objetos, ora visibles, ora inteligibles, reproducen incompletamente los conceptos cuando reproducen los afectos que de ellas resultaron.

---

(1) En su obra *Itinerarium mentis*, dice con su agudeza acostumbrada San Buenaventura: «*Delectatur sensus in objecto... vel ratione spciositatis sicut in visu: vel ratione suavitatis sicut in odoratu et auditu: vel ratione salubritatis sicut in gustu et tactu appropriate loquendo. Omnis autem delectatio est ratione proportionalitatis.*» Cap. II, 5.



Vése de todo esto que con repetición de afectos tales que puedan reflejar sucesión de hechos como en los afectos se retrata la causa, puede obtenerse cualquier belleza de representación; mas, separada ésta de la palabra, será siempre tan confusa é indeterminada, que apenas se podrá columbrar la belleza de los conceptos.

26. EL SONIDO SIN LA PALABRA REPRESENTA OSCURAMENTE EL CONCEPTO Y CLARAMENTE LAS PROPORCIONES.—Hallamos ejemplo experimental de lo que vamos diciendo en ciertas composiciones de música experimental muy artificiosas, en que aún algunos maestros excelentes se propusieron representar algún hecho histórico, como la destrucción de Jerusalén, la batalla de Marengó ú otros acontecimientos análogos, en las cuales obras si no vieseis escrito «esto representa el caer de las torres, aquello el rimbombiar de los cañones, etc.,» ni aún por las mientes os pasaría el hecho allí representado. Lo mismo puede decirse de las músicas vocales reducidas á instrumentales, y de las destinadas al baile cuando se las separa de la correspondiente pantomima.

Por el contrario, pensad cuán viva es la pintura musical, y cuán conmovedora, cuando con sonido y movimientos correspondientes, exprime lo que la palabra pinta á la fantasía y al entendimiento. Entre los mil maravillosos ejemplos que nos presenta el gran siglo de la música, acude á nuestra memoria aquel trozo de los Salmos, traducido por el inimitable Marcello:

Y dardi lor mancarono,  
Le spade lor s'infransero:  
Le torri lor fortissime  
Scosse si diroccarono.

En cuyos versos, y especialmente en el último, la maravillosa potencia del *estro poético-armónico*, nos hace sentir en las dos robustas notas de la palabra *scosse*, como el golpe del ariete, así como en el rápido movimiento de *diroccarono*, y en el admirable tejido de *imitaciones* el caer de las torres y casas unas sobre otras, de suerte que no parece sino que oímos el estruendo y vemos la consiguiente polvareda. Ahora bien,



¿qué veríamos si la palabra no nos hubiese dicho el significado de tan estrepitosa armonía?

Vélo, pues, lector benévolo; sin palabra, el objeto representado por la música, es vago y oscuro, y, por consiguiente, su belleza es imperfecta.

De aquí podemos inferir que la belleza de la música instrumental *per se*, y principalmente en la primera y tercera de las especies, poco há enumeradas, ó sea, en las proporciones sensibles, ya armónicas, ya rítmicas que pueden contemplar los peritos en la armonía, y que confusamente y en alguna manera, perciben aún ciertas personas del vulgo imperito que, teniendo oídos bien conformados, los sienten heridos cuando falta el acorde ó el compas. Esta es la belleza que percibían los antiguos contrapuntistas en aquellas sus fugas, en aquellos cánones complicadísimos en que el entendimiento admiraba maravillosos esfuerzos de ingenio, miéntras que el oído leía sobre el papel la simétrica trabazon de las partes, mas el oído se aturdíá con el matraqueteo de la babélica confusion de tan sofísticas armonías. En estos casos, toda la belleza se refería al entendimiento y á los ojos, puesto que la palabra, aún cuando á ella se recurría, naufragaba en la borrasca de las partes del contraste, lo cual no estaba, á fe, conforme con la primera ley de la Belleza, que es la manifestacion clara de la verdad.

27. LA BELLEZA DEBE JUNTAR AMBOS MEDIOS.—Permítasenos, por otra parte, observar que con relacion á lo dicho pueden pecar tanto aquellos filarmónicos que querrían expresar á la inteligencia tan sólo la verdad, mediante las proporciones mecánicas de las notas ó la desgranada expresion de las palabras, como aquellos otros que no querrían se parasen mientes en tal proporcion mecánica ó en tal desgranada expresion. Es cierto que el primer objeto propio del lenguaje musical, es el afecto con que habla al corazon; pero, sin perjuicio de este afecto, llega el maestro á proferir algo útil para la inteligencia, como, por ejemplo, la elevacion de un afecto ó del Sol desde el Oriente al cielo con movimiento de notas ascendentes, el descenso á la tumba con cadencias graves, una lágrima, una espina con el toque de una tercera menor, etc., y no vemos



por qué causa se debe menospreciar este medio de añadir evidencia al concepto ó de hacer que el oyente llegue completamente á la plena comprension de la idea que el maestro se propusiera, puesto que en la misma declamacion oratoria, la naturaleza y el arte aconsejan de consuno que se haga de modo que aun el timbre, ó, como suele decirse, el metal de la voz, se suavice en la manifestacion de los afectos dulces y se haga áspero en los terribles, lo cual, como todos por propia experiencia sabemos, tanto contribuye para comunicar á otros semejantes afectos.

De esta suerte, unida la inteligencia y el sentido en sus afectos, dan increíble deleite á la naturaleza compuesta del hombre, al modo que la música y énfasis, en su union con la palabra, dan á ésta energía, mientras conquistan para sí determinacion y claridad.

28. EL SENSORIO INTERNO DEBE ASOCIAR TODAS LAS SENSACIONES.—El sonido habla, pues, al entendimiento, representándole ó haciéndole más clara y conmovedora la verdad. En efecto, la representa con la palabra y con el número, tanto armónico como rítmico, y la hace más clara y conmovedora con el énfasis oratorio y musical.

Empero, ¿puede obtenerse todo esto con el sonido, con sólo aplicar el órgano del oído? El lector ve que de ninguna manera; porque los sonidos no tendrían virtud de representar lo visible, si en el sensorio interno central no estuviese acostumbrado el hombre á unir los objetos de la vista con los sonidos que los acompañan, y tanto unos como otros, se juntan también con las internas conmociones que el hombre significa con aquellos signos visibles ó fonéticos.

¿Cómo explicais si no, por vía de ejemplo, la impresion producida por Laocoonte y por Niobe? Toda la fisonomía de aquellos rostros, aquella mirada elevada al cielo, aquellas cejas fruncidas sobre la frente, aquella boca abierta al grito, reclaman el sensorio interno junto con el sonido de aquel grito, y la afliccion interna que suele manifestarse con el grito y con la fisonomía convulsiva.

Cuanto más perfecta sea la expresion de dolor en los rasgos de aquella fisonomía, cuanto más se asemejen al labio



que grita y al ojo que llora, tanto más vivamente surgirá en nosotros la idea del dolor de aquel padre, de aquella desventurada madre, que es la verdad histórica, ó sea el Sér, representado por estos signos.

29. PARA ELLO SE AYUDA DE LA FANTASÍA.—Mas ¿cuál fué el trabajo de la fantasía para que el escultor pudiese llevar á feliz término aquellas obras? ¿Tuvo acaso delante de sus ojos las dos desgraciadas víctimas del enojo de dioses brutales para que por sí solo pudiese su sensorio interno sacar acabadamente aquellos retratos? No por cierto, sino que debió ir buscando en lo interior de sus reminiscencias sensibles todas aquellas formas que pretendía representar en el mármol, los delicadísimos rasgos del movimiento de ojos, de labios, de frente, etc., que suelen acompañar al grito de dolor, y entre mil escoger precisamente aquellos que correspondían al concepto de la madre ó del padre privados de prole, á quienes el escultor quería representar en el mármol, y, hecha la eleccion, lo demas fué obra de la fantasía guiada por la razon y el gusto. Si el artista hubiese producido signos diversos, ¿hubiera acaso obtenido expresar el mismo concepto? Claro es que no, puesto que, no pudiendo los contempladores de aquellos mármoles deducir de ellos el concepto del artífice, sino en cuanto éste había ántes contemplado aquel concepto en la obra de la naturaleza, y repetido despues en el mármol aquellas mismísimas líneas con que naturaleza expresa en el rostro humano idéntico concepto.

30. REPRESENTANDO ASÍ EL CONCEPTO.—Estas observaciones que acabamos de hacer acerca de la representacion gráfica por medio del mármol y cincel, pueden repetirse á placer con respecto á los lienzos pintados por los grandes maestros y con respecto tambien al lenguaje de los sonidos oratorios y musicales, de lo cual, en última consecuencia deduciremos, que en naturaleza existen ciertos signos exteriores que, juntándose en el sensorio interno y manejados por la fantasía, pueden suministrar á la inteligencia la materia de donde se extraigan ciertos conceptos determinados, cuyos signos fantásticos, si llegan á mudarse, darán márgen á que formen ideas harto diversas de las primeras, como diversa es la idea que se obtiene de las



contracciones del rostro dolorido de Laocoonte ó de la risa sardónica de la boca de Voltaire, de Sátiro ó de Sileno. De aquí inferireis, que la representacion de un Sér aparecerá tanto más clara á la humana inteligencia, cuanto mejor se escojan y asocien los signos externos de que puede la inteligencia extraer dicho concepto.

31. ESTO PUEDE ENTENDERSE DEL CRIADOR QUE HABLA EN LA NATURALEZA Y DEL ARTISTA QUE LO HACE EN SU ARTEFACTO.—El escoger los sobredichos signos y asociarlos entre sí, puede depender de dos principios ó causas eficientes, á saber: la Providencia creadora, que al obrar en el mundo físico con leyes constantes suele ser por nosotros llamada *naturaleza*; y la inteligencia humana, cuyo trabajo en la dicha materia llamamos *arte*. De aquí nacen dos géneros de belleza, la *natural* y la *artística*, de las que dentro de poco hablaremos al tratar de la belleza en el objeto.

32. FÓRMULA ESTÉTICA CON RESPECTO Á LAS FACULTADES.—Entre tanto, de lo dicho podremos deducir dos importantes consecuencias.

La primera es una ley completamente estética para determinar el concurso de las cuatro intuiciones á que debe corresponder la belleza cabal, ley que nos es dado reducir á la fórmula siguiente: Será bello un objeto : 1.º Cuando pueda columbrar el entendimiento una verdad; 2.º Cuando la fantasía nos suministre para la obtencion de dicha verdad un fantasma análogo á lo inteligible; 3.º Cuando asociándose este fantasma en el sensorio comun á las múltiples impresiones de todos los sentidos, suministre claridad y eficacia á la inteligencia y operacion del hombre; 4.º Cuando cada uno de los sentidos concurrentes á la formacion de aquellas imágenes fantásticas esté dotado de las condiciones de tono y ritmo que hacen más suave la impresion puramente sensible. Entiéndase, sin embargo, muy bien, que en la union compleja de todas estas condiciones, cada una de ellas debe ajustarse armónicamente al todo, de donde, por consiguiente, no puede ninguna de ellas presentarse en toda su luz, sino que debe contentarse con el grado respectivo que mejor conduzca al último fin, que es, representar con verdad y mover á la accion.



Ahora bien, en el sobredicho grado, está precisamente el oficio de la razon y del gusto, guías, como poco há decíamos, de las obras de arte. La razon es la que propiamente comprende el fin para medir los medios. Pero ¿cómo puede esta facultad medir la fuerza de tales medios? Necesario es que para ello sienta el valor, la fuerza, y, por decirlo así, el sabor particular de cada uno de ellos, lo cual se hace mediante aquel exquisito y delicado sentimiento de las impresiones que con muy significativa metáfora suele llamarse *Gusto*, dote importantísima en todo artista, que sin ella está condenado á dejarse arrastrar, con daño inestimable de la belleza del todo, por el brillo de las respectivas partes.

33. ARTES MECÁNICAS Y LIBERALES.—La segunda consecuencia que de lo dicho hasta ahora acerca de los cuatro grados de intuicion se deriva, es la razonada comprension de los cuatro grados del arte que á ellos corresponden.

Existe, segun hemos dicho, una belleza que es toda propia del sentido, la belleza del color y la del sonido. Ahora bien, el arte que se limita á obtener esta belleza totalmente material, es el arte puramente mecánica, arte del tintorero ó del fabricante de instrumentos. Mas cuando del ritmo y de la union de los sonidos, ó bien de la combinacion de líneas y colores, se obtiene la belleza, y, por consiguiente, el reposo, no ya del órgano solamente, sino tambien de la inteligencia que en aquellas imágenes lee el número y las proporciones, el arte que de tal se ocupa toma el nombre de *liberal*.

34. TRES GRADOS DEL ARTE LIBERAL.—Mas esta puede presentarse en tres grados harto diversos. En el primero de estos, se contenta con reproducir líneas y tintas, ó bien sonos y ritmos de proporciones agradables, sin buscar cuál sea el original natural á que corresponden, como, por ejemplo, la pintura de puro ornato, ó la música de una marcha militar. En el segundo grado, el artista quiere expresar con los medios propios del arte, un objeto cualquiera, que materialmente copia del original que naturaleza presenta, como, por ejemplo, el arte de los meros copiantes, ó retratistas vulgares. Finalmente, cuando el arte liberal, no contenta con satisfacer al órgano con las impresiones materiales y á la inteligencia con sus proporciones, in-



tenta expresar un concepto propio suyo, asociando todas las impresiones del sentido interno, mediante el trabajo de la fantasía, entónces genéricamente podría ser llamada elocuencia artística, y puede tomar por instrumento propio, ó las tintas del pintor, ó los sonidos del músico, ó la palabra del orador. Este es el supremo grado del arte, que en estos tres géneros se hace tanto más perfecto, cuanto, mediante la asociación de ideas, mejor sabe reproducir en cada uno de ellos los sentimientos, las impresiones de las artes que les son hermanas, y que, estando todas, como en otra parte anotamos, asociadas en la palabra, uno de los mas brillantes elogios que nos permiten hacer de un profesor ó de un pintor, es el de decir, por ejemplo, que el primero *hace hablar* á las mil maravillas á su violín, ó flauta, y que el segundo hace retratos y figuras que *parece que hablan*.

35. EPÍLOGO.—Compilemos ahora en pocas palabras cuanto dejamos dicho.

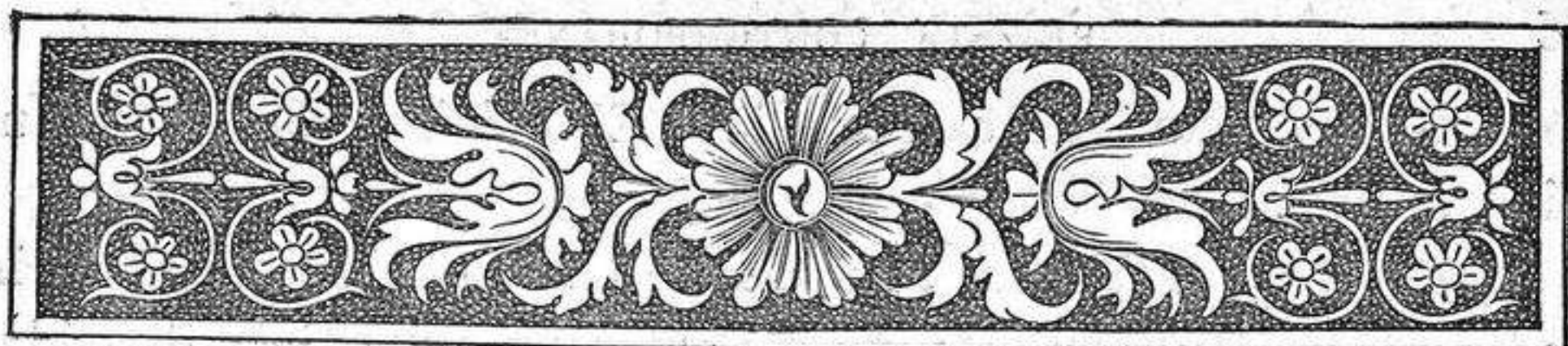
Debiendo ser *una* la vision del hombre, á pesar de ser resultante de muchos principios, entónces satisfará á la naturaleza humana cuando presente al entendimiento la verdad de un sér, facilitando su conocimiento con imágenes aptas para producirla, y proporcionadas tambien por sensaciones asimismo agradables y combinadas de modo que produzcan claridad de conocimiento y conmocion de afecto. Sin ayuda de nadie verá con esto el lector que para la claridad del conocimiento ayudan principalmente las artes gráficas, de donde las ciencias naturales y matemáticas, dirigidas principalmente á hacer conocer, abundan en figuras, y asimismo verá que para la conmocion de afecto no hay cosa más á propósito que las artes fónicas, de donde los ánimos apasionados de muy buen grado apacientan sus almas en cantos y metros poéticos. Empero esto no quita que en cada una de las tres artes se procure cautivar la facultad intuitiva con todos los medios propios de las otras dos, poniéndolos en práctica inmediatamente por sí ó mediante la asociación del sensorio interno.

(*Se continuará.*)

LUIS TAPARELLI S. J.








## BELLAS ARTES.

### UNA VISITA AL REAL MUSEO.

ESCUELA FLAMENCA Y FRANCESA.

(Continuacion.)

L segundo heredero de Rubens, el condiscípulo de Van Dyck, Santiago Jordaens, está expuesto en ocho cuadros. Dejando á Van Dick la firmeza del toque, tomó para sí el calor, la fogosidad de su maestro, siendo su mismo defecto exagerarlo y elegir tipos sobrado vulgares. Su mejor lienzo es el de *Una familia*. Composicion de retratos de pié, que representa un personaje con su mujer y una niña que visten el traje flamenco de la época; corte pintoresco y colores brillantes. Junto á ellos una criada lleva á su cabeza una cesta llena de huevos. Detras de la mujer una fuente de mármol, con un Amor montado sobre un delfin. Debe reprochársele en esta composicion el toque un poco duro, defecto comun en Jordaens; pero irradia vida en la apoteosis de la materia, como sus *Fiestas reales* del Louvre. Es imposible asociar con mayor armonía los más brillantes colores. El *Casamiento de Santa Catalina* es un cuadro hermoso é importante, en el cual la figura de la santa se dis-



tingue por su carácter casi heroico. El *Juicio de Salomon* también es bellísimo.

*Meleagro y Atalanta*, composición cuyo color llega á la irradiación de Rubens, y cuyo dibujo supo evitar la vulgaridad de formas.

Todos estos cuadros no parecen superiores á los del Louvre, por la misma razón de que nada nuevo añaden acerca de Jordaens que tan bien se conoce aquí como en la nación vecina.

En cambio no hay parte alguna donde se muestre Juan Breughel de Velours, bajo aspecto más rico que en nuestro Museo. Sea cual fuere el motivo por el cual tuvo este mote (Terciopelo) es lo cierto que después de ver sus cincuenta y cuatro cuadros del Museo se comprende que explica bien el efecto fino, suave y opulento de sus producciones. Su precioso toque es delicado en extremo en los detalles y rico de armonía en el conjunto. Sábese que Breughel sobresalía en detallar minuciosamente los animales, las armas, los muebles, las flores, haciendo que ejecutaran sus figuras Rottenhamer, Enrique Van Balen, y el mismo Rubens, por más que no dejaba de tener mérito como dibujante. La mayor parte de los cuadros del Museo, ó cuando ménos los más importantes de este autor, están hechos para el archiduque Alberto de Austria y para su esposa Clara Eugenia, cuyo reinado fué en Flándes lo que el de Carlos III en España ó Luis XIV en Francia. Representan las diversas colecciones que adornaban los palacios de los archiducos. Hé aquí ahora su enumeración sucinta: Armas. *Venus y Cupido en una armería*, cuyo fondo ocupa un paisaje accidentado por ruinas y cuyas figuras son de la escuela de Rubens: *instrumentos de música y relojes: La Música*, figuras de Rubens; cuadros y estatuas: *Venus y Cupido en una galería*, figuras de Rubens, firmado *Breughel*, 1617; muebles: *Las Ciencias y las Artes*, el más importante como tamaño; flores y aves raras: *Los Cuatro Elementos*, figuras de Van Balen, hay una repetición de este cuadro; plata, vajilla, frutos, caza, pescados: *Ninfas en la mesa*, es la pareja. Además de su gran valor pictórico tienen también el mérito estas composiciones de hacernos conocer casi todos los objetos cu-



riosos que formaban parte de una colección del siglo xvii. Es verdaderamente fabulosa la riqueza que en ellos se amontona.

Aparte de estos cuadros, oficiales en cierto modo, recordamos *Venus y Cupido en un jardín*, que es todo él belleza, brillo, y armonía, de incomparable frescura, y una *Guirnalda de flores* cuyo centro está ocupado por la *Virgen y el niño Jesús*, ejecutados por Rubens. Es en verdad magnífico espectáculo; los accesorios de Breughel sostienen la comparación con el asunto principal, tratado con brillante tono.

No puede hacérsele mayor elogio. Hasta que se ve á Breughel, Van Huysum es el primer pintor de flores; pero después es preferible Breughel, sobre todo cuando se le admira en nuestro Museo. Con una delicadeza extrema y aterciopelado brillo sostiene á veces esos tonos marmóreos de Van Huysum y por esto le es superior.

También en nuestro Museo es donde se puede apreciar perfectamente á David Teniers. En él hay cincuenta y tres cuadros suyos, uno ménos que Breughel de Velours. No todos son obras magistrales; pero los más importantes permiten hacerle la justicia que se le debe por su toque fino, ligero y transparente, por la ingeniosa facilidad de este discípulo de Rubens y de Adriano Brauwer. La *Galería de cuadros del archiduque Alberto*, es documento de gran interés, pues bajo el punto de vista histórico puede servir de pareja á los cuadros de Breughel. Todos los lienzos que poseía el gobernador de los Países-Bajos están allí copiados con escrupulosa fidelidad y los nombres de los autores escritos en los cuadros, muchos se conocen: la *Danae* de Ticiano; *Diana y Calisto*, que tenemos aquí; otros que no recordamos tan exactamente. Teniers se retrató en este cuadro en traje negro, enseñando las composiciones que le rodeaban al archiduque y á otros dos personajes. El cuadro está firmado *D. Teniers pintor de la Cámara de S. A. I.* Como ejecución vence á la magnífica *Cocina*, que si no nos es infiel la memoria, se expuso en Brusélas en 1582. Es obra perfecta bajo todos aspectos, y curiosa como documento, superior al lienzo de Anvers y obra magistral de Teniers. La *Tienda de armero*, asunto que el pintor



repitió varias veces, es mucho más importante que el *Cuerpo de guardia*, y el color ménos duro.

La *Fiesta campestre* y la de *Campesinos* son obras hechas con ingenio y bien conservadas. La primera se firma: *David Teniers*, a. 1647, y la segunda, *David Teniers fecit*. El Catálogo no lo menciona.

El *Bebedor fumando* y la *Vieja calentándose*, de color vigoroso y sostenido, recuerdan á Brauwer.

El *País con gitanas* es un error de Teniers, que cubrió, pero no llenó, un lienzo de grandes dimensiones, con líneas de paisaje histórico que no están dentro de su género ni en su talento. También lo es la historia heroica de *Renato y Armida*, que quiso representar en una serie de doce cuadritos, todos firmados, por lo cual no puede dudarse su autenticidad, y es preferible creer que Teniers aceptó este encargo y lo realizó para satisfacer algún capricho del archiduque, su protector. A no ser por la firma, dudaríamos. Felizmente para él y para nosotros, pintó la *Galería de cuadros*, que es el perdón para *Renato y Armida*.

Después de estas magnificencias de los más grandes pintores de Flándes, poca cosa son los tres nombres que nos resta citar. Lo hacemos, no obstante, para cumplir en justicia, y porque en el terreno del arte los matices de lo bello desaparecen más que en las demás producciones del espíritu humano.

De Juan Weenix, á quien debimos hacer figurar en la escuela holandesa, se ve un cuadro de naturaleza inanimada, *Animales muertos y frutas*.

De Snayeri seis asuntos de batallas y sitios, más topográficos, como los de Van der Meulen, que artísticos, aunque son en extremo curiosos y están hábilmente pintados.

De Momper (según el Catálogo) una preciosa *Marina*, tratada con tono ligero, transparente y un poco sonrosado, por lo cual rectificamos este lienzo, y á pesar del susodicho Catálogo, lo atribuimos á su verdadero autor, Van Goyen.

Por último, con el título de *Bendición episcopal*, hay un cuadro de tres piés de altura y cuatro de ancho. Un obispo dando su bendición á una familia arrodillada ante él. La iglesia está llena de gente. El toque y el colorido recuerdan á Se-



nain. Esta *Bendición* se clasifica en el Catálogo entre las obras de la escuela flamenca; pero por lo dicho, nos parece más razonable clasificarla entre las de la francesa. Y nos servirá de transición natural para empezar á juzgar los que poseemos de esta escuela.

ESCUELA FRANCESA.—A pesar de que son muy interesantes los cuadros que de ella poseemos, no es muy rico nuestro Museo en pintores de esta escuela. Todos los lienzos de estos artistas no ocupan más que una parte de la rotonda que da acceso á la galería central. El resto lo ocupa la escuela alemana, y sobre todo Lúcas Cranach y Alberto Durero. Aún no se cumplió la profecía de Luis XIV: *Aún hay Pirineos*. Antes de 1700 estaba justificado este vacío por razones políticas; pero desde entonces, desde que la casa de Borbon reemplazó á la austriaca en el trono de España, ni se explica, ni ménos se disculpa.

Curioso y útil fuera saber cómo vinieron á Madrid las obras de los pintores franceses. El Catálogo nada indica acerca de ello. Pero es probable que muchas obras, las de Poussin, el Guaspe, Valentin y Claudio Lorrain, las adquiriesen en Roma los embajadores españoles, durante la permanencia de aquellos artistas en la Ciudad Eterna. Otras—los Beaubrun y Rigaud—se remontan á la época de los casamientos de Ana de Austria y María Teresa; por último, los Houasse, Ranc y Vanloo, son artistas que residieron en España en los reinados de Felipe V y Carlos III. Estas son, no obstante, conjeturas nuestras, á las que preferirse debe la certeza.

Siguiendo el órden cronológico, preséntase á exámen, como primero, Nicolas Poussin.

Hay en Paris 39 obras suyas, y en Madrid sólo 19, ménos importantes en general que las del Louvre. Pero no dejan de tener belleza igual algunas á la de los *Pastores de la Arcadia* y al *Diógenes*. Tal es el *Parnaso*, cuadro el más importante, claro como un Lesuenz, en el cual Poussin muestra en toda plenitud sus facultades; sábia composición es la del lienzo, severo y elevado su estilo, noble el dibujo y vigoroso y firme el toque. Tiene cinco piés de alto por siete de ancho. En primer término, la ninfa Castalia, desnuda, tendida sobre la tierra, apoya su brazo sobre la urna poética. Más lé-



jos, sobre una eminencia del Parnaso, Apolo rodeado por las Musas acoge á un poeta, á quien Talía y Caliope coronan de laureles. A un lado Dante, Petrarca, Ariosto; al otro Homero, Virgilio, Horacio, forman dos grupos que simetrizan la composicion terminada en el cielo con genios alados que ostentan laureles y mirtos. El cuerpo de Castalia tiene brillo y modelado tal, que pudiera apadrinar Ticiano.

Aunque colocada en el salon de Isabel II, la *Cacería de Meleagro* es inferior al *Parnaso*, y no podemos explicarnos satisfactoriamente esta preferencia dada por la direccion del Museo, más que teniendo en cuenta la importancia del cuadro, que en dimensiones es superior al primero (cinco piés de altura por trece de ancho). Es un friso más que un cuadro; friso en que Poussin recordó los antiguos bajo-relieves que en su tiempo se extraían diariamente de las ruinas de Roma. La turba de los cazadores á pié y á caballo se dirige hácia la izquierda. Atalanta y Meleagro montan caballos blancos, que encabritan como si descendieran de los témpanos del Partenon. Aunque el estudio de la antigüedad se representa é interpreta de un modo admirable y maravilloso, hay, no obstante, pesadez é incorrecciones de contorno en algunos personajes, cosa no acostumbrada en Poussin. Hay en este lienzo partes hermosas; pero no una figura completa como la *Rebeca*, como la mujer de los *Pastores de la Arcadia*, como la falsa madre del *Juicio de Salomon*.

No nos es posible compartir el error del Catálogo con respecto á la *Bacanal*. Audacia es precisa para atribuir al pintor de Andelys el pesado y vulgar dibujo, el color duro, delgado y pobre de los personajes de este cuadro, reconocer la mano de aquel artista en las medianas líneas del paisaje que le sirven de fondo y realce. No la tenemos nosotros, que estamos más familiarizados con la manera de Poussin. ¿De quién es ese lienzo? Lo ignoramos; pero hé aquí lo que se lee en la vida de un artista frances, casi desconocido, llamado Pedro Dulin: «El  
» lienzo que más aplausos mereció, fué un cuadro que hizo con  
» gran secreto para servir de pareja á tres cuadros de Poussin,  
» que representan fiestas paganas y pertenecen al duque de Richelieu. Para entrar en la índole de este asunto, Dulin eligió



»una fiesta en honor de Baco (ó sea una bacanal), y la compuso tan bien, ejecutándola á la manera de Poussin, de modo que muchos inteligentes lo confundían (1).» Este cuadro presenta, además, la particularidad de que está cortado. Las costuras que, posteriormente á este acto de vandalismo, reunieron las diversas partes del lienzo, se ven aún perfectamente.

Olvídase esta imitacion ante la segunda *Bacanal* que, á pesar de su aspecto negro, defecto que por desdicha era familiar á Poussin, es muy bella, así como las *Ninfas y Sátiros* y el *Polifemo*, grande como ejecucion, pero mal expuesto, debiendo ser boceto del famoso *Polifemo* de la galería de la *Ermita* en San Petersburgo.

Las ruinas de Roma, tan familiares á Poussin, se ven en dos cuadros de nuestro Museo. En el primero, *Ruinas*, de tono claro y cálido está San Jerónimo orando; en el segundo, *Paisaje de la antigua Roma*, el cielo, las nubes y el paisaje tienen extraño aspecto, y acumuló las columnas rotas, los frontones destruidos, los derribados capiteles, mientras que en el fondo templos y palacios aún se ven en pié.

Entre los paisajes propiamente dichos deben citarse las *Barcas* y el *País frondoso y ameno*, que sin ser ciertamente la mejor obra de Poussin es la que con mayor complacencia se mira. Olvidando las líneas frías del paisaje histórico, copia en él con sencillez la naturaleza que le inspira una obra magistral de impresion. El marco no es grande, teniendo pié y medio de altura por dos de ancho. A la izquierda se ve un grupo de árboles en cuyas ramas se entrelazan pámpanos. A lo léjos se desvanece el paisaje en cálidos vapores. En primer término, á la izquierda, descubre un sátiro á Diana acostada; á la derecha el Amor cogiendo flores. El grupo de árboles es tan sencillo como puede idearlo un artista holandés y vigoroso como Giorgione; la luz y el calor inundan el horizonte.

Tambien debe atribuirse á Poussin el *Paisaje variado y frondoso* que el Catálogo achaca á Gaspar Dughet y en el cual está San Jerónimo orando. El Catálogo pretende que la figura

---

(1) *Memoires inédites de l'Academie de peinture et sculpture*, tomo II, pág. 252.



es de Nicolás, quien no acostumbró jamás á pintar en los lienzos de otros. Así pues, sin temor á equivocarnos, consideramos como original de Nicolás Poussin este cuadro que se cree de Guaspe.

En resúmen, Madrid sostiene á la altura en que el asentimiento de dos siglos ha colocado la reputacion de Poussin; pero es aquí ménos conocido que en Paris, Lóndres y San Petersburgo.

Más afortunado que el Louvre, que sólo posee un cuadro, el Real Museo cuenta siete de Gaspar Dughet, con cuya hermana casó Poussin, trabajando juntos en Roma ambos pintores. *Las Cascadas*, *Paisaje con cascadas*, *Paisaje montañoso* están tratados en ese género histórico que sólo es una inspiracion de Poussin y nada notable ofrecen. Pero hay una verdadera obra magistral, el *País ameno*, colocado en el salon de Isabel II. Este cuadro fué una revelacion, y aunque Gaspar Dughet no hubiera pintado otros, con él sólo merecería ir á la par de los más grandes paisajistas. A lo léjos se ve la prolongacion de un lugar accidentado y cortado por árboles, y una ciudad por la que pasa un rio espumoso. En primer término, á la izquierda, la Magdalena arrodillada al pié de una cruz; más léjos un pastor guardando su rebaño. La impresion es muy viva. Son las hermosas líneas de la campiña de Roma, pero atenuadas, suavizadas en cierto modo por un sentimiento sincero de la naturaleza. Hay mucho ambiente; una hermosa luz que da en diversos términos; efectos bien combinados de sombra y sol que prestan todo su lánguido encanto á la campiña; la ejecucion vale tanto como la impresion: ligera en el follaje, vigorosa en el terreno, sólida y franca doquier, pero sin dureza.

Y para colmo de bienes, el cuadro está muy bien conservado. Es una mezcla magnífica del estilo de Poussin, de la poesía de Claudio y su ejecucion original, en tal extremo que la de ninguno otro recuerda.

Si el Guaspe gana cuando se estudia en Madrid, no puede decirse otro tanto de Claudio Lorrain. No porque su reputacion pueda quebrantarse por los cuadros de Madrid, sino por que éstos, aunque hermosos, son inferiores al *Campo Vaccino*, á la *Fiesta de Aldea*, al *Desembarco de Cleopatra*, de Pa-



ris. Además, como número también nos supera el Louvre, donde hay diez y seis, mientras que aquí sólo tenemos diez. Lo más curioso de esta exposición es que de los diez cuadros ocho forman pareja.

*Sol Levante y Sol Poniente*, de seis pies de altura por ocho de ancho. El primero está colocado muy alto para poder juzgar bien de la ejecución, y los primeros términos del segundo tienen un toque pesado y un color opaco.

Los cuatro cuadros: *Paisaje, Ruinas de Roma; Paisaje, Moisés; Paisaje, Tobías y el Angel, Paisaje, Embarco de San Pablo para la Tierra Santa*, son todos de igual dimensión, siete pies y medio de altura por cinco de ancho. Otro hay que tiene por asunto el *Enterramiento de Santa Sabina*. Vese á lo lejos el Coliseo. Las figuras se atribuyen á Filippo Lauri, que ilustró en efecto las obras de Claudio, de igual modo que Santiago Courtois (y no Guillermo, como dice el Catálogo).

*El Embarque de San Pablo para la Tierra Santa*, es magnífico. Efecto de sol levante en medio de un puerto de mar rodeado de suntuosos palacios y cerrado por un faro y un muelle, el apóstol de los gentiles entra en una barca que debe llevarle al buque. El sol acaba de salir en una bruma ligera y hace brillar una chispa de plata en cada ola que se mueve agitada por la brisa. A la derecha, sobre un poste de rota columna, hay una inscripción bastante extensa. El Catálogo no la transcribe.

*Tobías y el Angel*, efecto de sol poniente, es acaso más bello y rico aún que el cuadro anterior. El estudio del paisaje es inmenso. En primer término, á la izquierda, un gigantesco pino de Italia sirve para hacer apreciar la distancia que separa cada término del siguiente. El sol se envuelve en las nieblas de la tarde, un polvo de oro cubre y abrillanta todos los objetos. No sé si Claudio era más hábil al copiar los efectos de la tarde que los de la mañana, ó si la impresion de aquéllos la sentimos mejor nosotros que la de éstos; pero lo indudable es que el *Tobías y el Angel* supera al *Embarco de San Pablo*. Las dos parejas, *Paisaje, Efecto del amanecer; Paisaje y Paso de un vado*, efecto de tarde, confirman esta observacion. Los fondos del primero son encantadores; pero tienen opacidad los prime-



ros términos, mientras que el segundo es tan bello como las horas que representa.

El *Martirio de San Lorenzo*, de Valentin, es importante como composición y dimensiones. Su toque *selvático* y feroz da a primera vista el parecido a Ribera. Pero no hay otra semejanza. Ribera tuvo siempre efectos y brillantez armoniosa de color, de que está desprovisto en absoluto el *Martirio de San Lorenzo*.

Aun cuando Felipe de Champaigne nació en Bélgica, por su larga residencia en Francia y su manera esencialmente francesa, más pertenece a esta escuela que a la flamenca. Sólo tenemos aquí dos cuadros de este artista, poco importantes; una *Educación de la Virgen* y un *Retrato de Luis XIII*, ambos tratados con esa manera fina, limpia y retocada que tan reñida está con el arte. Felipe de Champaigne era el antípoda de Valentin. El *Retrato de Luis XIII* sólo se ve de medio cuerpo y nos parece repetición del mismo retrato de cuerpo entero que existe en el Louvre. El rey cubre con una coraza negra ribeteada de flores de lis.

También vence al Louvre el Museo en cuatro retratos de los dos Beaubrun. Son estos, documentos más interesantes para la historia que para el arte, porque dichas obras no se hacen notar por nada que las distinga. Pero el Catálogo aglomera tantos errores en pocas líneas, que nos vemos obligados a desvanecerlos.

Los tres artistas cuyos nombres nos da, Luis, Enrique y Carlos de Beaubrun, no eran hermanos. Luis de Beaubrun era tío de Enrique y de Carlos, que a su vez sólo eran primos carnales; Enrique, hijo de Enrique de Beaubrun, guarda-ropero de Enrique IV; Carlos, hijo de Mateo de Beaubrun, paje del cardenal de Joyeuse y ayuda de cámara de Enrique IV. Los retratos de los dos primos, pintados en el mismo lienzo por su discípulo Lambert, figuran en las galerías francesas del Louvre con el número 309. Enrique y Carlos nacieron en Ambroise, el uno en 1601, el otro en 1604. El Catálogo, confunde, pues, al tío con los sobrinos, al asegurar que florecieron en París hacia 1600, fecha en que todavía ninguno hubo nacido. Estos dos artistas obtuvieron gran boga en la primera



mitad del siglo xvii, y este éxito debióse ménos indudablemente á su talento que á la costumbre que tenían de trabajar simultáneamente en el mismo lienzo. «En 1661, dice Guillet de Saint-Georges, Su Majestad los hizo pintar en su presencia obligándoles á cambiar de sitio casi en cada toque.» Murieron Enrique en 1677, y Cárlos en 1692.

El número 1060 de la numeracion antigua está inscrito en el Catálogo de la manera siguiente: «BEAUBRUNS. *Así está firmado el siguiente cuadro.*» ¿A qué viene esta reserva? Puesto que el Catálogo pretende haber hallado una firma auténtica de los Beaubrun, no era preciso más que comparar el toque de este cuadro con el de los números 1072 y 1936, para reconocer en ellos la misma mano. Este retrato del Delfin, primer hijo de Luis XIV, está firmado con grandes caracteres: *Beaubrun fecerunt 1663*. He aquí ahora lo que á este respecto dice Guillet de Saint-Georges: «Monseñor el Delfin nació en Fontainebleau el dia primero de Noviembre de 1661, y los señores Beaubrun hicieron su retrato el décimo dia del mismo mes, por órden expresa del rey, que quería enviar este cuadro al rey de España.» ¿Se equivocaba Guillet de Saint-Georges en la fecha? ¿No es este el retrato á que se refiere? Lo ignoramos. Pero la fecha del cuadro es de 1663.

El *Retrato de María de Medicis* no tiene gran carácter. El Catálogo dice que está firmado en 1655, y la altura en que está puesto no nos permite comprobar este aserto. No se comprende el interes que pudieran tener los dos primos en hacer en 1655 el retrato de una reina muerta trece años ántes, y olvidada desde veinte años atras. Quizas la fecha del Catálogo es inexacta, y este cuadro debe ser del tio de los Beaubrun, Luis de Beaubrun, pintor tambien distinguido en su época.

El *Retrato de Ana de Austria* está tambien muy alto para poder estudiarlo. Guillet de Saint-Georges menciona acerca de él la siguiente anécdota: «En 1638, el embajador de Inglaterra les encargó (á los Beaubrun) con rica recompensa y soberbio festin, el retrato de la serenísima reina Ana de Austria, que estaba entónces en cinta de seis meses del augusto Delfin que hoy es nuestro monarca. El embajador quiso que copiaran á la



reina con las señales de embarazo.» Confesamos ingenuamente no haber notado este detalle en el retrato aludido. Pero el párrafo merece por curiosidad citarse.

La *Alegoria*, de Sebastian Bourdon, es un cuadro importante, en el que están personificadas la Prudencia, la Justicia, la Fortuna y la Caridad. Debe haber servido de techo; pero en vano hemos buscado su indicación y su procedencia en la vida de Bourdon, escrita por Guillet de Saint-Georges. Las figuras de la Caridad y la Prudencia, en primer término, están dibujadas con levantado estilo, que no es frecuente en Bourdon y con un colorido sumamente agradable.

Con Coypel, padre, llegamos al siglo XVIII. El cuadro *Susana y los viejos*, aunque de toque y color rojos, es obra de hábil mano, demasiado hábil quizás, puesto que reemplaza con los recursos del arte la sencillez de la inspiración. Es, no obstante, su obra magistral. La *Visita de Santa Isabel* es un hermoso cuadro de Jouvenet; pero no merece detallarse.

Nuestro Museo posee un cuadro de Antonio Renato Houasse y seis de Miguel Angel Houasse. Antes de hablar de estas producciones, lo cual no será extenso, es interesante dar á conocer el parentesco que unió á ambos artistas. La filiación de estos pintores no está muy clara y aún no se ha descubierto por completo. Sábese acerca de ellos lo siguiente: Antonio Renato Houasse era discípulo de Lebrun; nació en 1645, murió en 1710 y trabajó para el palacio de Versalles, donde pueden verse aún seis techos suyos. Acompañó y siguió á España á Felipe V, y no tuvo en nuestro país larga residencia, puesto que los registros de la Academia de Pintura de Paris le inscriben como rector de ella el 2 de Julio de 1701. Sólo hay suyo en el Museo un *Retrato de mujer* que no tiene gran valor artístico.

¿Quién era Miguel Angel Houasse, que nació en 1680 y murió en 1730? El Catálogo nuestro, que no es una autoridad en la materia, y Dussieux (*Artistes français à l'étranger*), que sí lo es, le suponen hijo de Antonio Renato, mientras que el registro de la Escuela de Bellas Artes de Paris le hace sobrino. Podemos elegir entre ambos parentescos, por más que nos parece preferible dar crédito á los registros oficiales. Pero en



este punto se complica la cuestion. En los mismos registros se indica un tercer Houasse, llamado Francisco, que nació en 1680 y obtuvo un segundo premio en 1695. (*Pastores presentando á Jacob, Raquel hija de Laban*), y luégo fué nombrado académico el 24 de Setiembre de 1707, muriendo en Arpajon en 1730. No es imposible que Antonio Renato tuviese dos sobrinos pintores; pero comparando las fechas del nacimiento y muerte, que son las mismas para ambos; reflexionando, sobre todo, en que es difícil que este Francisco Houasse obtuviera un segundo premio á los quince años (1680-1695), ¿puede suponerse que hay confusion del mismo personaje, Miguel Angel Houasse, que fué nombrado académico en 1707, tres años ántes de ocupar el puesto que por muerte de su tío quedaba vacante cerca del rey de España? Faltan datos para dilucidar esta cuestion y basta con comparar los que existen. En cuanto á los lienzos de Miguel Angel Houasse *Sacrificio en honor de Baco* y su pareja *Una Bacanal y la Sacra Familia*, son de toque claro, fácil y expeditivo; un boceto que representa el *Palacio del Escorial* es tambien en extremo interesante.

Juan Ranc, de Montpellier (1674-1735), fué tambien uno de los pintores que llamó á nuestra nacion Felipe V. El *Mercurio de Francia* da acerca de él los siguientes datos: «Setiembre de 1722. M. Ranc de Montpellier, que tuvo el honor de retratar al señor duque de Orleans y al señor duque de Chartres, sale con direccion á Madrid para hacer los retratos del rey de España con diez mil libras de sueldo. Los gastos de viaje y los cuadros se pagarán aparte.»

En efecto, de los diez retratos, obra suya, que poseemos, hay cuatro de Felipe V y tres de su segunda mujer Isabel de Farnesio.

El *Retrato de Felipe V á caballo* es el más importante. En él da Ranc pruebas de una habilidad incontestable, habilidad que es más práctica que artística: resalta más aún este defecto despues de haber visto los maravillosos retratos de Velazquez. A la muerte de Ranc, Felipe V pidió á Rigaud otro pintor que le reemplazara, quedando elegido Luis Miguel Vanloo, que vino á Madrid en 1736, permaneciendo entre nosotros hasta la muerte de Felipe V. En 1751 fué director de la Academia de



San Fernando, á cuya fundacion contribuyó poderosamente. Hay en el Museo cinco lienzos suyos: *Retrato de niño*, *Retrato del infante D. Felipe*, *Retrato de Fernando VI*, *Retrato de Cárlos III*, y una inmensa composicion, tan bella como importante, que representa á Felipe V y su segunda mujer Isabel de Farnesio, rodeados de toda su familia. Existe, segun creemos, el boceto de este cuadro en el Museo de Versalles. En medio están Felipe V é Isabel de Farnesio, su segunda esposa, sentados; el rey lleva el cordon de la Órden del Espiritu-Santo y se apoya en un baston; la reina, vestida con el manto real, tiene el brazo izquierdo apoyado en un cojin puesto sobre una mesa, en la que se ven dos coronas. A la derecha don Cárlos, infante de España, rey de Nápoles, con las órdenes del Espiritu-Santo y Toison de Oro; vése en pié, apoyándose en el respaldo de una silla en que están la corona, la mano de la Justicia y el manto real de Nápoles; ante él su esposa, María Amelia de Sajonia, en traje blanco, sentada en un sillón; la niña María Isabel, princesa de Nápoles, sentada sobre un cojin rojo á los piés de su madre y jugando con un perro. En el fondo D. Felipe, infante de España, con la Órden del Espiritu-Santo, de pié, apoyado en el respaldo del sillón de su madre la reina de España; ante él, su mujer, Luisa Isabel de Francia, sentada; detras de ésta, Luis Antonio Santiago, infante de España, cardenal y arzobispo de Sevilla, á quien erróneamente colgó el pintor el cordon del Espiritu-Santo. A la izquierda, Fernando, príncipe de Astúrias, hijo primogénito de Felipe V y heredero del trono, de pié ante su padre. Detras de él María Teresa Antonia Rafaela, infanta de España, delfina de Francia, sentada, con manto azul forrado de armiño. A su lado María Magdalena Josefa Teresa, infanta de Portugal, mujer del príncipe de Astúrias. Y por último, María Antonia Fernanda, infanta de España, hija menor de Felipe V, está en el fondo, de pié y apoyada en el respaldo del sillón de su padre. La firma á la izquierda, *L. Michel Vanloo*, 1747. Los personajes son de tamaño natural, y están agrupados con bastante arte en un vestíbulo de columnas, destacando parte del cuerpo de algunos sobre un fondo de cielo y otros sobre tapices de terciopelo rojo, cuyos pliegues caen á



lo largo de las columnas. El color de esta composición es claro, vivo, agradable y el mérito grande, pues entre todos aquellos trajes de colores tan opuestos y varios, no hay mal gusto, y el toque es seguro, así como correcto y cuidado el dibujo. Las posturas son naturales, y los personajes tienen gran carácter de nobleza y dignidad. El único defecto que tiene es en el color, al que falta irradiación.

Aunque la celebridad de Watteau se debe á su *Embarque para Citerea*, del Louvre, tenemos, no obstante, en el Museo dos lienzos de este pintor: *Una fiesta campestre* y *Una fuente del parque de Saint-Cloud*. *Una fiesta campestre* es el cuadro que se conoce más por el nombre de *La desposada de aldea*, del cual existe un gran grabado de Bochin.

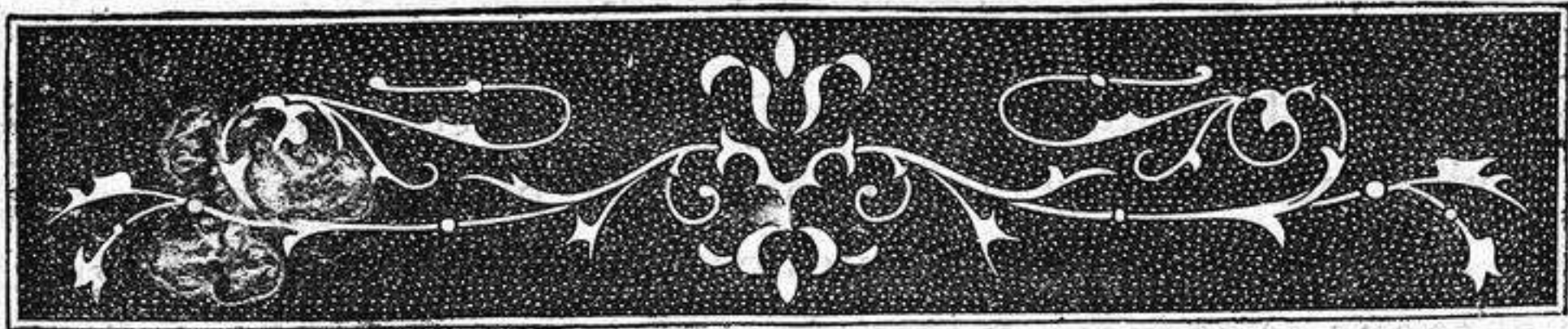
La galería del príncipe de Aremberg, en Brusélas, posee una copia de este cuadro que no debe ser original.

Dos *Paisajes* de Teobaldo Michau, otros dos de Pillement, algunas *Marinas* de su maestro José Vernet, bastante medianas, y una *Cabeza de vieja*, que no creemos de Greuze, como cree el Catálogo, son, por último, cuanto Madrid cuenta en el Museo en punto á obras de la escuela francesa.

EDUARDO LOPEZ BAGO.







## DOÑA LUZ.

### I.

#### EL MARQUÉS Y SU ADMINISTRADOR.

**N**o todas las historias que yo refiero han de ocurrir en Villabermeja. Hoy he de contar una muy interesante ocurrida, pocos años há, en otro lugar cercano, que llamaremos Villafría, reservando para mayores cosas su verdadero nombre. Por lo demas, entre Villabermeja y Villafría no se da diferencia muy notable; pues si bien Villabermeja posee un santo patrono más milagroso, Villafría goza de término más rico, de más población, de mejores casas, y de más pudientes hacendados.

Entre estos descollaba el Sr. D. Acisclo, así llamado desde que cumplió cuarenta y cinco años, y que sucesivamente había sido ántes, hasta la edad de veintiocho á treinta, Aciscillo y tio Acisclo despues. El don vino y se antepuso, por último, al Acisclo, en virtud del tono y de la importancia que aquel señor acertó á darse con los muchos dineros que honrada y laboriosamente había sabido adquirir.

Su buena fama trascendía por toda la provincia. No le es-



timaban sólo como á persona que tiene el riñon bien cubierto, y que no se dejaría ahorcar por dos ó tres milloncejos de reales, sino que era preconizado como sujeto muy cabal, formalísimo en sus tratos y seguro hasta la pared de enfrente, y como tan recto, devoto de María Santísima y temeroso de Dios, que casi, casi estaba en olor de santidad, á pesar de las malas lenguas, que no faltan nunca.

Lo cierto es que D. Acisclo había sabido conciliar su medro con la probidad y la justicia. Había sido administrador del marqués de Villafría, durante veinte años lo ménos, y se había compuesto de manera que todos los bienes del marquesado habían ido poco á poco pasando de las manos de su señoría á sus manos más ágiles y guardosas.

Este pase ó dislocacion se había realizado natural y legítimamente. D. Acisclo no tenía culpa ninguna de que el marqués hubiese sido despilfarrado y perdulario; y más que por culpa podía y debía contarse por mérito que él fuese ingenioso, ahorrativo y aprovechadísimo.

Siempre se condujo con la mayor lealtad en la administracion. El marqués de Villafría habitaba en Madrid, donde gastaba mucho. Tenía necesidad de dinero. Enviaba á pedir. No había. Y entónces se apelaba á varios recursos, de algunos de los cuales hablaré aquí en breves palabras.

Mandaba el marqués, que, para reunirle dos mil duros, se vendiese vino, aunque fuese malbaratándole: dando, por ejemplo, el fino y potable como de quema.

Don Acisclo era muy estrecho y escrupuloso de conciencia, y se ponía á buscar con afan á álguien que se llevase el vino por su justo valor; pero no le hallaba. Nadie daba por cada arroba sino seis ó siete reales ménos de lo que valía. Entónces D. Acisclo se sacrificaba; allegaba el dinero, se le enviaba al marqués, y tomaba el vino para sí por una peseta ménos en cada arroba. De esta suerte ganaba él, haciendo ganar al marqués tres reales en arroba por la parte más corta. Luégo echaba D. Acisclo en madera el mencionado vino, y al cabo de un año le ponía tan exquisito, que vendía cada arroba por siete ú ocho pesetas más de lo que le había costado.

En otras ocasiones pedía el marqués, corriendo, mil du-



ritos para salir de un apuro. «Tómalos de un comerciante de Málaga, escribía á D. Acisclo, prometiendo pagarlos en aceite dentro de dos meses, que será la cosecha.»

Don Acisclo buscaba al punto en Málaga comerciante que se allanase á dar el dinero, y resultaba que nadie quería darle sino cobrándose en aceite, dos meses ó poco más despues, y tomando la arroba de dicho líquido á dos reales ménos del precio corriente. Esta era una usura monstruosa; era una usura de más de 30 por 100 al año. Don Acisclo se affigía, ponía el grito en el cielo, caía enfermo por la pesadumbre que le daban los apuros del marqués, y al fin reincidía en sacrificarse, tomando él mismo el líquido por un real ménos de su precio corriente, y aprontando el dinero, del cual no venía á sacar sino á razon de 20 por 100 al año. Así hacía ganar al marqués otro 10 por 100.

Con el trigo sucedía lo propio. El marqués mandaba que le vendiesen el trigo dos ó tres meses ántes de la cosecha. No se hallaba quien le pagase con anticipacion sino con tres reales de descuento por fanega. Entónces D. Acisclo proporcionaba el dinero, y se quedaba con el trigo por dos reales ménos, pero haciendo ganar al marqués un real en fanega.

El marqués gustaba de tener una reata de ocho hermosos mulos, los cuales se hubieran comido una barbaridad de cebada, sin trabajar para el marqués sino cuatro meses á lo más cada año; pero D. Acisclo se servía de los mulos para los acarreos y tráficos, y así se ahorrraba él de pagar mulero y mulos, y hacía que el marqués ahorrase sobre seis meses de piensos.

Las tierras del marqués estaban muy necesitadas de abono. Don Acisclo adquirió para sí no pocas ovejas y cabras, las cuales, á trueque de algunas hierbas inútiles y tal vez nocivas y de algunos retoños bajos y viciosos, abonaban bien los mejores olivares del marqués.

Necesitaba el marqués más dinero; era menester tomarle prestado; no había quien le diese á ménos del 15 por 100. Don Acisclo hallaba á un pariente ó á un amigo suyo que le daba al 12. Así hacía ganar al marqués un 3 por 100 anual sobre la cantidad recibida.

En resolucion, y por el estilo mencionado, rindiendo



cuentas exactísimas, y demostrando matemáticamente que hacía ganar al marqués tres ó cuatro mil duros al año con administrar tan fiel y celosamente sus bienes, D. Acisclo vino á quedarse con casi todos ellos.

Su señoría, sitiado por hambre, tuvo entónces que abandonar la córte, y se retiró á hacer penitencia en Villafría, donde murió, al año de estar, de unas calenturas malignas, que infundieron en su sangre la falta de metales y la sobra de bÍlis.

Todo el caudal del marqués, á su muerte, podría producir, á lo sumo, 16.000 rs. al año.

Estoy tan escamado con los críticos profundos que no atino á resolver y declarar si el marqués era tonto ó discreto. En Madrid había sido el marqués el encanto de la sociedad, y había pasado por la discrecion en persona. Y, sin embargo, el marqués se había quedado pobre. Tal vez consista esto en que haya dos géneros de tontería: la tontería de accion y la tontería de palabra, las cuales están en razon inversa en cada sér humano. El que no dice tonterías las hace: el que no las hace las dice. Cuando alguien hace y dice siempre tonterías, ya es tonto de capirote y goza de tontería absoluta, total, una y toda, como se expresarían los filósofos.

Por dicha no es esto lo comun: lo comun es ser tonto á medias. Cuando alguien gasta en palabras su discrecion, enamora á las gentes y hace las delicias de las tertulias; pero, consumida toda su discrecion en objetos de lujo, sólo tontería le queda para los negocios que debieran importarle. Y, por el contrario, todos ó casi todos los que consumen su discrecion en hacer su negocio, son insufribles de tontos ó de zafios hasta que le hacen, si bien, luégo que le han hecho, vuelven á brillar con su discrecion en los discursos y conversaciones, ó bien porque ya no tienen que emplearla en lo útil y la derivan hácia lo agradable, ó bien por el prestigio seductor de que los circundan su éxito y su buena fortuna.

Así me explico yo que el marqués, que buen poso haya, pasase siempre por discreto en la córte, y en su lugar por incapaz de sacramento.

Razon tenían en su lugar, dirá quien me lea. Si el marqués



no hubiera sido tonto, hubiera conocido que D. Acisclo le saqueaba y hubiera mudado de administrador. A esto importa contestar lo que el marqués contestaba, pues no faltó nunca quien le hiciese dichas reflexiones. Yo no trato aquí de sostener que el marqués tenía razón: me limito á repetir lo que él decía. Decía, pues, que en veinte leguas á la redonda, tomando á Villafría por centro del círculo ó redondel, no había más honrado y virtuoso varon que su administrador: que el ahorro de 4.000 duros al año que D. Acisclo se jactaba de haberle hecho era de la más rigorosa exactitud; y que por consiguiente todavía le salía deudor, en los veinte años que había administrado sus bienes, de algo más de 80.000 duros. Otro administrador cualquiera hubiera acabado con el marqués en diez años. El marqués, por lo tanto, creía deber á D. Acisclo diez años de buena y alegre vida. Otro administrador cualquiera no hubiera hecho los adelantos por la mitad ménos, y se hubiera enriquecido más pronto, y no hubiera arruinado á su señor con tantos miramientos, con tanta suavidad y pausa, y con tan severa conciencia. El propio D. Acisclo creía, allá en el fondo de su alma, aunque rara vez se jactaba de ello por su extremada modestia, que había sido para con el marqués un dechado de fieles servidores. Así es que, en el año que vivió el marqués en Villafría, ya arruinado, D. Acisclo le sermoneó bien sobre su despilfarro é imprevision, y el marqués le oyó siempre con respeto y hasta compungido á veces.

Con estos sermones y consejos póstumos, con una amistad llena de veneracion, que D. Acisclo mostró siempre al marqués, más aún cuando pobre que cuando rico, y con los cuidados con que le atendió en los últimos dias de su vida, sin que ni remotamente entrase en todo ello la menor idea de desagravio, pues pensaba haberle favorecido y no ofendido, D. Acisclo se elevó á considerable altura moral é intelectual en el ánimo del marqués, quien al morir le dejó confiada la joya más hermosa que aún poseía en este mundo.

Era esta joya una niña que acababa de cumplir quince años cuando murió el marqués. Había sido educada por un aya inglesa que había sido menester despedir por falta de dinero



antes de venir á Villafría; pero ya la niña hablaba inglés y frances con perfeccion y estaba muy instruida.

En el lugar había acertado á hacerse querer de todas las gentes, en especial de los pobres, aunque ella tambien lo era y poco podía favorecerlos.

Huérfana de madre desde que tenía dos años, había quedado sola en el mundo al morir el marqués. Éste, que jamás había sido casado, había tenido aquella hija en una mujer oscura, pero le había dado su nombre y la había legitimado.

Don Acisclo, muerto el marqués, tuvo grande empeño en adelantar el dinero para la transmision del título á la señorita; pero ésta lo supo, y se opuso del modo más resuelto. Aunque de tan corta edad, pensó y dijo con discrecion que hasta era ridículo ser marquesa con tan poco dinero como tenía. Don Acisclo insistió en sacar el título, pero la niña se opuso cada vez con más ahinco. Quedóse, pues, sin título. Todos en el lugar dejaron de llamarla la marquesita, como la llamaban en vida de su padre, y la llamaron doña Luz, que era su nombre de pila.

Doña Luz, como buena hija, lamentó y lloró mucho la muerte del marqués; pero su humilde y cristiana resignacion era grande.

Con el tiempo quedó doña Luz tranquila y consolada. Vivía en casa de D. Acisclo. Conocía su triste situacion, y no se atormentaba por ello. Se diría que había olvidado á Madrid. Estaba conforme en pasar en Villafría la vida entera.

## II.

### ANTECEDENTES Y PORMENORES INDISPENSABLES AUNQUE ENOJOSOS.

Desde la muerte del marqués habían transcurrido doce años.

Doña Luz tenía veintisiete y estaba hermosísima: mucho mejor que de quince.

Su buen natural, rectamente encaminado en su niñez y en su adolescencia por las lecciones del aya, no la había aban-



donado nunca. Doña Luz, sin sibaritismo, con la severidad de quien cumple un deber, había cuidado, y seguía cuidando en el lugar, de su alma y de su cuerpo.

Con el mismo esmero con que procuraba no manchar su inteligencia ni su voluntad con ideas ó con afectos indignos, atendía á la material limpieza y al honesto adorno de su persona. Doña Luz era en todo la pulcritud personificada.

Tal vez por instinto, sin darse cuenta de ello, ó al ménos no dejándolo sentir ni recelar, se miraba y se complacía más en este que podemos llamar aseo moral y corpóreo, por lo mismo que se veía circundada de gente algo ruda y no muy limpia ni de cuerpo ni de alma, y como si tuviese el temor de contaminarse.

Era tan circunspecta, que jamás dejaba traslucir este temor; y tan hábil sin arte, que nadie la acusaba de desdeñosa. Aunque no se bajaba al nivel de nadie, por una dulce, franca y generosa simpatía, procuraba elevar á las gentes á su nivel. Así había logrado infundir respeto y no odio; y las señoras y señoritas del lugar, en vez de tomarla por blanco de sus sátiras, solían tomarla por modelo, con lo cual los usos, costumbres y trato social se habían mejorado bastante.

Los mozos eran más reverentes con las mujeres, y algunas de éstas imitaban ya á doña Luz, no sin maña, en modales y compostura y hasta en el primor y atildamiento con que ella tenía los muebles y alhajas de su tocador, salita y alcoba.

En el momento en que nos ponemos ahora con la imaginación, doña Luz era un sol que estaba en el zenit. Gallarda y esbelta, tenía toda la amplitud, robustez y majestad, que son compatibles con la elegancia de formas de una doncella llena de distinción aristocrática. La salud brillaba en sus frescas y sonrosadas mejillas; la calma, en su cándida y tersa frente, coronada de rubios rizos; la serenidad del espíritu, en sus ojos azules, donde cierto fulgor apacible de caridad y de sentimientos piadosos suavizaba el ingénito orgullo.

Madrugadora, activa, acostumbrada á dar largos paseos, y á estar en casa empleada en algo útil, la ligereza y el brío de su cuerpo corrían parejas con su beldad y con su gracia. Cuando quería, bailaba como una sílfide; en el andar airoso,



semejaba á la divina cazadora de Delos, y montaba á caballo como la reina de las amazonas.

No se negaba á asistir á los bailes, tertulias y otras fiestas que en el lugar se daban. Había ido á las ferias de los lugares cercanos y á algunas romerías, y no esquivaba la conversacion de las gentes, aunque con tan juicioso y bien templado decoro, que atinaba á desechar la familiaridad excesiva, sin ofender al vidrioso y sin alentar al audaz y confiado.

Esto, en vez de perjudicarle, aumentaba y extendía su buen crédito.

Cuando doña Luz iba por la calle con Juana, su anciana criada, ó cuando iba á la iglesia, grave, silenciosa, vestida toda de negro, con basquiña y mantilla, decían algunos mozos estudiantes, que había en el lugar, y que entendían más hondamente que los demas de estética y de otras doctrinas de amor y poesía, que doña Luz parecía una garza real, una emperatriz, una heroína de leyendas y de cuentos fantásticos; algo de peregrino y de fuera de lo que se usa; el hada Parabanú; la más egregia de las huríes.

A pesar del respeto, algunos no acertaban á contenerse. Este decía:—¡Viva el salero!—Aquel:—¡Alabado sea Dios que tan hermosa la ha criado!—Otro:—Ahí va la gloria vivita!—y así por el estilo. En ocasiones, por último, no faltó quien se propasase á tender la pañosa á modo de alfombra ó á tirar el sombrero calañés á sus plantas para que ella le hollara y pisoteara.

Pero, ¡caso estupendo! en medio de todo este entusiasmo, doña Luz no tenía ni había tenido novio: no hablaba ni había hablado con nadie por la reja. Lo que sí había tenido era multitud de pretendientes, sin que ella hubiese dado esperanzas á ninguno. Los jóvenes más ricos de algunas leguas en contorno la consideraban ya como inexpugnable fortaleza. La esperanza, con todo, no se pierde jamás. Los hombres, en esto de conquistas amorosas, nos las prometemos, á menudo, felices. Así es que, si los del lugar estaban ya sosegados y desengañados, no faltaban aún forasteros, con tal de que fuesen sujetos de cierto fuste, que se alborotasen al ver á doña Luz, y propusiesen, allá en sus adentros, conseguir lo



que otros no habían conseguido; pero pronto también se desengañaban.

Con esta adoración resuelta, con este prurito de ser correspondidos, se habían hallado muchos, ó simultánea ó sucesivamente. Ninguno había llegado á explicaciones. Doña Luz se supo componer de suerte que no se había visto nunca en la dura necesidad de dar formales calabazas, ni de excitar el resentimiento que esto trae consigo. Era difícil hablar á solas con ella. Era difícil hacer llegar á sus manos carta ó billete amoroso. Y si bien, merced á algunas viejas audaces, que donde quiera las hay de sobra, doña Luz había recibido papelitos en prosa y hasta en verso, constantemente los había devuelto sin abrir. En vista de estos y de otros desdenes, todos los enamorados desistían al fin de sus propósitos, sin motivo y hasta sin pretexto de queja.

Y no podía haberla, porque doña Luz callaba toda razón ofensiva. No se sentía inclinada al matrimonio. No amaba. Nadie manda en su corazón. Tales eran sus razones.

Alguien podría sospechar pero no probar su invencible repugnancia á todo lo vulgar y plebeyo, y el horror que de ella se apoderaba á la sola idea de poder un día tener un hijo que llevase su ilustre apellido en pos de otro apellido oscuro y rústico de algún ricacho villano.

En suma, doña Luz, si no tenía esperanzas de casarse á su gusto, tampoco tenía ó dejaba traslucir el menor deseo. Todo era en ella frialdad tranquila y contentamiento suave. En balde, el peor pensado de los hombres se atrevería á buscar en sus actos, en sus palabras, en sus ademanes y gesto, la más leve señal de que estuviese despechada.

Doña Luz no lo estaba en realidad. Había tomado enérgicamente su partido y había trazado de antemano la senda de su vivir. Las frases burlonas de *quedarse para tía* ó *para vestir imágenes* no hacían mella en su firme y acerado corazón, ni podían violentarla ni inclinarla á aceptar marido con el solo fin de no llegar á solterona.

Varias parientas ricas, que tenía doña Luz en Sevilla y en Madrid, la habían invitado á que se fuera á vivir con ellas; pero, ó bien porque así fuese en verdad, ó porque doña Luz



lo sospechaba, las invitaciones habían sido más que de corazón por cumplimiento. Además, doña Luz se consideraba muy pobre para su clase, y no quería ser gravosa, ni vivir á expensas de otros y en una especie de dependencia próxima á la servidumbre. Había, pues, rehusado todas las invitaciones. Su plan era vivir y morir oscuramente en Villafría.

La misma impureza de su origen, el vicio de su nacimiento, la humilde condicion de su desconocida madre, obraban por reaccion en su ánimo y casi convertían su orgullo en fiereza. Para limpiar aquella mancha original, quería ser doña Luz mucho más limpia y mucho más pura.

No quería pordiosear ni deber nada á nadie.

Conservaba sin vender su casa solariega del lugar con sus antiguos muebles y dos criados. Si no vivía en ella, pensaba vivir más tarde, ó bien porque D. Acisclo podría faltar, ó bien porque ya, entrada ella en años, nadie podría extrañar que viviese sola.

Entre tanto vivía doña Luz en el caseron de D. Acisclo, donde tenía holgada é independiente habitacion, y donde había traído, para adornarla, sus más bonitos y preciosos muebles y sus libros mejores.

En pago de esta hospitalidad, hacía aceptar á D. Acisclo, por más que éste se había resistido, más de la mitad de sus rentas, ó sea 8.000 reales al año. Con lo restante, como era económica y arreglada, tenía lo suficiente para vestirse, comprar algunos libros nuevos y hacer limosnas.

El único lujo, el único regalo de doña Luz, era un magnífico caballo negro, en el cual solía ella salir á paseo con don Acisclo ó con un criado llamado Tomas, que había envejecido en el servicio de su padre.

Don Acisclo estaba viudo hacía muchísimo tiempo. Tenía dos hijos y tres hijas, todos casados y con casa aparte, de modo que, en la soledad anchurosa de aquel inmenso caseron, doña Luz y D. Acisclo se daban mutua compañía.

Rayaba ya D. Acisclo en los setenta años; pero estaba recio y bien de salud. Iba derecho como un huso; era hombre ágil y enjuto de carnes; y, si no sabía más que leer y escribir medianamente y las cuatro reglas, y si jamás había leído un libro,



tenía gran despejo natural, aunque burdo. Jamás había turbado su conciencia con sutilezas morales. Así es que no le remordía, como hemos dicho, de haber contribuido á la ruina del marqués. Si se había aprovechado de ella, mejor le parecía que hubiese sido él que no otro. Mucho le hubiera dolido ver en manos extrañas el caudal de su amo. Poseíale, por lo tanto, de buena fe, con justo título, y hasta con y por cierto sentimiento de veneracion á la memoria del difunto ilustre poseedor.

Esta veneracion se extendía, ó mejor dicho, se extremaba y llegaba á su colmo, sin afectacion ni servilismo, cuando se trataba de la señorita doña Luz, en quien, fascinado el viejo, creía descubrir á un sér cuyos arcanos pensamientos, móviles y resortes de accion, apénas entreveía; á una criatura rara é inusitada, de otra casta muy diferente de la suya, y con la cual, sin embargo, comía de diario y tenía la honra de compartir la vivienda.

### III.

DE OTRAS MENUDENCIAS QUE LA ESCRUPULOSIDAD DEL NARRADOR  
NO PERMITE QUE PASEN EN SILENCIO.

Constaba esta vivienda, como la de muchos otros ricos hacendados de Andalucía, de dos casas contiguas, en comunicacion: la de los amos y la que se llama siempre casa de campo, aunque esté en el centro de la poblacion.

La casa de los amos no tenía más habitantes que D. Acisclo en un extremo y doña Luz en otro, con su vieja criada Juana, que dormía en un cuarto al lado del de su señora.

Había un gran comedor, otro comedor pequeño para diario y varios salones de respeto, que no se abrían sino en las ocasiones solemnes, y donde, entre otras preciosidades, D. Acisclo, sus hijos, hijas, yernos y nueras, todos resplandecían retratados al óleo, de tamaño más que natural, y casi de cuerpo entero, por un pintor ambulante que acertó á pasar por Villafría, y que llevó una onza de oro por cada retrato. Verdad es que D. Acisclo le agasajó y trató á cuerpo



de rey, sentándole á su mesa todo el tiempo que tardó en pintarlos, lo cual fué obra de cinco meses, y luégo, al partir, le hizo presente de mil chucherías, como, por ejemplo, de un pipotillo con aguardiente de doble anís, de orejones secos y de alfajores y piñonate. Los retratos lo merecían por lo parecidos. No les faltaba más que hablar. Las blondas, que figuraban en los de las damas, estaban algo confusas al principio; pero, cediendo á las quejas de las damas susodichas, el pintor lo arregló con ingenioso artificio. Untó en albayalde un pedazo de tul, le aplicó al sitio del cuadro, ya seco, donde la blonda estaba representada, y resultó un efecto maravilloso, porque hasta los agujeritos de la blonda se veían y áun podían contarse.

Todo esto era en el piso principal, donde había dos chimeneas, que allí llaman francesas, y que no se encendieron sino cuando vino el obispo, en pleno invierno, y por poco se ahoga S. S. I. con el humo que se armó. Pero en cambio había una magnífica cocina de señores, con chimenea de campana, de muchísimo tiro, donde ardía siempre, durante la estación fría, abundante leña de olivo y de encina y rica pasta de orujo; donde rara vez se guisaba, y donde los señores se calentaban muy á su sabor. En esta cocina adornaban las paredes varias jaulas de perdices, puestas sobre repisas, escopetas y otras armas, y algunas cabezas de ciervos, lobos, zorros, tejones y garduñas, muertos por D. Acisclo.

En el piso bajo había casi tanta habitacion como en el principal; y, si se contaba con el patio con toldo, había más. Allí se vivía durante el verano. En toda estación estaba allí el despacho de D. Acisclo, donde este activo labrador y ganadero trataba con chalanes, corredores, rabadanes, aperedores, capataces y caseros: entendiéndose por caseros, no el terror de los inquilinos morosos, como en Madrid, sino los que cuidan y guardan las caserías ó viviendas de cada finca rústica.

En el piso bajo, en la sala de más aparato y autoridad, que se llamaba la cuadra, porque era cuadrada, había tambien algo que daba lustre á aquella casa. Es de saber que en no pocos pueblos de Andalucía hay multitud de imágenes ben-



ditas, que se sacan en procesion en las grandes festividades, y singularmente en Semana Santa. El número de estas imágenes suele hacer que no quepan bien en los templos, por lo cual muchas están depositadas en casas particulares hasta el único día del año en que han de salir en procesion. Don Acisclo tenía en la cuadra baja una de estas imágenes, de cuya cofradía era hermano mayor; pero no era una imagen de tres al cuarto, sino la más complicada que se conocía y la de mayor empeño y coste, ya que en realidad no rezaba con ella aquel decir proverbial de:

Santirulitos bonitos, baratos,  
Ni comen, ni beben, ni gastan zapatos.

Aquella imagen ó representacion comía y bebía, ó mejor dicho, cenaba: era nada ménos que la *Cena*. Cristo y los doce Apóstoles de bulto estaban sentados á la mesa; Cristo echaba la bendicion, San Juan se dormía sobre el hombro de su Divino Maestro, y el feísimo y traicionero Júdas, con enmarañado pelo rojo, metía la mano en el plato del centro, porque es sabido que no tenía pizca de educacion.

El Juéves Santo salía en procesion la Cena, y el Miércoles Santo por la noche estaba expuesta en la cuadra á la veneracion de los fieles, quienes con tal motivo tenían entrada franca en la casa, lo cual se llamaba y se llama aún *visitar las insignias*, y apenas quedaba en el lugar quien no las visitase en la víspera de la respectiva procesion. Y esto sin contar con los forasteros.

La mesa en que Cristo y los Apóstoles estaban sentados, era bastante capaz, y, en tan solemnes días, se cubría con preciosos manteles alemaniscos y se adornaba con mil lindezas, flores, viandas, dulces y frutas. Aunque no había en la mesa *de cuanto Dios crió*, como afirmaba la gente del pueblo con encarecimiento desmedido, era innegable que había objetos raros y costosos: uvas de corazon de cabrito como acabadas de coger y que por milagro se habían conservado, claveles y tempranas rosas de olor en grandes piñas, ramos de violetas y camelias, etc., etc. Las paredes de la sala donde estaba la Cena se tapizaban de damasco carmesí; sobre el damasco se colgaban



lindas y antiguas cornucopias con muchas velas de cera ardiendo, y tambien en la sala había verdes plantas, y canarios en jaulas, y una enorme cruz negra de madera, con adornos y remates de plata fina, asida á la pared por fuertes alcayatas. Era la cruz que D. Acisclo, cuando mozo, había llevado al hombro en las procesiones durante muchos años, porque había sido y era aún *hermano de cruz*, aunque jubilado, y aún se vestía de *nazareno*, para ir en la procesion como hermano mayor delante de la Cena, con una túnica de rica seda morada que había costado un dineral; pero entónces no llevaba la cruz, sino una pértiga reluciente, signo de autoridad y mando. Su hijo primogénito iba delante con el estandarte de la cofradía.

El gasto de la fiesta era grande, porque D. Acisclo costeaba toda la cera que llevaban ardiendo los que con sendas velas seguían su insignia, y en la noche del Juéves Santo, terminada ya la procesion, daba de cenar á todos los cofrades, que eran muchos, agasajándolos y hartándolos con potaje de habas, cornetillas picantes, cazon en ajo de pollo, bacalao con tomates ó en albóndigas, á veces hasta *serafines* fritos, pues, aunque parezca extraño, *serafines* se llaman en aquel país los boquerones, y de postres deliciosos pestiños y vino añejo. Pagaba además con rumbo generoso á los cuarenta ó cincuenta ganapanes que habían llevado en hombros las andas, y en las andas la mesa, con Cristo, Apóstoles y *cuanto Dios crió*; empresa titánica, de la cual no pocos quedaban derrengados y con feroces ampollas, á pesar de las almohadillas.

Aquella noche echaba D. Acisclo el bodegon por la ventana.

La gente menuda fumaba á su costa los mejores *coraceros* que había en el estanco, y el señorío tomaba chocolate con hojaldres, empanadas, hornazos, tortas de varias clases, como por ejemplo, de polvoron y de aceite, y roscos de vino y de huevo.

En cualquiera dia y á cualquiera hora se mostraba en todo que D. Acisclo era espléndido y acaudalado.

El patio de la casa era anchuroso y enlosado de mármol.



En su centro lucía una taza de mármol también, donde caía el agua clara de un copioso y alto surtidor. En torno de la fuente se veían muchas macetas con flores y hierbas olorosas, y alrededor arriates con bojés, que formaban bolas y pirámides, y rosales de enredadera, jazmines y naranjos, que revestían el muro y trepaban por cima de los balcones del piso principal, tejiendo una capa ó manto de flores, frutos y verdura, y embalsamando el ambiente, ya con el olor del azahar, ya con el más leve aroma de jazmines y de mosquetas.

De este patio, así como de un jardín más extenso con honores de huerta, que había á espaldas de la casa, cuidaba doña Luz con esmero. Hasta hacía venir flores y plantas que jamás se habían conocido en Villafría, y solía aclimatarlas.

De nada más cuidaba doña Luz, no por desidia, sino porque, según decía D. Acisclo, se obstinaba en sostener que estaba como de huésped, y no quería meterse en camison de once varas.

Quien lo gobernaba todo, la verdadera directora y ama de llaves, era la Sra. Petra, de edad de cincuenta años muy cumplidos. Ella entendía en el gasto diario, vigilaba la cocina y tenía las llaves de la despensa, de la repostería, de la candelera, de las cuatro bodegas de vino, aceite, aguardiente y vinagre, y de los desvanes ó graneros, donde siempre había trigo, cebada, arvejones, yeros, matalahuga y otras semillas.

A las inmediatas órdenes de la Sra. Petra había cuatro criadas: dos, zagalonas aún, duras en el trabajo, de apretadas carnes y músculos de acero, las cuales eran de las que llaman por allá *de cuerpo de casa*, esto es, que servían para fregar, aljofifar, enjalbegar y tenerlo todo *saltandito* de limpio; otra, ya más granada, aunque moza también, que cosía, zurcía y planchaba la ropa, y otra que guisaba los más castizos y sabrosos guisotes de la tierra, y que sabía hacer almíbares, cuajados, pastelillos, arrope y gachas de mosto.

Toda esta tropa femenina habitaba y dormía en el piso principal de la casa de campo, donde también tenían habitación el aperador, su mujer y sus cuatro chiquillos; pero éstos, tan



apartados, que no se veían ni se entendían sino cuando el amo llamaba.

Había, por último, un mozo que dormía junto á la caballeriza y cuidaba de ella, de los patios y corrales.

Tal era la servidumbre doméstica, por decirlo así. Pero ya se entiende que los jornaleros, el mulero, los caseros, los viñadores, los pisadores, los del molino y la demás gente que se empleaba en las faenas agrícolas, iban y venían y hacía estancia en la casa de campo, donde había anchura sobrada, y alambique, lagar, alfarje y prensas para la aceituna y la uva.

Resultaba, pues, como ya queda apuntado, que en la casa de los amos sólo vivían D. Acisclo, doña Luz y su criada Juana.

Tomás, el antiguo criado del marqués, vivía en la casa solariega con un mozuelo que le ayudaba á cuidarla y á cuidar también el hermoso caballo negro de la señorita.

En la casa había dos mesas: una á la que se sentaban don Acisclo y doña Luz y algun convidado si le había; otra para la *familia* (en los pueblos andaluces se sigue llamando *familia* á los criados), y en dicha mesa se sentaban la Sra. Petra presidiendo, las dos mozas de *cuerpo de casa*, la costurera y planchadora, la cocinera, el mozo de la caballeriza, Tomás y su ayudante, y la Juana, doncella de la señorita doña Luz.

El aperador y los suyos hacían rancho aparte y tenían una cocinilla moruna donde guisaba la aperadora.

Esto no impedía que ella, ó alguno de sus hijos, ó todos, incluso el aperador, aunque no hijo, sino padre, estuviesen convidados con frecuencia á la mesa de la familia, á la cual se sentaban asimismo el mulero y otros cuando estaban en el lugar, y á la cual la Sra. Petra y la Juana se atribuían el derecho, y no se descuidaban en ejercerle, de hacer las invitaciones que se les antojaban.

Tal era la casa en que durante doce años había vivido doña Luz, y tal la gente de que estaba rodeada en Mayo de 1860.

JUAN VALERA.

(Se continuará.)





## ESTUDIOS

### PARA LA HISTORIA DEL MUNICIPIO EN ESPAÑA (1).

---

#### II.

#### INSTITUCIONES Y GOBIERNO DE LOS PUEBLOS ESTABLECIDOS EN LA PENÍNSULA ÁNTES DE LA DOMINACION ROMANA.



etermina el gobierno de Atenas la más gloriosa dilatacion, el más simpático abuso, el desarrollo más excesivo y brillante que las instituciones locales alcanzaron en los tiempos antiguos: cierra dignamente para la vida municipal el período que con sus memorables leyes había iniciado Moisés.

Si por esta circunstancia no mereciera singular atencion la reclamaría seguramente como tipo y modelo de las colonias que los mismos griegos establecieron en todo el litoral del Mediterráneo, desde las riberas más próximas á su patria hasta la costa oriental de nuestra península.

Eran los helenos, por su ilustracion expansiva y por la grandeza misma de sus ciudades, el único pueblo entónces capaz de difundir ó imitar los progresos é instituciones de

---

(1) Véase el núm. 62 de la REVISTA, correspondiente al 30 de Junio del corriente año.



su metrópoli. Los fenicios que les precedieron en España, creando factorías, fundando colonias y propagando sin duda la cultura y la actividad de su raza, ni alcanzaban ya en sus poblaciones el esplendor de otros tiempos, ni habían procurado sostener en su propia casa otra prosperidad que la mercantil. No debe pues suponerse que imprimieran á sus establecimientos de la Península un carácter tan determinado y una organización municipal tan completa como la que pudieran prestarles los griegos á quienes bastaba para conseguir aquel fin imitar la administración de sus ciudades, reduciéndola y amoldándola á las necesidades de una colonia.

Al estudiar los elementos exteriores que ántes de la dominación romana pudieron influir en las poblaciones de España, no basta sin embargo contemplar el desenvolvimiento que las instituciones locales habían alcanzado en el Oriente de Europa, ni calcular la adhesión que á sus costumbres municipales conservaran por entónces los fenicios. Importa singularmente considerar que los helenos, al establecer sus colonias en la Península, instituyeron sin duda un régimen político y administrativo muy parecido al de sus metrópolis, y semejante al que mantenían en Córcega, Regio, Cerdeña, Marsella y otras ciudades ó comarcas por los griegos colonizadas; pero conviene asimismo recordar, sin exageración, como sin desden, que en pos de los griegos y los fenicios vino á España otro pueblo, hijo de éstos últimos, y predestinado á reemplazarles, pueblo que comenzó también por buscar en Gades una estación naval y un mercado, para terminar enseñoreándose de aquellas costas, y poseyendo en nuestra patria poblaciones diversas con un territorio no despreciable.

Mucho ántes de que Cartago extrajera de la Península recursos metálicos y legiones para sostener su lucha con Roma, eran ya los puertos españoles verdaderos emporios del comercio cartaginés y acaso también el teatro en que más vivamente se sostenía la antigua lucha marítima y colonial de fenicios y griegos. Cuando Anníbal desembarcó en tierra de España, los cartagineses, sustituyendo á los hijos de Sidon y de Tiro, ó reforzando la debilidad de aquellos fenicios, ántes sus hermanos y sus maestros, pero á la sazón rivales poco temibles, dis-



putaban con éstos á los griegos, á los celtas, á los iberos, como tal vez á otras razas indígenas, aún ménos conocidas, el dominio del hermosísimo litoral que cierra el Este y el Sur de nuestra España.

¿Importaron entónces los cartagineses instituciones y costumbres municipales que no pudieran conocer y propagar los demas pueblos establecidos en la Península? ¿Traían aquellos colonos fenicios, rejuvenecidos y, al parecer, regenerados en las africanas costas, un tipo, un carácter político más acentuado y más sostenido que el representado en España por los antiguos habitantes de la tierra de Canaam? ¿Consagraban siquiera á la administracion colonial mayor atencion ó elementos distintos que los tirios y los sidonios?

Las pocas noticias que sobre la historia y la organizacion política del pueblo cartaginés nos ha dejado Aristóteles, prueban ya que aquella nacion, á pesar de los elogios con que el ilustre filósofo ha favorecido algunas de sus instituciones, era una oligarquía de negociantes, sacerdotes, militares y funcionarios, harto más distante de la libertad, de la justicia y del orden moral, que las repúblicas oligárgicas de Grecia. Momsen demuestra con su sobriedad y su precision acostumbradas que la ciudad púnica, aún en el apogeo de su prosperidad y de su grandeza, sacrificó fácilmente los principios fundamentales de su organismo político y pospuso la felicidad de la mayoría de sus habitantes al acrecentamiento del Tesoro público y al aumento de los capitales amontonados por contadas familias (1). Con los primeros colonos fenicios debió llegar á las playas tunecinas aquel exagerado mercantilismo, aquel deseo de trabajar y negociar manteniendo la paz á toda costa, aquella carencia de sentido político, aquel inteligente y laborioso egoismo que habían determinado la decadencia y causaron más tarde el reparto de la Fenicia.

No conviene, pues, suponer que los cartagineses, al abordar las costas españolas, poseían la íntima fe, la conviccion arraigada y el genio organizador que involuntariamente propagan las instituciones populares; mas aunque se les

---

(1) *Historia de Roma*. Libro III, cap. I.



otorgaran estos elementos, sin los cuales ningun poder se extiende ni consolida, tampoco habría razon bastante para creer que alcanzaran en la Península resultados á tales medios correspondientes. Buscando lugar y ocasion para el tráfico de sus naves vinieron á España cuando, por convenio amistoso ó con miserable dolo, sustituyeron en Cádiz á sus hermanos los fenicios. En extender su comercio, en explotar sus minas, en aumentar sus mercados y sus puertos se ocuparon despues principalmente, hasta que el talento político y militar de Amilcar y el genio poderoso de Annibal escogieron á nuestra patria para teatro de sus luchas y cuna de sus empresas contra Roma. La ocupacion militar de la Península Ibérica por los hijos de Cartago, apénas duró medio siglo, y si en algun período de este breve plazo abarcó por lo ménos la considerable extension comprendida entre Cádiz y el Ebro, otras veces se limitó á determinados puntos del litoral de Levante con alguna corta region de Andalucía, soportando en uno y otro caso, la inquietud, los azares y la forzosa movilidad á que desde un principio la condenaron griegos, fenicios, iberos y celtas: condiciones en verdad nada favorables ya para fundar, restablecer ó respetar un régimen municipal, ya para deslindar los poderes locales de las colonias y relacionarlos con las instituciones de Cartago, decrépitas entónces ó falseadas.

De la importancia que en nuestro país alcanzaron las fundaciones helénicas, responden por el contrario testimonios tan varios, y en este punto tan fehacientes como los de Estrabon, Polibio, Festo Avieno y Justino. Otro escritor, Herodoto, afirma que los griegos traficaban y colonizaban en España doscientos años ántes de que llegaran á sus playas los romanos, dato que por sí solo permitiría estimar el espacio y el reposo con que fenicios y helenos pudieron aprovechar la flexibilidad característica de sus razas, para propagar aquí las costumbres nacionales é importar algunas de sus populares instituciones. Ejemplos como el de Rhoda y el de la famosa Emporias, que en un solo circuito contenía dos poblaciones, ibera la una y griega la otra, separadas tan sólo por un muro, y conservando á la vez que su independendencia, una alianza bas-



tante duradera para traducirse por tales obras y por tan larga concordia, prueban que los griegos pudieron influir notablemente en la vida pública de las naciones que habitaban esta Península. La acción de aquellos colonos helenos, limitada á puntos aislados, aunque tal vez numerosos, acaso alcanzó por su duración y por la irradiación singular de los grandes progresos, mayor eficacia y más prosélitos que la propaganda de fenicios y cartagineses.

Los estudios contemporáneos y las investigaciones recientes, han convertido además en verdad evidente la antigua y vaga noción, de que no solamente los celtas, iberos y fenicios, sino también las colonias focenses y jónica, así como las egipcias y tal vez las medas y persas (1), entraban en el conjunto de pueblos extendidos por la Península, y concurrían con varia antigüedad y en diversa medida, á destruir, alterar ó mantener los organismos nacionales que aquí funcionaban.

Por desgracia, son contadísimas las aclaraciones que á estos datos pudieran añadirse.

Con los cartagineses, último pueblo que en aquella época llegó á la Península, vinieron sin duda sus intendentes, que en ninguna colonia ni factoría púnica se dejaron nunca esperar, y consta también que en Cartagena y en Cádiz, como sucedió probablemente en otras poblaciones de la costa, funcionaron aquellos jueces ó *gerusiastas de Cartago* (2), que así podían intervenir el poder local, como asesorar y vigilar á los Barcas, sobre todo cuando esta inspección de los generales por cuenta de la metrópoli africana era ya en todo lugar principal misión de tales magistrados.

Basta, por otra parte, la numismática para descubrir, que acuñándose en España tan copiosa variedad de monedas griegas, fenicias, bastulo-fenicias y celtíberas, todas ellas relacio-

---

(1) Véanse los discursos leídos en la Academia de la Historia acerca de las antigüedades encontradas en el cerro de los Santos, y señaladamente el del erudito investigador D. Aureliano Fernandez-Guerra en sus páginas 127, 128 y siguientes. Lea también el curioso los documentos impresos con ocasión de ser recibido en la misma Academia nuestro docto y querido amigo D. Eduardo Saavedra.

(2) *Mommsen*. Tomo III, cap. IV, pág. 237 de la edición española.



nadas, si no sometidas, al sistema monetario, que la república romana empleaba (1) ántes de enviar á la Península sus legiones, gobierno local tuvieron, sin duda, todas las colonias y poblaciones que llegaron á batir moneda, y alcanzaron además prosperidad y reposo, bastantes para armonizar la division y la aleacion de sus piezas de cobre y de plata con las del Estado entónces más poderoso.

Si la historia, y singularmente la epigrafía, no patentizaron con perpetua elocuencia el amor y las raíces que unían con la tierra de España á iberos y celtas, fenicios y griegos; sino publicaran su adhesion y su constancia las concesiones excepcionales que más tarde alcanzaron los españoles de los romanos, y aquella heroica resistencia que por siglos enteros opusieron los pueblos de la Península á los aguerridos ejércitos de Roma, bastarían sin duda las medallas de Rhoda, de Emporias, de Cástulo, de Obulco, de Ebuso, de Malaka y de otros lugares para demostrar el arraigo, la independendencia, la vida consistente y autónoma que disfrutaban en este suelo naciones que, áun despues de aceptar el idioma latino y soportar durante muchos lustros el dominio de Roma, seguían acuñando monedas ibéricas con los peculiares signos de cada raza y de cada soberanía local; signos tan enlazados con la lengua y el sello de Roma, que en una misma pieza se acuñan y caben á la postre el busto de Augusto y el simbólico jinete de los iberos (2).

Fuerzas, costumbres, elementos políticos é instituciones locales importaron, pues, en España fenicios y griegos, como los trajeron sin duda con menor eficacia y por más breve espacio los cartagineses. Organismos independientes, más vigorosos, aunque más primitivos, gobiernos diferentes con medios y caracteres propios, si bien sometidos al tipo general de aquella época, mantenían en las opuestas regiones de la Península los celtas y los iberos, como los celtíberos del centro de España, contando todos estos pueblos, en las múltiples subdivisiones que comenzaban por los cántabros y terminaban con los turdetanos, resortes bastantes para la sencilla vida de sus po-

(1) *Aloiss Heiss. Description generale des monnaies antiques de l'Espagne*, páginas 8, 10 y siguientes.

(2) Monedas celtíberas de Osca, Bilibilis, Segóbriga y otros puntos.



blaciones, como para la marcha y dirección de sus indómitas huestes.

Pero las prácticas y costumbres públicas de estos belicosos pueblos, ¿podían considerarse como instituciones definidas y determinadas, ó formaban aún gobiernos inseguros y circunstanciales, término medio entre el caudillaje y el patriarcado de los ancianos?

¿Conservaron iberos y celtas la organización que mantenían en el centro y el Norte de Europa otros pueblos indo-germánicos; adelantaron como los etruscos y otras gentes de Italia, ó progresaron todavía más, asemejándose á las colonias fenicias y griegas desde que éstas llegaron á la Península?

¿Cuáles eran, en todo caso, los límites de la iniciativa popular y la órbita de sus delegados locales?

La crítica histórica carece aún de los datos necesarios para resolver satisfactoriamente estas dudas; pero rechaza como inverosímiles consejos las costumbres salvajes y las groseras creencias que á los pueblos de la Península atribuyeron Estrabon y Polibio, padeciendo un achaque harto disculpable en quien escribía de tierras lejanas y gentes desconocidas, con medios muy limitados, y queriendo pasar por inducción personal de lo averiguado á lo que se ignora.

Ni pueden compartirse estos errores, hijos de la propensión, á imaginar en gentes remotas maravillas y monstruosidades, ni cabe deslindar y aquilatar las instituciones populares y el gobierno local que en sus poblaciones mantenían iberos y celtas. El nombre de tribus que á estos pueblos aplican varios historiadores modernos, no se compagina ciertamente con la posesión de territorios determinados, con la existencia de capitales y de ciudades numerosas, con la acuñación de monedas, con la división en distritos, provincias ó merindades de la región habitada por una misma raza, con la celebración de Córtes ó Senados á las cuales acudían representantes de toda una comarca, y hasta con las conexiones frecuentísimas que durante siglos enteros hubieron de establecerse entre los pueblos que de mucho ántes dominaban en la Península, y los que después llegaron de Fenicia, de Grecia, de Cartago, y acaso también de Persia y de Egipto.



Otros jefes que sus capitanes, otra organizacion que la de sus incansables y temidas milicias, otras más permanentes instituciones que las de sus asambleas de ancianos y, en resumen, otro estado social y político ménos imperfecto que el de tribus errantes y sólo dedicadas á guerrear, alcanzaron seguramente en nuestra Península las varias naciones que aquí formaron celtas é iberos. Pero ¿qué progreso podía consolidarse, qué adelanto podían transmitir á sus descendientes, qué huella de su relativa civilizacion podían estampar en la historia los que durante siglos enteros vivieron en constante alteracion y en movilidad increíble?

Divididos, sin duda, á poco de establecerse en las distintas comarcas peninsulares, luchaban entre sí los vástagos de un mismo tronco, y con mayor razon habían de sostener perenne discordia los pueblos de origen distinto, si, como algunos pretenden, se hallaban tambien en este caso ciertos antiquísimos habitantes de la Península. Cántabros, astures, ilergetas, edetanos, vaceos, vettones, autrigones, celtíberos, tartesios, oretanos, mastianos y tantos otros, combatiendo quizas por ensanchar ó mantener las respectivas fronteras, llegaron en el extravío de su encono á impetrar la direccion ó el auxilio de los extranjeros; y éstos aprovecharon, como en casos análogos han hecho todos los pueblos, la ocasion inmejorable que tantas divisiones les brindaban, para extender sus dominios y convertir en provincias las colonias marítimas. De tal suerte debieron pasar á guerras de independencia las que fueron en un principio guerras civiles. Lucharon por mantener su autonomía los pueblos que poco ántes peleaban á impulsos de la ambicion.

Combates heroicos, guerras de lustros y décadas, sitios eternamente memorables sostuvieron, aunque con increíbles intermitencias, las naciones de la Península por emanciparse de un yugo que tal vez habían contribuido á formar, y por conservar entre torrentes de sangre libertades de raza y franquicias de localidad que no podemos apreciar todavía. Sólo al traves de la historia por los sublimes esfuerzos que aquellas libertades motivaron y por la consideracion que á los dominadores merecieron, iremos penetrando la importancia



que prestaban á sus derechos y á su independencia los belicosos descendientes de iberos y celtas.

Pero ningun acontecimiento ni peligro alguno bastó en los primeros tiempos para imprimir cohesion á los pueblos peninsulares y aunar ó combinar siquiera sus esfuerzos.

La suerte cruel y gloriosa de Sagunto, la gigantesca empresa de Annibal, en nuestro país preparada, no consiguieron unir ó despertar á los españoles. Divididos continuaron los distintos pueblos de un mismo origen. Siguieron unos hasta el corazon de Italia la estrella brillante de Annibal, miéntras otros muchos eran aquí víctimas de sus talentos. Prolongáronse en la Península rivalidades, excisiones y odios. Disputáronse las alianzas de los dos pueblos que entónces luchaban por preponderar en el mundo. Pugnaban, sin duda, las colonias griegas y algunas de las fenicias por mantener sus limitados territorios junto á los crecientes dominios que en España conquistaba el cartaginés: procuraban todos con destructor egoismo fomentar los rencores y ahondar los recelos de sus vecinos. Alterábanse las costumbres y se modificaban las creencias al choque de influencias tan varias, como acontece generalmente en las épocas de transicion. Nadie lograba sosiego. Contados eran los que debían confiar en conservar por la mañana la insegura libertad y las disputadas propiedades que gozaban al recogerse y muy pocos los que, al traves de aquella confusion pavorosa, podían conocer el derrotero de la conveniencia ó percibir los consejos del patriotismo.

Con este breve recuerdo de aquel período agitado y caótico, con el más ligero resúmen de las condiciones en que necesariamente vivían por entónces los rudos habitantes de la Península, queda, en nuestro sentir, demostrado que pecan de atrevidos y temerarios, ó revelan indisculpable ligereza, los escritores que han querido encontrar en aquella época fundamento bastante para todas las glorias del municipio español ó hallar en ella con carácter local, establecidas y determinadas muchas y muy peculiares instituciones.



A contadas observaciones, que acaso no pasen de tres, deben por el contrario reducirse las ideas generales que respecto de tan oscuro período pueden con verdad y provecho estamparse.

Es la primera, en nuestro concepto, la importación por fenicios y griegos, pero singularmente por estos últimos, del gobierno municipal establecido en su patria, con las variaciones y acomodamientos que á las circunstancias de sus colonias dedicaron en todas partes los helenos.

Refiérese la segunda á las Asambleas, Senados ó Juntas de ancianos que sin duda gobernaron en muchas de las poblaciones esparcidas por el territorio español é independientes de toda colonia; Senados que generalmente extendían su jurisdicción fuera de la localidad en que funcionaban y que nacían de un sufragio directo, casi universal, lo mismo que las autoridades militares, y con el carácter democrático que revestían los gobiernos locales en la mayoría de las naciones que ocupaban entónces la Europa (1).

Como resultado y síntesis de estos dos hechos, conviene también reconocer que nuestros más remotos antecesores mantuvieron su indómita independencia y conservaron heroicamente sus libertades, ántes por la violenta eficacia del hierro, que por la garantía de instituciones armónicas ó previsoras. Los actuales conocimientos históricos no consienten á la verdad que se atribuyan á los gobiernos locales de la antigua España perfección superior ni siquiera semejanza completa con los de las repúblicas municipales de Grecia. Debe creerse, al contrario, que sólo en el litoral de Levante y en la vasta region turdetana, donde el clima y la fecundidad del terreno inclinaban los ánimos al reposo, llegaron las instituciones políticas á cierta

---

(1) Tito Livio, Dion Casio, Appiano y otros escritores, así cuando refieren la elección de Viriato como al mencionar la elevación de otros régulos ó jefes, consignan expresa y únicamente que tales nombramientos se verificaban por sufragio directo y universal de guerreros ó ciudadanos, según los casos. Nosotros, léjos de estimar necesaria la acumulación de citas y demostraciones para confirmar un hecho tan natural, juzgamos que lo contrario sería cabalmente lo que pudiera considerarse notable é inverosímil en aquella época, y lo que demandaría por tanto prueba especial.



madurez relativa; cabe afirmar sin peligro, que las colonias griegas, las poblaciones con ellas relacionadas y los contados centros donde los celtíberos pudieron imitar á sus orientales vecinos, fueron como puntos luminosos colocados en el abigarrado conjunto de aquellas naciones tan perseverantes y valerosas como agitadas y turbulentas; y podemos consignar, en resúmen, que el municipio de los habitantes ó pobladores de la Península, era un organismo más embrionario y ménos determinado que el de los griegos y el de los fenicios; que la vida municipal de los pueblos peninsulares ni por sus adelantos, ni por su uniformidad ofrecía caracteres peculiares y únicos, cuando Publio Cornelio Scipion pisó por primera vez la tierra española.

PIO GULLON.







## LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

### ACORAZADA.

---



**A**GÍTASE entre los militares del día la cuestión de si la infantería ha sacado más partido que la artillería de los progresos que la ciencia moderna ha introducido en las armas de fuego, ó si por el contrario, es la artillería la que arrebatada la palma. Por ambas partes se han hecho adelantos incontestables, así en el alcance como en la precisión de los tiros; mas también es innegable ser hoy más que nunca imposible á la artillería mantenerse fuera de la esfera de acción de las armas portátiles, razón por la cual se ve precisada á buscar con empeño en los campos de batalla un abrigo que defienda su material de las balas del cañon enemigo, y mucho más aún su personal de las balas de los fusiles, enemigos tanto más temibles, cuanto que, invisibles y sin ofrecer blanco suficiente, pueden reducir al silencio insensiblemente la batería mejor servida, dejando los cañones intactos.

Este inconveniente no es hijo de que los actuales proyectiles carezcan de virtud para que los cañones actúen eficazmente contra los tiradores, aún cuando estén arrodillados, en el caso en que éstos ofrezcan línea de extension por pequeña que sea; sino de que es de todo punto imposible defenderse contra tiradores aislados y diestros, á quienes siempre será fácil ocul-



tarse enteramente tras los menores repliegues del terreno, en cuyo caso había la artillería de retirarse, si no hay tropas de infantería que le sirvan de apoyo.

Discurriendo el coronel Brackenbury sobre el medio de evitar á la artillería tan desagradables percances, vió con toda claridad que en el presente caso era inútil acudir á la balística, ciencia que, miéntras aumentó el poder ofensivo de las dos armas, disminuyó notablemente el defensivo de la artillería; así es que resolvió buscar la natural solución de su problema en el desarrollo del poder defensivo de los cañones.

Los militares saben muy bien cuánto más difícilmente hallan las piezas de artillería defensa natural en los campos de batalla que no los simples soldados; así como no desconocen los graves inconvenientes á que está sujeta la construcción de parapetos artificiales, siempre molestos, áun en el caso de ganarse terreno, por lo mucho que entorpecen los ulteriores movimientos ofensivos. En cambio, presenta grandes ventajas la construcción de un parapeto artificial, conducido, en caso de necesidad, por un carro especial que acompañaría á cada batería; y decimos que este sistema presenta grandes ventajas, porque entónces la artillería se hallaría mucho mejor defendida que la infantería, cuyos individuos no pueden ir todos forrados de corazas. Este pensamiento ha guiado al coronel Brackenbury al proponer la creación de lo que él llama artillería de campaña acorazada: *Ironclad field artillery*.

Aunque el asunto de que tratamos nada tenga que ver con el cañon acorazado de Krupp, por más que la semejanza del nombre pudiera hacer creer lo contrario, debemos confesar que la idea no es del todo nueva, al ménos en principio. Hace cosa de algunos meses se probaba en Italia un cañon de campaña llamado de *mantelete*, destinado igualmente á proteger los artilleros de las balas enemigas: con todo, la concepción del coronel inglés es mucho más vasta, pues de ella resulta para cada pieza de campaña un verdadero *espaldon* portátil, capaz de producir, si se adopta, consecuencias muy interesantes para la táctica.

Es opinion comun que los efectos del fuego de artillería son



mucho más considerables al tratarse de objetos colocados á regular distancia, que no de los más próximos; proposicion que es verdadera, si se trata de la superioridad relativa de los disparos de cañon sobre los de fusil; pero que tomada en absoluto es del todo inexacta, como ha podido verse en Okchamp-ton, donde repetidos experimentos han demostrado hasta la evidencia que los efectos del cañon y del fusil crecen á medida que se aproxima el objeto.

Digamos algo sobre los referidos experimentos. Colocada en el campo una batería de seis piezas, y formadas á 1.000 varas de ella dos hileras de maniqués, una que representaba la vanguardia, compuesta de cien soldados, y otra con igual número que hacía de retaguardia, rompióse contra ellas el fuego, y en cuatro minutos pusieron los cañones fuera de combate á 71 maniquí del primer cuerpo y 24 del segundo. Antes de hacer la segunda descarga, mandóse reducir la distancia á 600 varas nada más, retirándose á cada pieza tres de los artilleros que la asistían, para representar las pérdidas efectivas que, en caso de ser verdadero el combate, hubieran tenido lugar. Dos minutos de fuego bastaron para que los proyectiles tocasen á 98 de los colocados en primera línea y 36 de la segunda.

A 400 varas, nueva descarga, habiéndose ántes separado á cada pieza dos de sus artilleros; esta vez cayeron al suelo en dos minutos de fuego 117 soldados delanteros y 39 de los posteriores.

Reducida á 200 varas la distancia, se separó un artillero de cada pieza, y en un minuto de fuego, de 156 soldados que formaban la línea, vinieron á tierra 81, esto es, más de la mitad.

En fin, puestos los 156 soldados á 100 varas de distancia, bastó un minuto de fuego para que las pérdidas subiesen á 113.

Tenemos, pues, que el número de muertos y heridos creció rápidamente con la proximidad, tanto, que tomando como término de comparacion el número 100, en un minuto murieron 18 por 100 á 1.000 varas de distancia, 33 por 100 á 600 varas; 40 por 100, á 400; más de 50 por 100 á 200, y 75 por 100 á 100 varas.

Para nada nos ocupamos aquí del efecto que entre tanto



hubiera podido producir en la artillería el fuego de la infantería, pues nuestro único fin ha sido hacer constar el aumento constante de los destructores resultados del cañon, representados por las cifras 18 por 100 á 1.000 varas, y 75 por 100 á 100, sin que para ello fuese obstáculo ninguno la disminucion de seis artilleros que se hizo sufrir á la dotacion de cada cañon, para representar las pérdidas reales que en efecto hubiera experimentado. Podemos, pues, afirmar dos verdades muy importantes, una que la artillería causa horrorosos estragos cuando las distancias son pequeñas, y otra que los cañones modernos pueden funcionar perfectamente bien, aunque les falte á cada uno seis artilleros de los que le están asignados.

Hubiéramos estimado muchísimo nos dijera el coronel Brackenbury de qué naturaleza fueron los proyectiles empleados en las pruebas que hemos descrito; mas en ausencia de datos, nos permitiremos indicar no haber podido ser metralla, porque á 1.000 varas ésta, no hace nada, y á 600 hace muy poco; serían, pues, proyectiles con espoletas, y en este caso, los resultados fueron sobremanera interesantes.

El otro punto sobre que llama el coronel nuestra atencion, es la inmunidad relativa del material en las batallas modernas, en tanto que el genio destructor de la guerra se ensaña casi exclusivamente contra el personal, hecho que se explica satisfactoriamente por el uso, hoy dia exclusivo, de proyectiles explosivos, y que debe naturalmente verificarse siempre que estos sean de los que llevan espoletas, segun puede verse en la estadística que á continuacion trasladamos de los partes franceses, sobre destrozos causados á la artillería del ejército prusiano en las batallas de Borny, Mars-la-Cour y Gravelotte con dichos proyectiles:

En la primera: 138 oficiales y soldados, 158 caballos, un afuste, un avantren y tres ruedas.

En la segunda: 727 hombres, 1.000 caballos, un afuste, cinco avantren, ocho ruedas, una lanza y una silla de montar.

En la tercera: 988 hombres, 1.563 caballos, dos cajas de avantren, 16 ruedas, tres cerraduras de culata, un tornillo de puntería, y dos cañones tomados por los franceses.



De estos datos resulta que en Mars-la-Cour sufrió la gente de artillería la cuarta parte del total de hombres perdidos, y las tres cuartas partes del total de caballos. Generalmente son mucho mayores las pérdidas de caballos que las de hombres, y casi insignificantes las materiales.

Lo más urgente, pues, lo más perentorio es proteger el personal de artillería contra el fuego de la infantería, por cuyos disparos es aquella diezmada sin que por vía de retorno pueda hacer daño alguno á su enemigo defendido por el insignificante blanco que ofrece.

Admitamos por un momento que tan urgente necesidad se remedie, y veamos en qué enormes proporciones crecerá la importancia de la artillería. Una batería no tendrá ya que temer para nada á la infantería, sino que á pié firme podrá resuelta esperar los ataques del enemigo, segura de poderle convertir en cenizas ántes de que consiga tocar ninguna de las piezas. El cañon podrá desplegar en toda su extension el maravilloso poder de que la ciencia moderna le ha dotado, y, temible no ménos de cerca que de léjos, hará valer la inmensa superioridad que sobre el fusil le proporciona su puntería exclusivamente mecánica, exenta de las desviaciones que la emocion del soldado puede inspirarle, y susceptible de ser en las imperfecciones enmendada y suplida por la fuerza explosiva de los proyectiles. En una palabra, la artillería llegará á ser inabordable, y en tan excelente propiedad podrá el hombre basar una táctica enteramente nueva.

Estas son las consecuencias deducidas por el coronel Brackenbury de los hechos anteriormente referidos, y tan generoso fué el móvil que al inventar las corazas portátiles le indujo.

«El metal empleado en las construcciones, son sus palabras, debe ser hierro forjado ú otro parecido, dotado de suficiente dureza para detener las balas de plomo de la infantería y proyectil de las piezas de campaña, de cualquier distancia que vengan; debe además hallarse de tal manera dispuesto que las balas no lo derritan, ni produzcan separacion entre las piezas, sino que á lo más practiquen en las planchas agujeros redondos, que fácilmente taparán los obreros y herradores de la batería, poniéndoles encima otras planchas. Cada co-



raza debe componerse de secciones bastante pequeñas, á fin de poder ser cómodamente transportadas por los carros que arrastran los cañones; pero su altura total ha de ser más que regular si ha de proteger, áun de las balas de fusil lanzadas á gran distancia, el cañon y personas destinadas á su manejo y servicio. De este modo podrán reducirse á la décima parte las pérdidas de la artillería, causadas, tal como hoy están las cosas, por las balas de infantería ó los proyectiles pequeños.

»Otro punto no ménos digno de atencion es ver de qué modo podrá defenderse á los caballos de la grandísima mortandad á que están en la guerra sujetos los pertenecientes á artillería. Los carros destinados á conducir en campaña los cañones, constan de dos partes, el afuste y el avantren: esta última, separada de la otra cuando el cañon lanza sus disparos, colócase en lugar defendido y próximo á la pieza, conservando durante toda la accion enganchados los caballos. Por lo que hace al avantren, mal puede separarse de los cañones por conducir las municiones, y señal es de que en las batallas pasadas fué muy difícil encontrar resguardo para él, cuando tan grandes han sido las pérdidas que los caballos á él enganchados sufrieron.

»Como, admitida nuestra reforma, será muy difícil, si no imposible, que un cañon haya de huir en presencia del enemigo, no habrá en adelante razon que justifique la permanencia de los caballos en lugar expuesto á los tiros enemigos, ántes por el contrario, será muy conveniente desengancharlos y trasladarlos á sitio seguro. Aun en el estado actual de cosas, parece algo más que inútil dejar los animales enganchados y expuestos al fuego, pues, fuera del gran desórden que los heridos producen, exigen para quitarlos de los carros más tiempo del que pudiera emplearse tanto para traerlos de algun sitio resguardado en que se les hubiera colocado, como para engancharlos de nuevo. Una vez seguros de que los cañones no podrán ser cogidos por la infantería, inútil será toda precaucion relativa á la huida.

»No son las ventajas expuestas las únicas, sino que además podría dejarse el avantren con la espalda vuelta al cañon, de modo que al tratarse de enganchar no fuese preciso más que



hacer avanzar hácia adelante la pieza, evitando con esto á los caballos las actuales medias vueltas que tienen que dar, no más cómodas que estratégicas, si se atiende á que, exigiendo gran separacion entre las piezas, hacen imposible la vigilancia sobre baterías tan extensas.»

Las ventajas que el coronel inglés quiere hacer valer en el último párrafo, nos parecen un tanto ilusorias, pues aun admitido que estando los artilleros mejor protegidos, pudiérase sin inconveniente disminuir las distancias entre pieza y pieza, siempre sería preciso ejecutar medias vueltas con los carros, así en un principio para colocar las piezas, como más tarde para cambiar de posicion, avanzar y practicar otras necesarias maniobras. ¿Quién no ve que aproximar unas á otras las piezas, con el propósito de hacer imposibles las medias vueltas, sería poner trabas á toda ulterior ofensiva, y caer precisamente en los anatematizados inconvenientes de los espaldones rápidos y otros parapetos improvisados, abriendo zanjas en el suelo?

La cuestion de desenganchar los caballos para ponerlos en lugar resguardado, es bastante delicada, pues dejando á un lado el inconveniente no pequeño de que casi siempre será necesario enviar bastante léjos las caballerías, á fin de encontrar resguardo suficiente, y de que á las mulas de los cañones será preciso agregar los caballos de los capitanes y tenientes, preguntamos: ¿quién custodiará muchedumbre tan grande de animales obligados á apiñarse en algun repliegue del terreno, al que tal vez acudan tambien las caballerías de las baterías vecinas, buscando un asilo? Sin duda habría que aumentar el personal de las baterías en dos ó tres alféreces, encargados exclusivamente de custodiar las caballerías, y además otro montado siempre á caballo y á disposicion del capitan para comunicar á los que estuvieran con las mulas las órdenes oportunas; todo lo cual daría lugar á no pequeña confusion, sobre todo si por desgracia cayesen durante la lucha en medio de multitud tan mal formada algunos proyectiles descarriados.

Aun suponiendo que todo volviera á colocarse como ántes estaba, quien tuviere noticia, siquiera sea especulativa, de lo pesado é incómodo que es el enganchar, por haberse de des-



liar tanta cuerda, enlazar tanta correa y ajustar tanto gancho, fácilmente se hará cargo de si será oportuno ni prudente ponerse á hacer entre el fuego enemigo operaciones que exigen tanto tiempo y atencion. El mismo coronel cuyos asertos estamos juzgando, comprendiendo la trascendencia de su proposicion, aconseja para atenuarla se dejen enganchados los caballos posteriores.

Viniendo ahora á la proteccion que dispensarían realmente á los cañones las expresadas corazas, tenemos no pocas salvedades que hacer. Primeramente, es de suyo evidente no poderse aplicar la innovacion en cuestion más que á los cañones cargados por la culata, circunstancia que si hace pocos años hubiera sido un inconveniente en Inglaterra, donde los cañones se cargaban por delante, hoy dia no lo es, porque convencida la nacion de su ligereza en separarse de las demas naciones sin ventajas conocidas en el cambio, vuelve á la práctica comun con no pequeñas ventajas suyas, si hemos de creer al coronel Brackenbury, que afirma haberse obtenido en su país velocidades iniciales de 610 metros y aún mayores, cuando en el resto de Europa los cañones de campaña mejor contruidos obtienen solamente velocidad inicial de 490 metros.

Sobre el modo con que habrían de manejarse las corazas, no ha podido el coronel ser ménos explícito, impulsado, segun él dice, por el deseo de ahorrarse las críticas que las gentes enemigas de toda innovacion harían, sin duda, de su sistema, aún cuando sólo le hubiera comprendido en general. Solamente sabemos que, á su juicio, deberían componerse de trozos lo bastante pequeños para poderlas manejar fácilmente, y ser llevadas por uno ó dos vehículos especiales al campo de batalla, donde los artilleros podrían armarlas con toda facilidad. El uso y la experiencia enseñarían las modificaciones que posteriormente habrían de introducirse. Por lo que hace al tiempo que en la instalacion se puede tardar, afirma el coronel, y parece ser cierto, que es mucho más corto que el empleado en levantar un espaldon rápido; mas al tiempo gastado en la instalacion, hay que añadir el empleado en desarmar la coraza cuando fuere preciso mudar de lugar, tarea bien difícil por cierto cuando se trata de una retirada; pero, si hemos de creer al coronel, la



artillería no se retirará nunca, una vez adoptada su reforma.

Veamos cuál será la eficacia de la protección que la coraza dispensará á los artilleros. Hace algunos días se han hecho ensayos en las landas de Rothburg con planchas preparadas por Sir W. Armstrong, compuestas de acero templado de 3<sup>mm</sup>,76 de espesor, y pintadas con color de pizarra para que á cierta distancia fuera invisible. Aun á la proximidad de 91 metros fueron impenetrables á las balas despedidas por las ametralladoras Gastling y á los proyectiles cónicos de las piezas de campaña. Excelente resultado que queda aún más abonado, si se considera que la traslación de las planchas pertenecientes á toda una batería, puede ser fácilmente ejecutada por solo un carro.

Detalles son los expuestos interesantes por cierto, pero que exigen el conocimiento de otros puntos capitales, si hemos de enunciar un juicio serio sobre el nuevo modo de proteger la artillería.

Nada sabemos hasta el presente de la altura que habrá de darse á la coraza. Si se pretende proteger eficazmente todos los agregados á las piezas, es menester presenten las corazas considerable altura; por lo cual es inútil pensar en parapetos bajos que permitan á los cañones estar á *barbeta*. De aquí resulta una ineludible necesidad de practicar en las planchas de acero orificios que hagan de troneras.

Ahora bien; ¿las troneras cómo han de ser, muy anchas ó muy estrechas? Si lo primero, se aminoran los resultados protectores que se buscan; si lo segundo, hé aquí la serie de inconvenientes que resultan: 1.º Disminución del campo de tiro, y con ella grandes dificultades en la observación del blanco, circunstancia que tanto importa en los disparos hechos con piezas de campaña. 2.º Imposibilidad de cambiar la dirección de los cañones, requisito indispensable en ciertos casos y que conviene se ejecute sin cambiar de lugar la batería. 3.º Imposibilidad de hacer fuego sobre objetos que se muevan, es decir, sobre tropas en marcha. Con esta práctica únicamente es como será posible á la artillería enemiga ejecutar, sin que los otros lo adviertan, pequeños movimientos de avance ó retirada que la pongan completamente á cubierto de tiros, tanto más in-



ofensivos cuanto mayor daño creen hacer con ellos los que manejan los cañones protegidos por las corazas, y mientras éstos podrán hacer muy poco por la imposibilidad de hacer bien las observaciones, los contrarios se encargarán, á defecto de la fusilería, de reducir á silencio los cañones acorazados.

Un solo remedio encontramos para las anteriores dificultades, y es que la tronera sea ancha, sí pero cubierta por un mantelete movible; mas esto sería muy complicado, y exigiría además el empleo de goznes susceptibles de doblarse al choque de las balas.

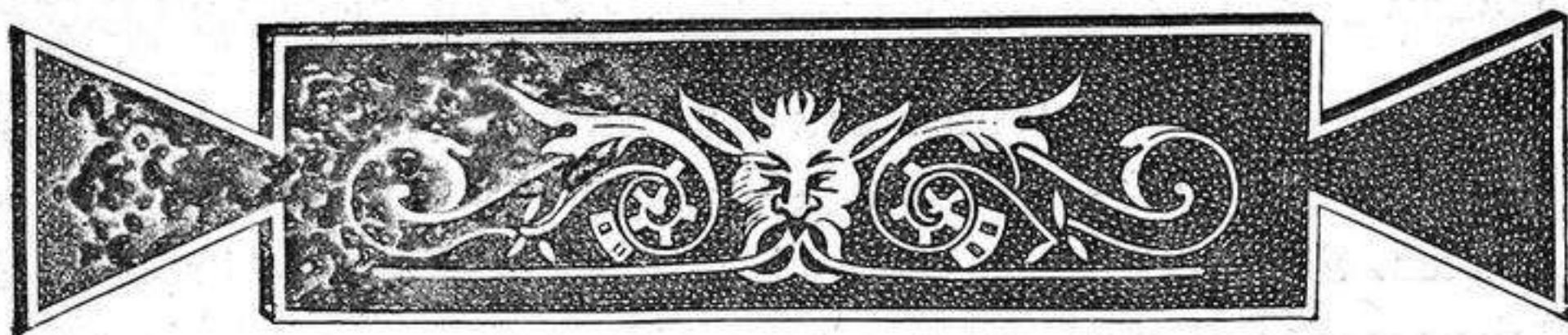
Tambien es útil pensar cómo habían de disponerse las corazas en terreno desigual, para que las troneras viniesen á dar precisamente á las bocas de los cañones.

Y baste de acumular dificultades contra el nuevo proyecto. Nosotros estamos muy léjos de pertenecer al bando de aquéllos que por sistema rechazan las innovaciones, ántes por el contrario convenimos con el coronel Brackenbury que la ciencia de la guerra tiene el derecho y áun el triste deber, hoy más que nunca, de hacer contribuir á su adelanto todas las demas ciencias, y explotar en beneficio suyo los progresos de las artes y de la industria. La victoria será siempre de la nacion que aventaje á las otras en hallarse mejor preparada. Por lo tanto es gran necesidad desechar *à priori* cualquier invento, y si nosotros ponemos objeciones al coronel inglés, lo hacemos con el propósito de que, provocado, nos conteste con razones que seremos muy felices en reconocer los primeros como verdaderas.

M. YUNG.








## LA RABIA.

---

UANDO tantos estragos hace en las provincias españolas, más que en ningun otro ángulo del mundo, esta terrible plaga, que por otra parte algun tanto más de celo en aquéllos á quienes incumbe tan fácilmente podría alejar de nuestras poblaciones, justo es que dediquemos algunos momentos al estudio del monstruo que la origina.

La palabra *rabia* tiene origen latino, derivándose de la voz *rabies*, y no es sino muy impropiamente que suele hacérsela sinónima de la voz hidrofobia, cuyo significado es horror al agua y por extension á todo género de bebidas, puesto que, así como este síntoma no se presenta algunas veces en los perros, así tambien se observa en otras enfermedades que aquejan á la humanidad.

Consiste la que nos ocupa, en una afeccion virulenta ó en una agitacion profunda de la inervacion, que no sólo ejerce sus estragos en la sensibilidad, sino tambien en el movimiento y aún en la misma inteligencia.

Esponánea en el perro, lobo, gato y zorra, puede comunicarse al hombre por la mordedura de estos animales.

En algunos tratados sobre tan horrible enfermedad hallamos



no constar aún con plena seguridad á los ojos de la ciencia, si el hombre que sufre sus ataques puede comunicarla á sus semejantes. Segun nuestras noticias, despues de haber oido á muchos especialistas, nada tendríamos que objetar á la asercion; pero numerosas personas nos han citado casos en que, verificado el coito despues de los primeros síntomas del mal, pasó el virus del uno al otro sexo, muriendo ambos individuos víctimas de la misma dolencia. En ninguna parte, empero, encontramos la debida confirmacion, y por lo tanto, nos abstenemos de dar por cierto lo que sólo sabemos por referencias más ó ménos probables y seguras.

Mas no podemos decir otro tanto cuando vemos que se atribuye á sola la mordedura el espantoso contagio.

En efecto, entre los muchos ejemplos que en contra del referido aserto pudiéramos citar, nos contentaremos, en gracia de la brevedad, con referir tan sólo dos que destruyen por completo esa creencia que de tantos males pudiera ser origen.

Del primero pueden ser testigos muchas familias de Gibraltar en donde tuvo lugar el caso que vamos á referir, y todas las revistas científicas se han hecho eco del segundo, sin que hasta ahora haya sido desmentido ni aún por los mismos que en ello estarían más interesados.

Es, pues, el caso que en la mencionada plaza existía no há mucho una señora sin más familia ni compañeros de su solitaria existencia que un faldero, objeto predilecto de su amor. Durante uno de los meses de verano, tan calurosos en Andalucía, rabió el pobre animal que, huyendo por instinto, segun luégo tambien diremos, de su bienhechora, fué en su acceso á refugiarse detras de una cómoda, de donde solamente salió para no volver á dejarse ver jamás. Pasaron algunos años cuando dicha señora, á quien conocimos, determinó mudar de casa, y revolviendo los muebles, como era natural tropezó con la cómoda en cuestion, dedicándose en mal hora á quitar el polvo de que el hasta entónces no removido mueble estaba por detras cubierto. Verificada, pues, la mudanza, hacía ya dias que la buena señora ocupaba tranquila su nueva habitacion, cuando de repente se notaron en ella los síntomas precursores de la rabia, muriendo á los pocos dias víctima de



la enfermedad. Pensóse por de pronto ser éste un caso de rabia espontánea, y creyóse por lo tanto ya resuelto el problema que aún no ha podido resolver la ciencia. Mas hé ahí que, verificada la autopsia, se dedujo que había sido comunicada la enfermedad por una herida previamente abierta en la mano, y que había servido para la inoculación del virus contenido en la baba ya seca que el animal había dejado depositada al refugiarse tras el mueble removido en la mudanza por nuestra malograda amiga.

Como se ve este caso, consignado, sin duda, en los archivos del Hospital General de aquella población, prueba bien á las claras nuestro intento.

Asimismo leimos no há mucho en varias revistas científicas haber muerto de rabia, considerada en los primeros momentos como espontánea, toda una familia de pobres labradores. Averiguado el caso se vió que las desgraciadas víctimas habían comido la fruta de un árbol á cuyo pié había sido enterrado algun tiempo ántes un perro rabioso.

Hecha esta aclaracion, que puede ser de grandes utilidades para la humanidad y que la consideramos digna de fijar la atencion, no sólo de las familias, sino tambien de las autoridades, pasemos al estudio de la mal llamada hidrofobia.

Su desarrollo presenta tres períodos que, segun un inteligente especialista, ofrecen sucesion más ó ménos regular y reciben respectivamente el nombre de período de la *excitacion*, período de la *perversion* y período de la *postracion*.

La primera entre estas tres fases del acceso se caracteriza en el hombre por una dolorosa excitacion de la sensibilidad é hiperestesia de todos los sentidos, de donde resultan inquietud y agitacion incesantes. El enfermo manifiesta horror á las bebidas, lo cual, como ya se ha dicho, aunque impropriamente ha hecho dar á la dolencia el nombre de hidrofobia, habiendo igual motivo para haberla conocido con la denominacion de disfagia, ya que tambien horroriza al paciente el aspecto de los alimentos. A estos signos característicos suele acompañar algunas veces la eyeccion de saliva pegajosa, pero nunca cargada de espuma, síntoma que siempre desaparece ántes de las veinticuatro horas.



En el segundo período se presentan las alucinaciones y delirios que alguna que otra vez se convierten en furor maniático, siendo, sin embargo, muy raro que ya entónces el enfermo empiece á buscar objetos que morder. Siguen espasmos convulsivos, que se van repitiendo cada vez con más frecuencia, generalizándose, por último, hasta que al fin se pierden con la sensación los últimos reflejos de la inteligencia, entrando así el enfermo en el período de la postración, interrumpido aún por algunos ataques espasmódicos que terminan con la muerte del paciente.

No se crea que la enfermedad sigue idéntica marcha en los perros, puesto que en el primer período continúa el animal comiendo y bebiendo, y, aunque arroja alguna baba, ésta no es muy espumosa, sino que se presenta aún ménos alterada que la producida en los ataques de epilepsia, á los que, sea dicho de pasada, algunas veces se confunde con los que proceden de la rabia.

Segun se ve, esta época, como ménos conocida, es la más terrible, porque en ella continúa el perro sin exhibir síntoma alguno manifiesto de su enfermedad. Nuestros lectores recordarán, en efecto, que no hace mucho leíamos en los periódicos de esta córte la muerte de un pobre jornalero atacado de rabia por la mordedura de un perrito tenido en brazos por una mujer, al cual el desgraciado jóven instigó por broma al pasar por donde aquélla se hallaba.

Aconsejando, pues, todo género de precauciones, diremos que es muy fácil reconocer al perro que se halla en tal período, por asemejarse mucho su ladrido en el timbre al que es propio del canto del gallo.

En el segundo período presenta la raza canina los mismos síntomas que el hombre que ya ha pasado el primero; mas en el tercero los ataques espasmódicos son más frecuentes y furiosos que los del hombre, presentándose entónces el horror hacia todo género de alimentos y la albuminuria ó presencia de la albúmina de la sangre en la orina.

No omitiremos que al entrar en el segundo período es cuando el animal, sintiendo hervir en sus venas el vírus que ha de darle la muerte, por ese admirable instinto de lealtad que dis-



tingue á la raza, abandona la casa de su dueño para remover toda ocasion de desconocerle en el acceso, lanzándose á la carrera por calles, plazas y campos mordiendo cuanto encuentra á su paso.

Es tambien sumamente fácil con un poco de maña evitar la mordedura, puesto que el perro ya no puede pararse y corre en línea recta, de donde es manifiesto que para evadir la embestida, dada la necesaria serenidad, no hay más que huir en direccion que forme ángulo recto con la traida por el animal ó haciendo grandes curvas.

Lástima grande es que estas nociones, vulgares en otros países, no se popularicen para evitar las innumerables desgracias que todos los años tenemos que lamentar, en donde podrían aún tomarse más medidas para evitar el crecido número de víctimas que ocasiona la rabia.

Hace á nuestro propósito recordar aquí, como confirmacion de las ideas hasta aquí expuestas, un hecho acontecido no há mucho en el cortijo de Casillas, jurisdiccion de Almojía, provincia de Málaga.

Poseían de muchos años atras los dueños de aquella hacienda un gran mastin terror de la comarca, cuando de repente se apoderó de su organismo la rabia espontánea. Viéndose, pues, el animal en el primer período de la enfermedad, fué recorriendo, como despidiéndose, una por una todas las dependencias de la casa, haciendo mil fiestas á las ovejas, caballos y trabajadores, marchándose despues hácia su dueño, á quien hizo tantos y tan desusados agasajos que no dejaron de llamar la atencion de todos los circunstantes. Despues de esta tierna escena desapareció, pasando ya en el segundo período de la rabia por la venta de Horcajo sin que se hayan podido haber ulteriores noticias de su paradero.

La enfermedad se declara por término medio á los cuarenta dias despues de la mordedura, y en los niños la incubacion no dura más que veinte ó veinticinco dias. Debe, empero, notarse que no faltan casos en los cuales la invasion del mal se verifica á los cinco ó siete meses, de lo cual tenemos ejemplo en un desgraciado niño mordido en la pasada primavera en la plaza de Oriente y muerto pocos dias há cuando ya se había



olvidado casi por completo el accidente del mes de Mayo último.

La aparición de la rabia espontánea de los animales se ha atribuido á varias causas. Unos la hacen nacer de la influencia del clima y de las estaciones, otros de las variaciones de temperatura, algunos del hambre, no pocos la atribuyen á la sed, ni faltan quienes la juzguen efecto de la falta de limpieza, y, aunque muchos sabios experimentadores creen que nace de la separacion de los dos sexos, debemos dejar asentado no haber sido hasta hoy posible, á pesar de repetidos ensayos, obtener su produccion por medios artificiales.

Por desgracia ante esta como ante otras muchas enfermedades, á pesar de sus esfuerzos, se ve precisada la medicina á cruzarse de brazos, si ya no es que la completa ignorancia de los preceptos de la moral induzca á precipitar la muerte del paciente, como si el hombre fuese dueño ni por un momento siquiera de lo que es propiedad del Supremo Creador de todas las cosas.

En Decroix hemos leído un caso de curacion espontánea, pero ignórase por completo medicamento alguno represivo, que sea capaz de atajar los funestos estragos del virus inoculado.

No hay, pues, más remedio eficaz, vista la impotencia de los sistemas homeopáticos y alopáticos, que la cauterizacion enérgica por el fuego inmediatamente despues de la mordedura, debiéndose, por consiguiente, vivir muy prevenido contra todo antídoto preconizado como infalible, por sábias que se digan las manos que intenten administrarlo.

No diremos otro tanto con respecto á los medios preventivos, los cuales podrán hallar nuestros lectores en la INSTRUCCION redactada por el doctor Tardieu sobre las precauciones que hay que tomar contra los animales rabiosos y los primeros cuidados que hay que prodigar á los que tuviesen la desgracia de ser mordidos.

Aquí tocaría hablar de las medidas tomadas por las municipalidades extranjeras para prevenir é impedir las consiguientes desgracias, pero por no extendernos más allá de los límites que nos hemos propuesto, diremos que en Inglaterra se han colo-



cado en las calles pilones de agua en donde los perros puedan cómodamente aplacar su sed, y que en Francia acaba de prohibirse el uso de bozales, por considerarse estos aparatos como ocasionarios de la funesta plaga.

Nosotros veríamos con gran satisfacción se impusiese, como en otros países, una contribucion á los poseedores de perros, los cuales deberían llevar, si no bozal, al ménos un collar con el nombre del propietario y número de la respectiva licencia, de modo que los agentes de policía diesen indefectiblemente muerte á todo perro desprovisto de la mencionada contraseña.

Al terminar diremos que actualmente, segun hemos leído en la excelente revista *Le Monde*, pone en práctica M. Bourrel un procedimiento preventivo que hace inofensiva toda mordedura de perro.

La operacion consiste en el prévio embotamiento de los dientes incisivos y caninos por medio de limas. «He hecho últimamente, dice el inventor del sistema, esta operacion á tres perros ya rabiosos que, al soltarlos, se lanzaron contra otros no rabiosos, sin que lograsen, al moderlos, hacer el más leve rasguño en la piel, ni comunicarles, por consiguiente, la horrible ponzoña, al ménos por lo que puede deducirse despues de haberlos tenido durante el máximum de tiempo, seis meses, en observacion.»

Todo el mundo sabe que despues de estos primeros experimentos, el intrépido M. Bourrel ha entrado delante de una numerosa concurrencia en la jaula en que se hallaban encerrados varios perros rabiosos, á los que acababa de hacer la operacion, sin que las mordeduras que recibió en manos y piernas fuesen suficientes para facilitar la inoculacion del virus.

Bueno es, pues, que en España se siga el curso de estos estudios, y no ignoremos los puntos á que en estos momentos ha llegado la ciencia con respecto á un mal que tantos estragos hace en muchos de nuestros semejantes.

ENRIQUE DANERO.

Madrid 26 de Octubre de 1878.







## ANALISIS Y ENSAYOS

---

### POESÍAS SERIAS Y FESTIVAS DE D. CÁRLOS CANO



En el folletín de un diario de provincias ha publicado una preciosa colección de versos mi antiguo compañero el capitán de artillería Cano. Cano es todo un poeta; tiene la inspiración, el sentimiento y la forma; pero los deja enmohecer años y años con censurable abandono; es tan activo en el cumplimiento de sus deberes militares como perezoso para coger la pluma en bien de las letras españolas, á las que podía prestar un servicio eminente, siendo uno de los dignos sucesores del Narciso Serra de *Don Tomás* y *El último mono*.

Las poesías de Cano me ponen triste, haciéndome sentir la nostalgia del pasado; las he visto nacer; están asociadas á muchos recuerdos míos; cuando recibí poco tiempo há la colección, la lectura de cada página transportaba mi pensamiento á Cádiz y á Puerto Real; yo veía, en un palco del vetusto teatro del Balón, á aquella rubia tan linda, de cuya peregrina boca realzaba la gracia la mella que tenía en un diente, y á su lado aquella mamá, que era un tiro, tan fea, tan avinagrada, tan idéntica, sin embargo, á su preciosa hija y tan obstinada en acompañarla á todas partes para espanto de pretendientes con buen fin, que no transigían, por las venturas del hoy, con el pavoroso mañana: pues esa jóven fué novia



de Cano, al cual echó á la calle la madre una noche, porque equivocó sus piés con los de la chica, estando sentados en derredor de la camilla jugando á las siete y media: Cano tomó la cosa por lo serio, y durante su pique la chica se arregló con otro; los celos aguijonearon á Cano; quiso volver á la rubia y á la casa; encontró cerrados corazon y puerta, y escribió la siguiente balada:

Como al rugir el vendaval, las olas  
Se agitan con estruendo,  
Así en tropel se agitan en mi alma  
De un ayer los recuerdos.  
Pasa la tempestad, la calma cesa  
Y el mar queda sereno;  
¡Sólo las tempestades de mi alma  
No tienen nunca término!

Tambien acudió á mi memoria la morena cursi de los tres lunares, que mandaba preguntar todas las tardes que Cano estaba de semana, si la lista era fuera del cuartel, con armas y música; ella se ponía en primera fila de aquel gentío que ocupaba el paseo del Perejil, frente á la línea del regimiento, y era el movimiento continuo, y hablaba por los codos, y cuando juntaba público de ojos, ponía ella los suyos, primero, tiernos, en el teniente Cano, y luégo, vanidosos, en los espectadores, como diciéndoles:

—Yo tengo *argo que vé* con el mando de esa batería.

La conclusion de estos amores fué debida á que una noche la sorprendió Cano pelando la pava con un alférez del banderín de Ultramar; la venganza de mi amigo se redujo á escribirle las dos siguientes quintillas, que nunca le perdonó ella:

De sensible haciendo alarde,  
Te ví llorar una tarde  
Por no sé qué tontería,  
Y exclamé: ¡quién lo diría!  
¡qué muchacha tan cobarde!  
Despues, sufriendo el relente,  
Te ví una noche, imprudente,  
A un hombre hablar placentera,  
Y exclamé: ¡quién lo creyera!  
¡Qué muchacha tan valiente!

En los versos más vulgares de Cano se revela el poeta; su rima es siempre segura, galana y correcta; sus fábulas burlescas, sus cantares, sus epigramas y sus sonetos humorísticos,



escritos muchos en el lujoso cuarto de banderas del cuartel de Candelaria, con interrupciones del corneta de guardia preguntando, v. gr., á la hora de la visita del médico: «Mi teniente, ¿doy golpes al físico?» y leídas, despues del rancho de la tarde, en el corro de la puerta, á los oficiales de servicio; esas composiciones, repito, las hubiera firmado con gusto el autor de *El loco de la bohardilla*.

Hé aquí algunos saladísimos ejemplares de ese género:

Bella y gentil, de tu pupila el rayo  
Inunda en luz el corazon doliente;  
Negros tienes los rizos, y es tu frente  
Más blanca que las cumbres del Moncayo.

Es tu talle flexible como el tallo  
De flor que se columpia dulcemente,  
Y tus labios perfuman el ambiente  
Más que las rosas del florido Mayo.

¡Lástima grande que al mirar mi anhelo  
Te muestres siempre como el mármol fria,  
Sin sentir ni placer ni desconsuelo!

¡Lástima que al nacer, ¡oh, Célia mia!  
Te diera Dios para cruzar el suelo,  
En vez de corazon, una sandía!

---

De nombres propios es propio  
Defecto la impropiedad,  
Y comprueban tal verdad  
Varias historias que copio:

Blanco de las ansias mias  
Y reina de mis amores,  
Llegó á ser una *Dolorés*  
Que derrochaba *alegrías*.  
Sin conocer la tristeza  
Contentos un mes vivimos;  
Recuerdo que no tuvimos  
Ni dolores de cabeza.

.....

Conocí á una *Tecla* en Yecla;  
Por callada la admiré,  
Y cuando amarla pensé,  
Harto de ir de tecla en tecla ,  
Vino un vecino en mi ayuda  
Y supe lo que ignoraba,  
Y es que Tecla no sonaba  
Porque la pobre era *muda*.

.....

---

Al entrar de visita en una sala  
Mi amigo don Severo,  
Se dejó en la antesala,  
Siguiendo la costumbre, su sombrero;



Y en tanto que él hablaba á los señores  
De otros tiempos mejores,  
Los niños de la casa, sin recato,  
Pusieron el sombrero como un plato.  
Por esto en una máxima sencilla  
Dijo el baron de Andilla:  
*Procure en la visita el hombre urbano  
No dejar el sombrero de la mano.*

El señor don Gabino  
Amaba á una modista por lo fino,  
Y Paz, que así llamaban á la hermosa,  
Fingiendo á don Gabino con gran arte  
La pasion más completa,  
Despues de no dejarle una peseta,  
Se marchó con la música á otra parte.  
Y dice don Gabino sin rodeo:  
*¡Solo en la «paz» de los sepulcros creo!*

—Ahí tienes ya letra abierta;—  
Le decía don Manuel  
En una carta á su hijo  
¡Y le mandaba una C!

No puedo ver que á otro hables,  
Ni que con otro te rias,  
Ni puedo ver muchas cosas,  
Porque soy corto de vista.

Te ví una tarde en el Prado,  
Otra en la plaza de Oriente,  
Otra en la Puerta del Sol,  
Luego te he visto tres veces.

No me importa que me mires  
Con esos ojos de fuego,  
Porque tengo el corazon  
Asegurado de incendios.

Negros tienes los cabellos,  
Negras tienes las pestañas,  
Y negras tambien las manos,  
Porque nunca te las lavas.

Habitas en piso cuarto;  
Pero en balde te sofocas,  
Por muy alto que te subas  
No llegarás á la gloria.

Estas composiciones no tienen importancia, y yo aconsejo á su autor que no siga por ese camino que no conduce á parte ninguna; esa es una desviacion del arte, cuyo cometido es más alto que el de hacer reir; pero es innegable que todas ellas estan rebosando soltura y gracia y excelente concepto del chiste, que no se rebusca y se forja en la imaginacion, sino que ha de surgir naturalmente de las cosas y de los sucesos y de sus combinaciones reales. Las filigranas que mueven á la risa ó que



arrancan el llanto, las descubre el cincel del artista en la naturaleza tal como es, viendo en ella lo que está oculto á ojos vulgares, y haciendo que todo, realidad y belleza, materia y sentimiento, forma y espíritu, converjan al fin que el autor se proponga, que es la trascendencia, la finalidad de la obra. Esto es preciso que haga mi amigo Cano; escribir comedias de costumbres y aprovechar en ese campo sus grandes facultades: en aquéllas, despues de urdida la trama, en boca de los personajes, caben los chistes y la fácil versificación que ahora malgasta en sonetos y fábulas; sería una falta imperdonable en el Sr. Cano, que desperdiciara sus grandes condiciones de escritor festivo, consagrando las horas que le dejan libres las obligaciones artilleras, á forjar un epigrama, una balada, un soneto *A ella*, ú otras composiciones de igual inocencia, que por mucho bueno que digan de las facultades literarias de su autor, no tienen consecuencia ninguna, nada significan y ni siquiera son leídas, hartó ya el público del aluvion insoportable (de que se ha apartado con exquisito gusto el Sr. Cano) de poesías en que figuran el cristalino arroyuelo, la enamorada tórtola, el aura leda, las perlas del alba, la rosa, el clavel, el pensil, el ruiseñor, la brisa, la luna, el sol y las estrellas. Se necesita todo el ingenio del Sr. Cano para haber podido prescindir de esos elementos en sus versos no festivos, cuando son éstos, en su mayor parte, amatorios; en la cosa más vulgar hay poesía, sin que intervenga para nada el lucero de la tarde; lo difícil es saber encontrarla y decirla de modo que haga sentir al espíritu y discurrir al entendimiento.

Hé aquí algunos trozos, cogidos al azar, de las composiciones serias de mi antiguo compañero:

Puro, cual lirio del jardin ameno,  
Fué nuestro ardiente amor,  
Y tambien, como el lirio, un solo dia,  
¡Uno solo vivió!

—  
Murió la flor; en cálido desierto  
Trocóse aquel jardin;  
Murieron tus amores, la esperanza  
¡Ha muerto para mí!

I.

Al pié del rosal que altivo  
Se levantaba en tu huerto  
Dando sus lozanas flores



A los aires rico incienso,  
 Una tarde, al sepultar  
 El sol su rayo postrero,  
 Enamorados y alegres,  
 Hicimos un juramento.

## II.

Al pié del rosal que hoy miro  
 De amarillas hojas lleno,  
 Vengo á llorar, y las lágrimas  
 Niega á los ojos mi pecho:  
 Y es que al dejar este mundo  
 Para remontarte al cielo,  
 El corazón que te diera  
 Como el rosal quedó seco.

## A SU RETRATO.

Imágen de la mujer  
 Que idolatra el alma mia,  
 Insensible á mi agonía  
 Insensible á mi placer:

Tú, con verdad sin igual,  
 Eres su imágen más propia,  
 Que hasta en el sentir, la copia  
 Retrata al original.

Bastan las composiciones citadas, elegidas nó como las mejores, sino como las más breves, para demostrar lo que me proponía; esto es, que el capitán D. Carlos Cano es de la madera de los buenos escritores: tiene los colores en la paleta, el lienzo en el caballete, el pincel en la mano y el genio en el alma: le falta la voluntad, le falta el concepto de lo que vale y de lo que es capaz de hacer, le falta considerar que sus dotes no vulgares deben emplearse en obras de importancia y de trascendencia, meditando los asuntos ántes de coger la pluma, con ayuda de su talento, de los buenos modelos, de su sólida instrucción y de la experiencia de treinta años de vida; le falta, en una palabra, hacerse cargo de que la misión del artista es cantar y hacer tangibles los ideales de progreso á que la humanidad aspira, lo mismo en la esfera de la moral, que en el campo de los adelantos materiales. El Sr. Cano cuenta además con otro auxiliar poderoso: el consejo de un pariente y amigo suyo que le quiere de véras; D. Federico Balart, el primero de los críticos y de los prosistas de estos tiempos.

JOSÉ NAVARRETE.

Madrid 16 de Setiembre de 1878.





## REVISTA CRÍTICA

---

**T**RES instituciones importantísimas, verdaderos focos de la ciencia española: la Universidad Central, la Institucion libre de enseñanza y el Ateneo de Madrid, han inaugurado sus tareas en el mes que acaba de terminar, pronunciando los respectivos discursos de apertura los Sres. Martinez Molina, Pelayo Cuesta y Moreno Nieto.

Del discurso del Sr. Pelayo Cuesta nada tenemos que decir, pues se redujo á exponer nuevamente el programa de la Institucion libre, que es la libertad absoluta de la ciencia, con separacion de todo exclusivismo de secta, escuela ó partido. No haremos otro tanto con el discurso del Sr. Martinez Molina, por más de un concepto digno de atencion.

Es el Sr. Martinez Molina una de nuestras eminencias médicas, y siendo la medicina una de las ciencias que más han cooperado en nuestros tiempos á la emancipacion del espíritu humano, no era mucho esperar del ilustrado profesor que la libertad del pensamiento inundara con sus vivos resplandores el discurso inaugural de que estaba encargado. No ha sido así por desgracia. El Sr. Martínez Molina ha ofrecido una vez más el triste espectáculo (tan frecuente en nuestra patria) de la ciencia, abdicando de su libertad para rendir tributo á las exigencias de la tradicion.

Nuestros lectores comprenderán las reservas y límites con que tenemos que proceder en este asunto. Unidos por vínculos de compañerismo al Sr. Martinez Molina, y habiendo de sujetar nuestro pensamiento á rigurosas trabas, no nos es posible entrar de lleno en el exámen del discurso que nos ocupa, ni exponer con entera claridad lo que acerca de él pensamos. La sagacidad del lector llenará de seguro las lagunas de nuestro trabajo.



A juzgar por el discurso del Sr. Martinez Molina, hay en este señor dos hombres distintos y no muy bien avenidos: el científico y el creyente. Profundo conocedor el primero, y admirador entusiasta de los descubrimientos y progresos de la ciencia moderna, tiende con impulso irresistible á proclamar los grandes principios del pensamiento novísimo, rompiendo con todas las enseñanzas tradicionales. Pero al llegar á este punto, sale el creyente al paso é impone al científico la sumision y la abdicacion completas. Falto de valor el señor Martinez para optar por uno de ambos inconciliables extremos, pugna desesperadamente por conciliarlos, y sólo consigue demostrar su impotencia, poner de relieve la imposibilidad de tal empresa, amalgamar en absurdo consorcio principios contradictorios y dar, como resultado de sus esfuerzos, una solucion que ni á la ciencia ni á la tradicion satisface, como acontece siempre con esas pretendidas conciliaciones que sólo representan la abdicacion y la deshonra de los elementos conciliados.

El tema aparente del discurso del Sr. Martinez es demostrar la importancia y exponer las numerosas y útiles aplicaciones de la antropología; pero su verdadero objeto es conciliar las enseñanzas de la ciencia y las de la teología, uniendo en fraternal abrazo á Moisés con Darwin. Para el Sr. Martinez, esta monstruosa empresa es hacedera y facilísima. La cosmogonía, la antropología y la geología del Génesis, pueden conciliarse con la cosmogonía de Laplace, la antropología de Darwin y Haeckel, y la geología de Lyell. Basta para ello una regular dosis de ingenio y otra de buena voluntad.

Inútil es decir cuán mal paradas salen de este trabajo de conciliacion la ciencia y la fe, singularmente la segunda. El Sr. Martinez sostiene íntegros los principios de la ciencia moderna, desde la unidad y permanencia de la materia y de la fuerza, hasta la descendencia simia del hombre, y le parece indiferente que Dios creara á Adán á su imágen y semejanza, ó le hiciera proceder de un mono transformado. La fe religiosa debe contentarse con que el Sr. Martinez otorgue graciosamente al Hacedor Supremo la creacion de la materia primera y la del espíritu racional que infundió en el cuerpo de un mono antropeide. ¿Y el Génesis, Sr. Martinez? Su prioridad le vale, y el Sr. Martinez acata su autoridad por ser anterior á la ciencia moderna, pues de otra suerte serían todas sus simpatías para Darwin y Lamarck.

Pero ¿cómo concilia el Sr. Martinez la creacion genesiaca con la geología de Lyell? ¿Cómo la concilia con la cosmogonía de Kant y Laplace? ¿Qué hay de comun entre la antropología mosáica y la prehistórica? ¿Cómo se pondrán de acuerdo el Adán de Moisés y el *antropisco* de Haeckel? ¿Qué papel reservará el Sr. Martinez al Jehová hebráico, si admite la eternidad de la materia, como, dados sus principios, no puede ménos de admitirla?

Mas ¿para qué hemos de seguir en este camino? ¿Qué provecho re-



portamos de examinar la ingrata tarea del Sr. Martinez? La ciencia la rechaza y la fe tambien. Si el Génesis es obra divina, hay que aceptarlo en todas sus partes, y nada valen contra él los descubrimientos de la ciencia, porque la ciencia del hombre es humo y polvo ante la palabra de Dios. Y si no lo es, ¿á qué buscar conciliaciones imposibles, logradas á costa de abdicaciones humillantes?

La solucion no está en esas conciliaciones. El conflicto que hoy existe entre la tradicion y la ciencia, sólo puede resolverse por una demarcacion de jurisdicciones, perfectamente indicada por Spencer. Sea soberana absoluta la ciencia en el dominio de lo cognoscible, y resérvese la fe el de lo incognoscible; renuncie la primera á ser teología, y la segunda á ser cosmología y antropología, y la dificultad quedará resuelta. Miétras esto no suceda, la lucha será inevitable, y de nada valdrán esas pretendidas conciliaciones que sólo sirven para humillar á la ciencia, sin satisfacer á la fe.

El discurso del Sr. Moreno Nieto puede, como todos los suyos, dividirse en dos partes, completamente distintas y áun opuestas. La primera es un himno entusiasta á la libertad y al progreso; la segunda destruye el efecto de la primera. En la primera entona, con frases elocuentes, la oracion fúnebre del absolutismo y la teocracia, y canta el triunfo definitivo de la libertad; pero despues se revuelve airado contra la democracia, y proclama como solucion del problema político el constitucionalismo doctrinario, aliado con ese mismo poder teocrático á quien acaba de combatir. La contradiccion es el fondo de este discurso, como tambien de la personalidad del señor Moreno Nieto.

Si los errores filosóficos del Sr. Moreno Nieto provienen de profesar un espiritualismo superficial y anticuado, los políticos y sociales nacen, en primer término, de sus graves equivocaciones en materia religiosa, y luégo de su completo desconocimiento de la democracia y de sus aficiones doctrinarias. El Sr. Moreno Nieto, que se tiene por representante de la más elevada ciencia política, no pasa de ser un conservador á la española, ó lo que es igual, un reaccionario. Y esto se debe exclusivamente á sus pueriles temores respecto de la democracia y á sus cándidas ilusiones y contradicciones gravísimas en punto á religion.

Así como el Sr. Martinez Molina quiere realizar el imposible de conciliar la ciencia y la fe, manteniendo ambas la integridad de sus principios, el Sr. Moreno Nieto intenta la empresa, no ménos imposible, de conciliar á la Iglesia con el liberalismo y la democracia. Y ni uno ni otro comprenden que nada de esto es hacedero sin una abdicacion de parte de la Iglesia.

Laméntase el Sr. Moreno Nieto de que la democracia esté fuera de las vías católicas y de que el ultramontanismo (la Iglesia, debió decir) haga la guerra al principio liberal. No negaremos que esto es un hecho lamentable que en el actual estado de la sociedad origina



á cada paso gravísimos conflictos; pero ¿cree el Sr. Moreno Nieto que es posible remediarlo?

La Iglesia, depositaria de la revelacion, tiene que afirmar como principio fundamental la intolerancia religiosa con todas sus naturales consecuencias. Si ella posee un dogma, fuera del cual no hay salvacion; si es el eco de la palabra divina y la representacion de Dios en la tierra; si es depositaria y guardadora de la verdad absoluta; si es sociedad perfecta fundada por el mismo Dios para dirigir la vida del hombre y encaminarle hácia el cielo, ¿cómo ha de considerar lícita la existencia de cultos disidentes y la propagacion y enseñanza de doctrinas opuestas á la suya? ¿Cómo no ha de exigir, por amor á los hombres, la persecucion de sectas y doctrinas que les arrastran al abismo? ¿Cómo no ha de considerarse superior al Estado y exigir de éste que en todo lo que á la vida moral se refiera, se someta humildemente á su direccion suprema? ¿Cómo no ha de reclamar para sus sacerdotes los privilegios que corresponden á los ungidos del Señor? ¿Cómo no ha de ver en la libertad de cultos, de imprenta y de enseñanza otras tantas abominaciones, en el matrimonio civil un torpe concubinato, en la desamortizacion un robo, en la abolicion de sus privilegios un atropello y en la supresion de su poder temporal un sacrílego atentado? ¿Quién será tan insensato que exija de ella el abandono de sus derechos, la abdicacion de su dignidad y el olvido de una tradicion de diez y nueve siglos? ¿Quién se atreverá á pedirla que mire con buenos ojos una revolucion, que es en su esencia la negacion de todo su ideal?

Y de otra parte, ¿cómo han de transigir el liberalismo y la democracia con principios é instituciones que les son abiertamente opuestos? Si el liberalismo y la democracia reconocen, como quiere el Sr. Moreno Nieto, la divinidad del catolicismo, lo declaran religion oficial y prestan su apoyo y proteccion á la Iglesia, la lógica exige que pongan la vida religiosa, moral y científica bajo la direccion de ésta y que nieguen el agua y el fuego á toda creencia y doctrina que no conforme con la que encierra la verdad absoluta y es la fórmula de salvacion para los hombres. La lógica no tiene más que un camino: si el Estado profesa una religion, es porque cree que es la única verdadera; y creyéndolo así, está obligado á practicar en todo su rigor la intolerancia.

Pero el liberalismo (y sobre todo la democracia) creen que el Estado es impotente en materia religiosa y que debe conceder igual libertad á todos los cultos, no sólo porque el hombre tiene el derecho natural de profesar el que se le antoje, sino porque el Estado no puede decidir cuál es el verdadero y cuál el falso. Por consiguiente, el Estado ha de secularizarse por completo, privar á la Iglesia de toda intervencion directa en la vida pública y respetar la libertad de la conciencia y del pensamiento en todas sus formas. Podrá, sin embargo, por razones de arte político, mantener el Estado relaciones



de proteccion con alguna Iglesia, costeando su culto y sus ministros; pero esto no supondrá un reconocimiento oficial del dogma de esta Iglesia ni impedirá la libre existencia de los cultos disidentes y la libre propagacion de las doctrinas científicas.

Esto es lo que hacen en todos los países la democracia y el liberalismo, y esto es precisamente lo que no puede aceptar la Iglesia sino como un mal que le impone la fuerza de las cosas. Al Sr. Moreno Nieto no le parece bien, reconviene por ello á la democracia y sostiene como fórmula del liberalismo de que es defensor, la existencia de una religion oficial. Enhorabuena; pero, sentado este principio, ¿cómo resistirá á las demandas de la Iglesia, que con lógica inflexible le exigirá el planteamiento de una política intolerante? Y dado esto, ¿dónde irán á parar sus ataques al ultramontanismo y sus himnos á la libertad?

Y es inútil que el Sr. Moreno Nieto bata palmas y se alboroce, soñando con futura conciliacion entre la Iglesia y la libertad. Esa conciliacion sólo es posible á costa de una abdicacion humillante de la Iglesia. Podrá ésta conciliarse con la libertad política, el sistema parlamentario y hasta la democracia y la república. Lo creemos posible, y por eso nos parece absurda la íntima alianza que entre el absolutismo y la Iglesia pretenden establecer algunos fanáticos. Pero la libertad política, la igualdad y el parlamentarismo no son lo único ni lo más esencial en la democracia: Las libertades del pensamiento y de la conciencia le importan tanto ó más todavía, y con éstas, créalo el Sr. Moreno Nieto, no puede reconciliarse la Iglesia, á ménos de declarar que ha vivido en el error diez y nueve siglos, y de esta suerte echar por tierra miserablemente el prestigio de que goza y la poderosa autoridad que ejerce. Si un partido político ó una escuela filosófica no pueden, sin menoscabo de su dignidad, declarar que se han equivocado, ¿cómo quiere el Sr. Moreno Nieto que haga declaracion semejante la depositaria de la palabra de Dios?

Razones fáciles de comprender nos impiden examinar en todas sus partes las opiniones que en materia de organizacion política expone el Sr. Moreno Nieto. Ataques y defensas hay en su discurso que podrían darnos motivo para muchas consideraciones; pero ni á unos ni á otras nos permiten las leyes contestar.

Limitarémonos, por tanto, á señalar los puntos en que convenimos con el Sr. Moreno Nieto, y á rectificar los errores que acerca de la democracia sustenta, no sin adherirnos ántes de todo corazon á las elocuentes frases en que condena la causa absolutista, dándola por muerta y afirmando que el triunfo de la libertad es definitivo é incontrastable.

Conformes estamos tambien con el Sr. Moreno Nieto en afirmar que el liberalismo y la democracia deben aunarse y completarse, y en que la libertad y la igualdad son elementos igualmente necesarios en la vida pública; como en condenar enérgicamente las exageracio-



nes del radicalismo demagógico y las absurdas utopías del socialismo revolucionario en todas sus formas.

Pero no podemos aceptar de igual manera la grave confusión que entre la democracia y la demagogia establece á cada paso el Sr. Moreno Nieto, por más que distinga la democracia que llama socialista de la que apellida liberal. Infiel el Sr. Moreno Nieto en la exposición de los principios de esta última, equívocase profundamente en los lúgubres vaticinios que formula acerca de sus futuros destinos.

No es cierto que la democracia gubernamental y conservadora, nacida en estos últimos tiempos al calor de la experiencia y á virtud de las lecciones de la historia, tenga nada de comun con aquella utópica y turbulenta democracia de otros días. Positiva en sus principios como en sus procedimientos, no proclama ya esa democracia derechos absolutos; ántes los considera limitados, no sólo por las necesidades de la moral y de la justicia, sino por las exigencias del orden social. Tampoco es exacto que declare guerra á los privilegios de la clase media y á toda distinción y jerarquía; pues si no admite privilegio alguno, en el sentido estricto de la palabra, tampoco aborrece á ninguna clase social, ni niega la debida superioridad y preponderancia á las que por sus virtudes é ilustración merecen dirigir los destinos de la patria y ser verdaderas clases directoras. No reconoce, sin duda, la aristocracia meramente nobiliaria, ni cree que el nacimiento dé derecho á prerogativa alguna; abre á todos los que sean dignos, vengan de donde vengan, las puertas de la influencia y del poderío; pero ni niega la existencia, eternamente necesaria, de las distinciones y jerarquías legítimas y naturales, ni pretende establecer una nivelación salvaje ó una tiranía de las clases populares sobre las demás. Quiere la igualdad en el derecho y ante la ley; suprime las castas y los privilegios; pero abomina la tiranía de los plebeyos tanto como la de los aristócratas.

Reconociendo la necesidad de remediar los males sociales y de estudiar los graves problemas que la organización de la propiedad y del trabajo entraña, dista tanto del sentido estrecho, anárquico é inhumano, que á tales cuestiones lleva el individualismo economista, como de los sueños apocalípticos del socialismo revolucionario. Cree que el Estado, sin menoscabo de ningún derecho ni daño del orden social, puede adoptar multitud de reformas que alivien los males que á las clases obreras afligen, y que no le es lícito encerrarse, por lo que á esto toca, en una punible y criminal indiferencia. Pero dista mucho de tener ese sentido perturbador y demagógico que le atribuye el Sr. Moreno Nieto, el cual debiera poner más cuidado en no confundir con la antigua democracia militante esta democracia nueva que dista de aquella *toto orbe*, y contra la cual nada valen los argumentos terroríficos y los funestos vaticinios del presidente del Ateneo.

De estos vaticinios nada podemos decir. Sería preciso para ello en-



trar en un terreno que nos está vedado. Sería preciso descender de la region serena de los principios al campo de la política palpitante, en el cual no podemos penetrar. Pero conste y téngalo entendido el Sr. Moreno Nieto, que si algun dia se cumplieran sus tristes pronósticos, culpa sería de los elementos conservadores que se habrían negado á prestar su valioso concurso á la democracia gubernamental. Y tenga entendido tambien que la democracia gubernamental jamás transigirá con el radicalismo revolucionario, porque está muy curada de la afición á las aventuras, muy aleccionada por la experiencia, y muy convencida de que ninguna organizacion política puede ser sólida si no se apoya en los elementos conservadores, si no atiende á las necesidades del momento histórico y del país en que se plantea, y si no recuerda á cada paso que el primer interes político, aquel á que todo lo sacrifican los pueblos, y que más debe ser objeto de la atencion y cuidado de los gobiernos, es la conservacion inalterable de la paz pública y del órden social.

\*  
\* \* \*

Escasa en publicaciones ha sido esta quincena. El único libro importante que á la vista tenemos es el primer tomo de la *Historia política y literaria de los trovadores*, de D. Victor Balaguer, obra cuya importancia no necesitamos ponderar y de la cual nos ocuparemos más despacio cuando esté más adelantada.

Fuera de esta obra, sólo creemos digno de atencion un folleto del conocido publicista D. Felipe Benicio Navarro, que lleva por título: *El libro de la Montería es el tratado de Venacion de D. Alfonso el Sabio*.

Como el autor declara, este folleto se ha publicado con algun retraso, por causas completamente ajenas á su voluntad, y en testimonio de su aserto apela á las personas que conocen la índole de estas causas. Como una de estas personas es el autor de estas líneas, tenemos mucho gusto en complacer al Sr. Navarro y declarar que en efecto, no es él responsable del retraso con que se ha publicado su folleto.

Divídese éste en dos partes. En la primera censura el autor al señor Gutierrez de la Vega por no haber copiado con fidelidad los Códices en que se contiene el *Libro de la Montería*, y defiende al señor Lafuente Alcántara de los ataques que le dirigió el nuevo editor de esta obra. Nada tenemos que decir sobre estas censuras, que en general nos parecen fundadas, salvo una de todo punto injusta, que es la siguiente :

En la página 67 del tomo I del *Libro de la Montería* se lee la siguiente frase: « como quier que es el dia del verano mayor que el del yuerno, a en el menos tiempo para correr el monte. » El Sr. Gutierrez de la Vega sustituye acertadamente la palabra *ménos* con un *más*, atribuyendo el error á equivocacion y mal criterio del autor. Pero al Sr. Navarro no le parece bien correccion tan atinada y dice



que bien pudo ser *intencion razonada* del autor tamaño disparate. ¿Quiere decirnos el Sr. Navarro con qué *intencion razonada* puede afirmarse que como los días del verano son mayores que los del invierno, hay ménos tiempo en ellos para correr el monte?

Pasa despues el Sr. Navarro á examinar prolija y concienzudamente los Códices escurialenses del *Libro de la Montería*, y sostiene que es el más antiguo el designado como II por el Sr. Gutierrez de la Vega, fundándose, no sólo en sus caractéres paleográficos y materiales, sino en la forma arcáica de muchas palabras que en él se hallan, que le parecen propias del siglo XIII más que del XIV. Aduce esto el Sr. Navarro para sustentar que los actuales Códices no son originales, sino copias de un original perdido, y que, por tanto, y á juzgar por su estilo y lenguaje, la obra dede ser de D. Alfonso el Sabio y no del Onceno.

El argumento primero, aunque fuerte, no es decisivo, pues el mismo Sr. Navarro confiesa que muchas de esas palabras, propias del siglo XIII, se usaban un siglo más tarde. Más lo es el que se infiere de la comparacion del estilo y lenguaje del *Libro de la Montería* con el de otros trabajos del Rey Sabio.

Veamos ahora cómo contesta el Sr. Navarro á los principales argumentos del Sr. Gutierrez de la Vega á favor de su tesis de que el *Libro de la Montería* es de D. Alfonso XI. Eran éstos la mencion en varios pasajes de la obra de nombres de monteros de este monarca, las alusiones á la muerte del infante Abomelique en la batalla del Salado, y la carta á Alvar García.

El Sr. Navarro resuelve con harta facilidad estas dificultades. Bien pudieron, en su opinion, llamarse lo mismo los monteros de Alonso X y los de Alonso XI, y bien pudieron ser los monteros Martin Gil y Diego Bravo, los mismos que se citan como muertos en el ataque de Alonso X á Tarifa. Las citas de la batalla del Salado nada prueban, porque el capítulo referente á los montes de Tarifa y Algeciras fué intercalado en la obra en tiempo de Alonso XI. En cuanto á las referencias hechas en la carta de Alvar García á un conde, hijo del Rey, que se supone ser D. Enrique de Trastamara, tampoco prueban nada, pues cuando se escribió la carta era éste demasiado niño para que se le tomase en cuenta para lo que la carta dice, y bien pudo ese conde, hijo del Rey, ser el bastardo de D. Alfonso X, Alfonso Fernandez, señor de Molina. A estas razones añade el Sr. Navarro la muy importante de que 46 capítulos del *Libro de la Montería* (*la física de los canes*), forman dos libros del *Arte de Cetrería* de D. Alonso X, códice del Escorial anterior en un siglo á la fecha que asigna al primero el Sr. Gutierrez de la Vega.

A nuestro juicio, todas estas pruebas no son igualmente sólidas. Por más que diga el Sr. Navarro, es algo raro que los monteros de los dos Alfonsos llevaran el mismo nombre y apellido; es algo aventurada y no bien fundada la afirmacion terminante de que el libro



de los montes de Tarifa y Algeciras es una interpolacion, y tampoco prueba cumplidamente el Sr. Navarro que el conde hijo del Rey, de que se habla en la carta á Alvar García, sea D. Alfonso Fernandez, bastardo de Alfonso X.

¿No le parece al Sr. Navarro que muy bien podría ser que tanto él como el Sr. Gutierrez de la Vega tuviesen razon? ¿No podría ser el *Libro de la Montería* el *Tratado de Venacion* de Alfonso X, refundido y aumentado por D. Alfonso XI, con lo cual tendrían igual valor las razones del Sr. Gutierrez de la Vega y las de su contrincante? Acaso esta hipótesis resolvería la cuestion pendiente, que despues de todo no importa mucho, pues sea de uno ú otro rey, el *Libro de la Montería* más tiene de curioso que de notable, y no es cosa de que á causa de él peleen con tal encarnizamiento el Sr. Gutierrez de la Vega y el Sr. Navarro.

\*  
\* \*

Desde nuestra última Revista acá, los teatros han ofrecido numerosas novedades. Las principales han sido: en la Comedia las producciones tituladas: *Sr. D. Lino Guerrero, Madrid*, arreglo de don Julian Sanchez, *El baston y el sombrero*, original del Sr. Blasco y *El hombre propone y Dios dispone*; en el Español la comedia de D. José Echegaray *Correr en pos de un ideal* y el drama *Alicia*, del Sr. Catalina, y en Apolo *La Opinion pública*, drama del Sr. Cano.

Ninguna de estas obras merece el aplauso de la crítica. Juguetes ligeros y desprovistos de mérito las representadas en la Comedia, sólo han podido salvarse la primera, merced á algunos chistes y situaciones cómicas exageradas, y la segunda gracias á la fácil y chispeante versificacion del Sr. Blasco. En cuanto á la última, murió al nacer. La nueva obra del Sr. Echegaray es una deplorable caida de este brillante y extraviado ingenio; el drama del Sr. Cano es la prueba elocuente del abismo á que puede arrastrar á un poeta de gran talento la imitacion de modelos perniciosos y el afan de producir efecto y alcanzar éxito á toda costa; y *Alicia* es una monstruosidad incalificable, en mal hora traducida por el Sr. Catalina. Son todas estas obras signo infalible de la decadencia en que se halla nuestro teatro, á virtud de la preponderancia que en él ejercen escuelas funestísimas que representan el apogeo del mal gusto y amenazan conducirnos á una época no ménos triste que aquella que hizo necesaria y legítima la sátira de Moratin.

M. DE LA REVILLA.

12 de Noviembre.

---

Madrid 15 de Noviembre de 1878.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.